

La noche de las Tortugas y otros textos

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL



La noche de las Tortugas y otros textos



COLECCIÓN
**LETRAS
DE PAPEL**

Edita:



JUNTA DE ANDALUCÍA

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colabora:



ASOCIACIÓN DE EDITORES DE ANDALUCÍA

PRIMERA EDICIÓN

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

Colabora: ASOCIACIÓN DE EDITORES DE ANDALUCÍA

Edición no venal

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© DE LOS TEXTOS: sus autores y autoras

© DEL PRÓLOGO: Ángelo Néstore y Aurora Luque

© DE LA ILUSTRACIÓN: María Hesse

© DEL DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Asociación de Editores de Andalucía

Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Novelas, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.

Depósito Legal: SE 1264-2018

Impresión: PODiPrint

Impreso en Andalucía – España

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

Impresos en:

- Cubiertas: Incada Silk 240 g de Torras Papel  
- Interior: Coral Book Ivory 1.65 90 g de Torras Papel   

*A Álvaro Luengo, en agradecimiento
por el apoyo que siempre supuso
para el programa Autores Noveles y
para esta colección*

La Comisión Asesora de las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Noveles 2018, compuesta por las autoras Aurora Luque y Lorena Marín, y el autor Ángelo Néstore, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 23 de abril de 2018.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Emilia Recio, Eva Bocanegra, Fernando Jiménez, Julio Velasco, Pablo Monereo y Sandra Martín.

Agradecimientos a María Hesse por la ilustración de cubierta, a Ángelo Néstore y a Aurora Luque por los prólogos y a la Asociación de Editores de Andalucía (AEA) por su colaboración en la edición.

Una cierta esperanza literaria

Durante trece veranos de los veinte que acaba de cumplir el Centro Andaluz de las Letras, la Escuela de Jóvenes Escritores marca la diferencia: por su constancia, por su calidad, por su condición iniciática.

Cientos de jóvenes escritores –algunos de ellos ya conocidos ahora por premios y publicaciones—han transitado por las instalaciones del CEULAJ de Molina o por otros paraderos que han acogido esta iniciativa, como fuera el caso del Albergue Juvenil de Algeciras. A lo largo de una semana, treinta y cinco personas de edades comprendidas entre diez y veinte años de edad se dejarán guiar por la mano maestra de Antonio Orejudo, en narrativa, e Isabel Pérez Montalbán, en poesía. Pero también tendrán la oportunidad de oír la voz de una de los principales referentes literarios a escala estatal, Marta Sanz, o de un panel de especialistas en la juglaría, el teatro, la fotografía, el cine, el periodismo e incluso del doblaje. Se trata de un abanico de actividades más ambicioso que cabe, esta vez, que el de otros años. Y es que, en esta ocasión, congeniamos la alegría por el vigésimo aniversario del CAL, pero también el dolor por el fallecimiento reciente de Álvaro Luengo, que fuera presidente y tesorero de la Asociación de Editores de Andalucía y un leal colaborador de la Consejería de Cultura que me honro en titular.

Álvaro Luengo contaba, entre sus prioridades, la edición puntual de Letras de Papel, el libro que ahora tienen entre sus manos y que compila alguno de los trabajos presentados para que sus autores pudieran incorporarse a esta Escuela, bajo el criterio de un jurado

desinteresado y comprometido que también suma sus textos como prólogo de esta obra colectiva.

Poemas y relatos —incluso una novela corta— constituyen el principal contenido de esta edición, cuya calidad resulta tan innegable como estimulante. Un puñado de creadores de entre diez y veinte años de edad nos brinda su imaginario particular, trenzado de lecturas bien dirigidas pero también de otros elementos de la cultura contemporánea, desde el ámbito audiovisual al de la música.

Quien pretenda que la creación literaria pueda entrar en crisis, aquí tiene un antídoto frente a ese criterio. Ni falta calidad, ni comprensión lectora, ni sobradas razones para creer que la esperanza constituye también un género literario.

Miguel Ángel Vázquez Bermúdez

Consejero de Cultura

JUNTA DE ANDALUCÍA



Índice general

Prólogos..... 13

CUENTO 10-12 años

ANA CARDO. Jano Alarcia Ruiz..... 17

CUENTO 13-15 años

MAE. Julia Martín Pérez25

CUENTO 16 -18 años

TODOS SABEMOS CÓMO ACABA HAMLET.

Candela De Pablos Águila..... 34

POESÍA 13-15 AÑOS

RECURSOS ÉTICOS Y TÚ. Anna Vargas Román..... 40

POESÍA 16-18 AÑOS

LA LLAGA. Marina Blanca Algeciras.....43

LA NOCHE DE LAS TORTUGAS. Víctor Bayona Marchal 46

RELATO 10-15 AÑOS

EL DETECTIVE BONIFACIO. Pablo Sáez Martínez..... 50

RELATO 16-20 AÑOS

ABANDONADO EN LA CIUDAD CALLADA.

Lidia María Saldaña Afán..... 110



PRÓLOGO

Mientras tecleo en mi ordenador este prólogo hay un chico en Estepona que está escribiendo *Esto ardiendo es nuestro cuerpo* y el verso tiembla por debajo de toda Andalucía, la sacude y emerge con la bondad de quien sabe que una llaga puede ser la salvación si metes *los dedos hasta el fondo* y tocas *las entrañas de esta masacre*. Es firme la mirada de estas jóvenes, es discreta como la lluvia fina que golpea la tierra hasta penetrarla. Y allí se queda, con ansia de mañana, solo es *un poco de polvo y ganas*, y prepara silente una revolución que traduce el cuerpo en un idioma que aún desconozco. Porque en estas páginas brilla la literatura con todo su presente, toma prestada la palabra «futuro» y la tuerce hasta enseñarnos las vísceras de un ahora preciosísimo, en el que la palabra coquetea con la ilusión de ser acariciada por primera vez.

Hay algo de tacto en cada verso, en cada párrafo, que me golpea la piel para enseñarme otro camino y se revela ante los ojos como el temblor de un primer beso, con la ternura de quien camina a ciegas, sin rumbo, sin nostalgia alguna, solo con la honestidad de quien coge una flor y aún se detiene en succionar el néctar*.

Ángelo Néstore

**Las tres citas pertenecen, respectivamente, a las autoras de este libro Víctor Bayona Marchal, Marina Blanca Algeciras y Anna Vargas Román.*

Cuando leía los poemas y relatos que presentaban este año los candidatos a participar en la Escuela de Escritores Noveles no pude evitar que me acometiera una desbandada de sentimientos, muchos de ellos vertiginosos y desazonante alguno. Lo del vértigo, lo analicé

después, se debía al contagio de plena sensación de aventura que me procuraban esos textos a medida que los iba leyendo: las libertades y los riesgos de la auténtica aventura de crear estaban ahí presentes, recién descubiertos. Empezar caminos que nuestra fantasía nunca adivinó antes. Calzarse zapatillas con pequeñas alas. Cargarse a las espaldas una mochila repleta de palabras radiantes, sin estrenar. Repostar energías en las hondas novelas de los maestros, esos parajes fascinantes y frondosos. Ay. Ésas no volverán..., me dije. No volveré a ser joven, ni a tener el privilegio de comenzar, de asomarme a la literatura como quien desembarca en un nuevo puerto extraño de un continente desconocido. Ya nunca serán míos los entusiasmos y las imaginaciones que hoy descubro en los poemas vehementes y en los relatos recién inventados de estos futuros alumnos y alumnas de la escuela. De ahí mi desazón personal, que se corresponde exactamente con el júbilo de ver cómo otros y otras, tan jóvenes ahora, preparan el equipaje para embarcar y navegar frenéticamente por los muchos micromundos embriagadores que contiene nuestro Mundo oficial.

Qué suerte tener todas las travesías por delante, todas las aventuras a la mano, todas las palabras sin gastar, brillando en el inmediato presente, invitadoras, disponibles.

Tuve yo la suerte de participar como profesora, junto a Marina Mayoral y Antonio Rodríguez Almodóvar, en la primera edición de esta Escuela de Escritores Noveles en Mollina. Vi día a día cómo los chicos y las chicas descubrían que ese tirón extraño de la escritura, ese placer ante los textos literarios, esa magia tan íntima, lo podían compartir y comentar con otros y otras que habían sentido exactamente la misma fiebre que ellos. Descubrían autoras nuevas aportadas por el grupo o confirmaban los ídolos adorados. Sé que sintieron un legítimo orgullo de exploradores: la buena literatura, no la trivial, no la autocomplaciente, no la que se encharca en sentimientos banales, hace crecer más vidas dentro de nosotros, multiplica nuestras existencias. Como si el mapa interno de nuestra mente se fuera anexionando nuevas penínsulas, islas, continentes,

océanos y lunas a medida que exploramos los libros más selváticos, inquietantes y hermosos.

Ese verano, en los talleres, pusimos a trabajar las herramientas que traíamos en nuestra caja. No olvidéis la música secreta y sutil de las palabras, decíamos. Mirad qué exuberancia de experimentación a lo largo de los siglos: haikus, sonetos, jarchas, versículos, caligramas y sextinas, aforismos, microrrelatos, coros y monólogos, épicas y antiépicas... Hay que saborearlo todo. Qué apetitosas pueden llegar a ser las palabras. El mundo es tan sabroso. Bienvenidos, bienvenidas al banquete.

Aurora Luque

CUENTO 10-12



Ana Cardo

JANO ALARCIA RUIZ

COÍN (MÁLAGA)

CUENTO 10-12 (11 AÑOS)

Ana Cardo era la hija del rey Ri Cardo Borriquero. Era alérgica a los frutos secos, pero le gustaban mucho. Lo malo era que, cuando se los comía, le salían granos y se le hinchaba la cara. Aun así, de vez en cuando los comía.

La madre de Ana se llamaba Ana Conda, y le gustaban mucho las serpientes. Lo malo era que a los reptiles no les parecía lo mismo. Al rey, Ri Cardo Borriquero, le gustaban mucho los borricos y los cardos borriqueros, pero los primeros le daban coces y los segundos le pinchaban.

Ana tenía dos amigos llamados Ben Aquí, que siempre le decía que fuera allí donde estaba él y Elena Nito, que era muy baja.

Un día, Ana estaba paseando por un bosque que estaba al lado de su castillo cuando se encontró con el Lobo Feroz de Caperucita Roja, que no se parecía en nada a cómo lo describen en dicho cuento. Era muy amable, simpático y amigable.

Primero, Ana Cardo se asustó al verlo, pero enseguida se dio cuenta de que sus intenciones eran buenas.

—¡Ohhh! —exclamó—. Tú te pareces mucho al lobo de los Tres Cerditos, pero veo que eres mucho más... *inferoz*.

—Sí—dijo el lobo con una voz dulce y aguda—. Pero soy el lobo de Caperucita, no el de los Puercos. Sígueme, Ave Llana.

—Ana Cardo —corrigió Ana.

—Pues eso.

Ana siguió al lobo hasta un claro del bosque. Allí estaba Caperucita Roja, sentada en un tronco.

—Te llamaba, Ana Ortega... —empezó a decir Caperucita.

—Cardo —corrigió la protagonista.

—Lo que sea. Como iba diciendo, Ana Cardo, te llamaba para pedirte ayuda. Ya sé que no nos conocemos de nada, y esas cosas, pero creo que eres experta en el tema.

—¿En qué tema?

—En el de los frutos secos.

—Soy alérgica a los frutos secos.

—No importa. Sólo queríamos que nos ayudaras a parar la invasión de frutos secos que se avecina.

Ana Cardo puso cara de extrañada.

—Es que, ayer por la tarde vino una tipa llamada Dolores Fuertes de Barriga y me dijo que había visto un grupo enorme de frutos secos viniendo rápidamente hacia aquí. Se les veía muy furiosos.

—Veré qué puedo hacer.

Ana Cardo se escabulló antes de que Caperucita pudiera decir más.

Se fue corriendo y salió del bosque. Iba camino al palacio cuando vio a sus amigos, Ben Aquí y Elena Nito.

—¡Ven aquí! —exclamó Ben.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elena.

—¡Que me he encontrado un lobo con cara de santo y a una niña chiflada vestida de Caperucita Roja que decía que venía una inminente invasión de frutos secos! —exclamó Ana, tan rápido que no se le entendió casi nada.

—Calma, calma —dijo Ben.

—¿Nos lo podrías explicar de nuevo, por favor? —pidió Elena.

Ana les contó lo que había pasado, detalle por detalle.

—¡Eso no me lo creo! —exclamó Elena.

—Ni yo, pero lo raro es que un lobo hable —comentó Ben.

—Voy a decírselo a mis padres. Ellos sabrán qué hacer. Después de todo, ellos son los reyes.

Entró en el palacio y se encontró a sus padres en la cocina, comiéndose todas las tartas de la nevera.

—¡Eh, papás! —exclamó Ana.

Los reyes se volvieron con cara de culpabilidad y sonrieron.

—Me da igual que os comáis las tartas —aclaró Ana—. Pero os tengo que decir una cosa.

Ana les contó lo que le pasó en el bosque. Su padre no se lo creyó, pero su madre, Ana Conda, se preocupó.

—He oído una leyenda sobre unos frutos secos furiosos —explicó—. Arrasaron con un reino entero. Nunca se volvió a ver a nadie de ese reino.

—¿Y cómo sabes que esa leyenda es cierta? —preguntó el rey Ri Cardo.

—Porque se la oí a una anaconda. Y esas *serpientejas* nunca mienten.

Así que, a la media hora, Ana Cardo salió del castillo y les dijo a sus amigos que la siguieran al bosque. No les contó nada aún, pues se lo contaría a la vez que a Caperucita y al lobo.

Llegaron al claro. Allí estaban aún los personajes, charlando.

—Mira, Caperu —dijo el lobo—. Allí viene la Almendra. Y dos frutos niños más.

—Soy Ana Cardo —corrigió la princesa cansada de repetirlo—. Y estos son mis amigos, Ben Aquí y Elena Nito.

—Les pegan sus nombres —observó Caperucita.

—Tengo un plan —dijo Ana Cardo—. Mirad, primero, colocamos una muralla portátil e hinchable alrededor del reino. Segundo, ponemos una sombrilla y nos tumbamos a tomar el sol. Bueno, sin sombrilla. Tercero, contemplamos tan tranquilos cómo los frutos

secos se estampan contra la muralla. Cuarto, lanzamos dinamita. Quinto, los atacantes explotan. Sexto, seguimos con nuestra vida normal. Séptimo... bueno, ya se acabó.

—Buen plan —dijo Caperu—. Lobežno, vete pitando a la tienda deartilugios hinchables.

A las dos horas, una gigantesca muralla portátil e hinchada con agua estaba levantada alrededor del reino. La familia real, Ben, Elena y Caperu con su abuela y el lobo la contemplaban.

—Faltan ochocientas horas para que lleguen los frutos secos —informó la de la caperuza—. Quiero decir, ochocientos segundos.

Se sentaron en una tumbona de playa a esperar, y se quedaron dormidos.

Ochocientos segundos después exactamente, les despertó un ruido atronador.

Todos cogieron prismáticos y miraron. Más allá de la muralla se acercaban unas cosas gigantes con forma de avellanas, anacardos, almendras, pistachos y otros frutos secos. Bueno, no es que tuvieran forma de ellos; es que ERAN frutos secos gigantes.

—¡No nos habías dicho que eran frutos secos gigantes! —exclamó Ana.

—Bueno —dijo Caperucita—... se me olvidó ese pequeño detalle...

Los gigantes frutos secos caminaban (sí, tenían pies) a toda velocidad hacia ellos.

—Bueno, la segunda fase del plan —dijo el rey Ri Cardo—. A tumbarse a tomar el sol.

Se pusieron unas gafas de sol, se tumbaron en las tumbonas y se pusieron a beberse un zumo.

Cada vez los frutos secos se acercaban más. De pronto, se estamparon contra la muralla, que explotó y empapó a todos con el agua que tenía dentro. Ahora los frutos no eran secos, sino mojados. Y también la gente y el lobo eran personas y animales mojados.

Los frutos mojados gigantes estaban un poco atontados, tirados por el suelo.

Ana Conda aprovechó esa oportunidad y exclamó:

—¡A por la dinamita!

La abuela de Caperucita cogió un montón de dinamita que había a un lado y la lanzó por los aires, con tanta fuerza que acabó a nueve mil quinientos kilómetros más allá, y a los frutos *ya-no-tan-mojados* no les afectó.

—Ups —dijo la abuela—. Fallo mío.

Los frutos se levantaron y corrieron a por ellos sin razón aparente. Todos salieron corriendo hacia la primera casa que vieron. Echaron la puerta abajo y entraron. Había dos chicos muy parecidos haciendo un pastel en la cocina.

—¿Quiénes sois?! —exclamó uno.

—¿Qué queréis de nosotros?! —exclamó el otro.

—¡Unos frutos secos mojados salvajes vienen a por nosotros! —exclamó la abuela de Caperucita, fuera de sí.

Entonces, sonaron los pasos de los frutos secos furiosos.

—Yo me llamo Aitor Tilla y éste es mi hermano gemelo Aitor Menta —presentó uno.

—Ya sé que no tenemos el mismo apellido, pero somos hermanos —dijo el otro.

—Yo soy Ana Cardo —dijo Ana—, y estamos intentando parar la invasión de frutos secos gigantes, pero no lo estamos consiguiendo, porque Caperu no me explicó que eran frutos secos gigantes.

—¿Caperu? —preguntó Aitor Tilla.

—¿Viene de Caperucita? —preguntó Aitor Menta

Ana Cardo presentó a todos y luego explicó lo que pasaba con los frutos húmedos.

—¡Se me ocurre un plan! —exclamó Aitor Menta—. Creo que vienen a por los frutos secos que tenemos aquí.

—¡Déjame adivinar, hermanito! —exclamó Aitor Tilla—. ¿Pien-
sas arrancar de cuajo los *arbolacos* que den frutos secos y tirarlos
fuera del reino?

—Exactamente —dijo el otro Aitor, asintiendo.

—Probemos —dijo la reina Ana Conda.

Salieron de la casa de los hermanos Aitor y cada uno se dirigió
a una zona, para quitar de allí los frutos secos.

Los echaron todos en bolsas y luego se las dieron a la abuela
de Caperucita, que subió a un acantilado y gritó por un megáfono:

—¡Atención, *frutacos secorros*! ¡Tengo algo para vosotros!

Cuando vio que los frutos secos gigantes se daban la vuelta
para mirarla (si es que veían algo), la abuela, que era muy fuerte,
lanzó las bolsas con frutos secos al otro lado de lo que quedaba de la
muralla hinchable. Los lanzó tan fuerte que llegaron a la Antártida.
Y a la Atlántida.

Todos los frutos que ya estaban secos del todo salieron a todo
correr detrás de ellos y se perdieron de vista.

Cuando todos estuvieron juntos otra vez, Ri Cardo, el rey,
preguntó:

—¿Cómo se os ocurrió lo de lanzar los frutos secos para que
fueran tras ellos?

—Porque ellos mismos eran frutos secos —supuso Ben.

—Fácil —dijo Aitor Tilla—: porque creímos que los frutos secos
gigantes venían aquí porque esos bichejos inmundos habían invadido
a sus compañeros más pequeños. Ya ha pasado más veces.

—Espera —dijo Ana—, ¿qué bichejos inmundos?

—Esos que son una mezcla entre piojos, garrapatas, pulgas,
mosquitos y abejas —explicó Aitor Menta—. Esa plaga que está inva-
diendo los frutos secos de algunas partes del mundo.

—Un momento —dijo Ana—. Creo que ya sé por qué tengo
alergia a los frutos secos. ¿Esos *bichejos* pican?

—¡Sí! —exclamaron los Aitores.

—¡Ya te digo si pican! —exclamó el lobo.

—Esperadme aquí.

Sin decir más, Ana salió corriendo a toda velocidad. Al instante volvió con un anacardo que había visto en el suelo. Luego, se lo tragó sin pensar.

—¡Qué caníbal! —exclamó Caperucita.

—¡Oye, que porque se llame Ana Cardo no tiene por qué ser un anacardo! —exclamó Elena.

—Ya, pero tú te llamas Elena Nito y eres una enanito.

—¡Mirad! —exclamó el lobo, señalando a Ana Cardo.

El fruto seco que se había comido no le había producido ninguna reacción alérgica.

—Eso es lo que pensaba —dijo Ana—. En realidad, no era alérgica a los frutos secos, sino que cada vez que comía uno, los bichejos inmundos esos me picaban.

—¡Claro! —exclamó el rey—. ¡Por eso hay tanta gente que creíamos alérgica a los frutos secos en este reino!

Y, todos juntos, se fueron al palacio real a celebrarlo y a hacer cosas por el estilo.

CUENTO 13-15



Mae

JULIA MARTÍN PÉREZ

ESTEPOÑA (MÁLAGA)

CUENTO 13-15 (15 AÑOS)

Abrió los ojos. Llevaba despierta al menos veinte minutos pero no quería levantarse de su mullida cama de plumas. Ojeó la habitación en busca de Fanny pero no la encontró. Estaría preparando el desayuno. Intentó estirarse pero le dolía todo el cuerpo de la tarde anterior, pues no era típico en ella pasar tanto tiempo en el templo ayudando a las novicias con los preparativos; encender velas, preparar el Pabellón, limpiar los adoquines y mosaicos... agotador.

Mae prefería ir de compras por el bulevar con sus compañeras o al teatro; cualquier cosa que no le ensuciase sus bailarinas o su vestido de seda nuevo confeccionado por las mejores manos de Las Islas del Sur, el mejor lugar para la cría de la mosca del sedal o del gusano de seda.

Las sábanas de lino blanco contrastaban con su piel oscura, sus manos finas y suaves representaban el estado social y económico de su familia. También su nombre lo representaba, pues solo las niñas nacidas de alta cuna tenían el honor de portar el mismo nombre que la Diosa.

Unos suaves rizos castaños le rozaron la nariz, Mae sabía que hoy debía llevar el cabello recogido, igual que el día anterior, pero eso la entristecía a la vez que la indignaba; si las novicias, postulantes y

sacerdotisas querían llevar el pelo recortado por encima de las orejas, allá ellas, pero Mae prefería seguir dejando que su cabellera flotase alrededor de su rostro como una aureola gracias a Cerifo, a Vurno o a Baser, los Vientos del Oeste, Este y Norte, respectivamente.

Unos puños golpearon suavemente la puerta, Mae se sobresaltó, estaba perdida en sus cavilaciones. Fanny entró en la habitación y la miró entrecerrando los ojos de manera acusatoria al comprobar que la joven estaba despierta. Fanny no era una *servicia* o criada cualquiera; Mae la conocía desde antes de que sus pies consiguieran tocar el suelo desde la silla del escritorio de su madre, pues la muchacha había entrado al servicio de la casa cuando todavía no debía haber llegado al cuarto lustro, aun así no llegaba a considerarla como una más de la familia, ni siquiera como una tía lejana, pues a estas debía de tratarlas con mucho respeto.

Fanny era una joven con la que hablar y entretenerse cuando las tormentas de Atrusos (las más feroces pero a la vez cálidas de todo el año solar) no permitían salir a la calle. Mae le hablaba durante horas sobre los cotilleos más jugosos de Orórea, mientras ella le peinaba con un cepillo nacarado su frondosa melena. En aquel momento Fanny sostenía en sus manos una bandeja de plata. En ella había un par de tostadas de pan de pipas, mermelada de davina, un fruto ácido y afrodisíaco de color morado con gran cantidad de pequeñas semillas, mantequilla de hiervas, *piimä* de cabra y un vaso que contenía un líquido rosado.

Le tendió el zumo, y en el momento en que sus labios notaron su textura cremosa y la habitación se contagió de una fragancia de almizcle dulce, Mae supo que era zumo de las guayanabas que crecían en el huerto que se encontraba detrás de la casa. El mismo en el que, años atrás, había sembrado junto a su hermana frutas y hortalizas como la saena, naranja y puntiaguda; vacimos, grandes frutos forrados con una corteza verde y rugosa y guayanabas, la más deliciosa de todas las frutas que la Diosa había hecho crecer en su jardín privado a principios de La Gran Creación, hacía más de siete milenios. Pero,

por mala fortuna, la semilla no había germinado. Desde aquella decepción Mae había dejado de visitar el huerto bajo la excusa de que la tierra ensuciaba sus manos y corroía sus uñas, haciéndola parecer una pordiosera. Parecía que alguien no había desistido y había conseguido que el árbol creciese y diese frutos.

El día anterior no había probado bocado durante la tarde en el templo, y aquel rico pero rápido desayuno la desanimó. Supuso, tristemente, que si no hubiera estado remoloneando en la cama como una niña de siete años, le hubiese dado tiempo para desayunar más. Haciendo caso omiso a su madre durante los últimos dieciocho años, y para el horror de Fanny, Mae engulló las tostadas e intentó beberse de un sorbo la leche agria de cabra (más conocida como *piimä*) con ayuda de la ácida davina. Fanny, con mirada exhaustiva, recogió aquel estropicio y empezó con otro: la apariencia de Mae para aquel día tan importante. La acompañó a una bañera con agua tibia y con un jabón de hierbas le enjabonó las piernas y los brazos. La piel de la joven, aunque oscura, brillaba a la vez que escocía, pues Fanny no había tenido piedad. Se secó con unas suaves toallas de algodón que le relajaron la piel y la perfumaron con jazmín. La joven *servicia* la ayudó con el corsé y el vestido, de un blanco roto precioso, la falda le llegaba hasta los tobillos dejando ver unas bailarinas decoradas con hilo de oro.

Muy a su pesar, Mae acabó llevando el pelo recogido, pero Fanny, para alegrarla, dejó que algunos rizos bien definidos le bordearan la cara y le hicieran cosquillas en los pómulos. Pequeñas perlas se escondían entre su cabello, y en el dedo anular una sortija, que aunque no tenía ninguna piedra preciosa que la adornase era la favorita de Mae, pues había pertenecido a su abuela. Después de terminar de prepararse, bajó corriendo por las escaleras hasta la espaciosa entrada; allí plantada, esperándola estaba su madre.

En cuanto estuvo a su altura, Odinne le dio un beso en la frente a su hija. Aquel era un día tan especial.

—¡Vamos *neina!* Llegamos tarde.

Si la vestimenta elegida era o no de su agrado, no lo mostraban sus facciones, pues su rostro estaba neutro e impasible, tal vez la causa sería aquel moño tan apretado en la nuca que la hacía parecer más vieja y a la vez estirada (en los dos sentidos de la palabra).

A Mae le sorprendió que la hubiese llamado por su apodo de pequeña; *neina*. Hacía años que no lo escuchaba. Desde lo de su hermana...

Subieron al coche tirado por fuertes caballos propios de la región, capaces de cruzar sin dificultad el terreno irregular volcánico de Lía Ma Dacia. Aunque en la capital, Lía et Ma, la gran conurbación en la que Mae vivía, no hacían falta, pues todas las calles estaban adoquinadas, al menos en ese lado del río.

El río Étano que cruzaba todo el Estado, dividía la capital en dos zonas. Orórea, el área donde residía la gente como Mae: ricas comerciantes, famosas artesanas, grandes abogadas, políticas y nobles.

En Síngupar, al otro lado del río, solo se encontraba gente indeseada: mendigas, locas, timadoras, prostitutas, *vecenas*...

Mientras iban de camino hacía el templo, Mae tuvo mucho en que pensar. Miró desde la ventanilla el cielo; aunque su madre hablase de tardanza era tan temprano que aún se podía ver con nitidez Astur, la Primera Luna. Anda, la Segunda, ya había desaparecido.

Era normal, pues Anda se encontraba mucho más alejada de Ma Dacia, su planeta, que Astur. Era gracias a aquella distancia que, aunque las mareas hubiesen subido decenas de metros poco después de La Gran Creación, y hubiesen tapado toda la superficie emergida del planeta menos Lía Ma Dacia, el tiempo que duraba un día no se hubiese alargado hasta un año solar. También era por ello que la superficie del terreno fuera volcánico e irregular.

Mae había escuchado cuando era niña la historia de Astur y Anda, *Las Enamoradas*, dos jóvenes amantes que estaban destinadas a estar separadas. Pero a mediados del año solar, las Lunas volvía a juntarse en un eclipse. Entonces, se esperaban cuarenta y ocho días y, cuando la cuenta atrás finalizaba, las mujeres que lo deseaban (otras

eran obligadas por la familia) elegían *ecueste*. Aunque la historia trataba sobre amor, elegir un *ecueste* no tenía nada de romántico, pues los hombres eran utilizados como ganado. Es decir, debías elegir un joven con el que procrear y así mantener vivo el apellido familiar. Pero eso era lo que había decidido la Diosa.

Mientras Mae divagaba, su mirada se posó en su madre. Odinne era una mujer fuerte y atractiva pero sobre todo inteligente, pues era la presidenta del Tribunal de Justicia de toda Lía Ma Dacia. Pero estaba tan sola. Desde que se murió su *amá*, la esposa de su madre, Odinne había decidido no tener más hijas. Había despedido a su *ecueste*, al que habían llevado a una *vecena*, el lugar donde viven hasta el fin de sus días los hombres que son despedidos.

Mae sabía que la elección de no tener más hijas se debía también al comportamiento rebelde y radical de su hermana mayor, Ada, después de haber sido descubierta como la cabecilla de un grupo *prohombres* en la capital. Estos grupos se formaban por mujeres con pensamientos radicales sobre la liberación del hombre y su opresión por parte de las mujeres.

“¡Hombres oprimidos!” pensaba Mae “¡Qué estupidez!” “Los hombres están en el lugar que deben estar, en campos donde pueden correr en libertad y ser felices” “¿Qué esperaban conseguir esos grupos? ¿Un salario por trabajar en el campo? ¿Y lo próximo que será? ¿El voto masculino?”

Sin duda aquellas mujeres estaban chaladas; era por todas sabido que el hombre era un ser inferior. Su única virtud era su capacidad de procrear y la fuerza bruta, las mismas que las de cualquier animal macho. Por ello, no se perdía el tiempo en enseñar a los hombres astronomía, aritmética o geometría y lenguas, sino que se les criaba en granjas donde eran “obligados” (según decían las *prohombres*) a recolectar hortalizas, extraer minerales y rocas, talar árboles o construir puentes y caminos. Actividades propias para los de su especie.

Aun así, después de saber todo lo que sabía sobre las *prohombres*, a Mae le dolía que se hubiesen llevado a su hermana. Se sentía tan sola. A veces, cuando nadie la veía, se imaginaba que tenía un hermano. Él vivía en alguna de las granjas del norte y era feliz.

Pero era imposible. Las familias ricas como la suya pagaban a las sacerdotisas para que rezasen a la Diosa y así no diesen a luz varones.

Las sacerdotisas eran las mujeres que habían oído la llamada de la Diosa. Eran mujeres buenas y nobles. Donaban dinero a las granjas y a las *vecenas*, y preparaban al *ecueste* y las muchachas para el día de la Elección.

Al fin llegaron al templo. Una estatua de Casiso et Mae Terre, La Diosa, se elevaba entre las columnas de mármol. Cruzaron el templo, los zapatos de tacón resonaban en aquel espacio cerrado. Salieron al jardín, el sol les acariciaba el rostro y allí, a lo lejos, se veía el gran Pabellón blanco. Mujeres de todas las edades se congregaban ahí. Las jóvenes más pobres acudían en grupo para la elección de un mismo *ecueste*, pues no podían permitirse solas el cuidado de uno. Pero también había mujeres mayores que acudían varios años para hacer gala así de sus grandes fortunas.

Los *ecuestes* no pasaban del sexto lustro. Vestían con un sucio vestido de falda corta y una raída cuerda atada a la cintura. Sus rostros denotaban cansancio y sus pieles eran morenas como las de Mae, pero las de ellos se debían al constante trabajo bajo el sol. Mae estaba tan nerviosa. Las sacerdotisas se acercaron al Pabellón portando los trozos de tela dorados que unirían los *ecuestes* a las muchachas.

La Elección no solo era importante para perpetuar el apellido, también mostraba que la chica ya estaba preparada, que ya era una mujer fuerte y poderosa que podría mantener con su trabajo a su familia. Era una representación de la superioridad femenina ante todo.

Mae cerró los ojos un momento, casi podía ver su futuro. Estudiaría en una gran universidad, se casaría con alguna chica de la alta sociedad. Iría a fiestas, bailes y, a lo mejor, algún día tendría una

hija, a la que querría y mimaría. Su vida se veía perfecta. Pero le faltaba algo. Una pequeña cosita que hacía que su corazón se encogiera. Faltaba su hermana.

Había desaparecido tras ser encontrada por la policía en una redada en Sínugar, ayudando a escapar a un grupo de antiguos *ecuestes* de una *vecena*. Antes, había alegado que aquellos hombres habían sido obligados a prostituirse para beneficiar las arcas de la Iglesia. ¡Qué blasfemia!

Y aun así, la seguía queriendo.

Mae volvió a la realidad. La Madre Sacerdotisa, la guardiana del templo acababa de unir a dos chicas con un mismo *ecueste*. Tan solo quedaban cuatro más para su turno. Mae echó una mirada alrededor. Qué extraño... había leído que durante la ceremonia solo se encontraban presentes junto a la Madre Sacerdotisa dos religiosas más, pero contó doce repartidas por los jardines y el Pabellón. Mientras iba pensando esto la cola fue menguando. Se fijó en ellas. Todas cubrían sus rostros con la larga capucha blanca de la túnica.

Dio un paso más.

Mae sintió que algo iba mal, lo notaba en el aire y en los gestos cómplices de aquellas mujeres.

Otro paso más.

Una de ellas se echó la capucha hacia atrás dejando ver un rostro conocido, no sabía de dónde, no sabía por qué.

Mae se encontraba delante de la Sacerdotisa, había llegado su hora. Pero esta no la miraba. Su vista estaba clavada en las mujeres de fuera. Parecía aterrorizada.

Entonces Mae observó con más detalle a aquellas religiosas, y lo comprendió todo. Un temblor sacudió su cuerpo.

Las capuchas bajadas mostraban sus cabezas rapadas, donde con pintura negra estaba dibujada la Estrella de Triángulos. La estrella que unía el símbolo del hombre y la mujer. El símbolo de las *prohombres*.

Un estallido.

Mae vio cómo las jóvenes y religiosas a su alrededor corrían a ninguna parte, huyendo del peligro. Pero era inútil. De sus túnicas, sacaron piedras, palos y armas.

Una de ellas sostenía una ballesta. “¡ A la hija de la Presidenta, a la hija!”, gritó otra.

Reconoció a la mujer de la ballesta, era la misma de antes, su rostro le sonaba tanto. Tenía un brillo en los ojos... Apuntó a Mae con el arma.

La flecha cortó el aire en su dirección.

Pasó a su lado e impactó en el pecho de la Madre Sacerdotisa que cayó al suelo, muerta. Había estado a punto de morir. Aquellas mujeres querían matarla por ser la hija de... ¡su madre! ¿Dónde estaba?

A lo lejos escuchó las sirenas de la policía. Pero ya era tarde, se habían ido junto con los *ecuestes*. Miró los cuerpos a su alrededor, pálidos e inertes. Con lágrimas en los ojos buscó entre ellos a su madre.

No la encontró.

Se la habían llevado.

Tal vez luchasen por algo justo, pero ninguna buena causa lucha con el terror.

CUENTO 16-18



Todos sabemos cómo acaba Hamlet

CANDELA DE PABLOS ÁGUILA

ALCALÁ DE GUADAÍRA (Sevilla)

CUENTO 16-18 (17 AÑOS)

La madera gastada de la puerta parece un pilar que no se va a derribar jamás y mi mano casi que se agarrota en la búsqueda de lo firme. Cuántas huellas habrán dejado ahí impresas en el recuerdo de un árbol que ya no es, intentando que el fantasma de sus ramas las protejan de lo que se avecina. Para mis manos se avecina una tormenta con rayos que cambian pulsos. Cómo es posible que la certeza de que la veré en cuanto me atreva a mirarla me provoque tal desasosiego a estas alturas, todavía. No acabo de entenderlo; no puedo colocarle ni un punto, ni una coma, ni una pausa a esa frase en mi cabeza y ahí está todo lo que puedo sentir, ese cosquilleo desde el abismo firme a la espuma; esa inquietud, esa yo temblorosa, esa certeza de ensoñación que me promete su pelo rubio flotando en medio de un aula donde no hay nada que se ajuste a ella, nada que no lo haga. *Extrapolar*, de más allá de los polos del mundo que decimos nuestro. Cómo es posible que ocupe tan poco espacio y me llene tanto, esa luz que no comprendo que no ciegue a otros, me llega tanto que casi no me puedo mirar de lo que ilumina. Qué abstracto es pensar. ¿Ofelia?

Y ya ves, está dormida. Pura paz. Una mota blanca de limpieza en lo caótico. Me agacho para comprobar lo que ya sé: párpados posados como pájaros que agitan sus plumas cuando no es su hora de cantar, labios dormidos detrás de los cuales se halla la clave de lo que Ofelia muestra al mundo y cabeza que reposa con dejadez sobre una mano dibujada de un solo trazo en el espacio. Mi dedo índice besa su nariz deseando a la vez dejar huella y no alterar nada para no desdibujar en mis ojos las manchas que forman lo que veo. Despierta. Ofelia abre los ojos con una rapidez y una naturalidad tales que cualquiera diría que nunca jamás estuvieron cerrados más allá de un parpadeo. Me regala una sonrisa y no sé si vuela ella o vuelo yo, aunque las dos seguimos aquí. Buenos días. Deslizo mi mochila sobre la mesa y me siento a su lado. Octubre. A estas alturas de curso no se puede desaprovechar ni un minuto en el que te puedas posar, ¿verdad? Y un no, claro que no. Hay que alterar y esparcir este tumulto de niebla, vapor y humo con algo, así que hablo de la fiesta del día de los Difuntos a la que sé de antemano que va a ir disfrazada de viuda negra. Dos cosas saben todos de Ofelia, y es que le encantan las flores y que le encanta disfrazarse, ser algo que no es. Pretender ocultar algo así al mundo no debería estar permitido, pero todo sea por el teatro. Así que su repertorio no es muy amplio. ¿Cuándo es? El pelo de Ofelia se escapa y vuela hasta hacerle cosquillas en la clavícula; mi mano aletea y mis dedos se enredan en torno a ese mechón rubio estrella (¿dudará ella de que ardan?) y lo colocan detrás de su oreja. La semana que viene ya es uno de noviembre. ¡Eso me deja muy poco tiempo para preparar mi disfraz! ¿No te vale el del año pasado? No le vale el del año pasado, lleva muchos años disfrazándose de lo mismo y ya tiene que cambiar, dice. Ayúdame a decidir. Pero tiene que llevar flores, claro, claro que sí. Y no puede ser de viuda negra pero tiene que ser acorde con la temática. Mmm. Pues mira, está claro, disfrazate de Ofelia. No estoy de broma, aunque sí lo estoy, tú solo vives por y para Halloween y te encantan las flores, es tu día. Abre mucho sus profundos ojos negros que se ríen y dicen “gracias”, todo muy deprisa. Labios que besan mejillas. No sé

exactamente qué he hecho, pero sí sé lo que ella me ha hecho. Tres flores rojas florecen en mi cuerpo, una por mejilla y otra dentro del pecho, como pasa siempre, siempre, siempre que Ofelia existe. Como siempre pasan los días uno detrás de otro. Mi niebla se condensa en torno a todo y sólo veo con claridad cuando sueño con flores rojas que se abren a la madrugada. El espíritu danza de un lado a otro del espacio, dando pasos que caen y retumban en la caja torácica, como gotas de rocío en la hierba de la primavera en un planeta con mucha menos gravedad que madre; y crece con el tiempo, se estremece, se despierta, empieza a abrir los ojos cuando la marea aún no cubre más allá de Venus. Y Ofelia me sonrío a la derecha, más otras cosas para nada trascendentales que pueden pasar en un segundo que se alarga a días hasta la noche del sábado.

El alcohol despeja el alma aunque entorpezca el raciocinio, y eso es lo que nos hace más sinceros. Un cubo de agua fría para la barrera de los labios. Si mi cabeza es un diente de león, la gente es el viento que esparce todas mis ideas, y al final me quedo desnuda y todo el mundo lo sabe todo, menos yo, y todo el mundo me mira ahora, y no sé si desear que me vean o que no lo haga nadie en absoluto. La desarmonía del humano con el sentir, el típico recurso artístico del protagonista contra el destino, el protagonista contra sí mismo, el protagonista contra. Yo estoy a favor de. A favor de renacer o de evolucionar, o como quieras llamar a salir de la crisálida, desde donde no siempre se puede volar, cosa que muchos olvidan. ¿Tendrá la mariposa este pavor irracional a volver a no tener alas, a no ver, a arrastrarse por el fango? A favor del porvenir si se presenta favorable aunque sorprenda, aunque no cumpla nada de lo que se nos promete porque al final siempre lo hace. O no, pero entonces ya da igual, porque nadie más que tú puede llegar a juzgarlo con certeza y para entonces habrás llegado al final. Mi final se centra en mí im-

provisando, en Ofelia frente al espejo, viéndose, sintiendo miedo. Es más fácil pensarse objetivamente en tercera persona. Si sólo hubiese una manera de volar de verdad fuera de este cuerpo y no sólo tener la sensación de mirarme desde fuera todo el tiempo. Me veo llena de flores en un plano cenital, pero yo no lo soy, no lo soy, no lo soy. Hay veneno hasta en mis pétalos, desde mis raíces a mis ramas. Tengo que volver a condensarme. Estos son pensamientos y sirven para pensar, y una risa. En el vaho de ese espejo escribo; esto es romero y sirve para recordar, ¡ay, amor, no me olvides! Que me olviden todos menos tú, la única que no supo verme, que despierta llamando a mi nariz, que recoloca el pelo con una suavidad y una urgencia que sólo cabe en el temblor de tus manos por la mañana; que alguien me recuerde buena, bonita, grácil, gracias, gracias. Mañana saldrá el sol pero tiempo al tiempo. Hay que tener paciencia. No seas Ícaro, ya lo seré yo, que me caiga al mar, por favor, que me caiga. Harías aparecer un precipicio para mí, es pregunta. No soy una mariposa pero soy hija de una. ¡Qué cosas! No tenía razón, sabemos lo que podemos ser pero no lo que somos. Yo sé que no puedo ser. Hay cosas que no se pueden alargar más. *Condénsate, condénsate*. Pero no soy yo quien habla. La mariposa bate sus alas, la conciencia se va de mí. No estoy perdida porque sé muy bien hacia donde tengo que ir. No me tengo en pie, así que mejor me caigo. Piensa sencillo. Actúa sencillo. Las flores flotan sobre mi cabeza, aunque no son nenúfares. El frío me llena, y recorre, y expulsa y ocupa el lugar hasta del tuétano de mis huesos. Por fin nadie me mira y he dejado de sentir.

Iba de blanco y blanca es su mortaja. Parece que lo ha cantado Shakespeare en boca de otros, como siempre. Era nieve y alguien la ha pisado. Era luz y alguien le puso un sol encima. La luz tapa a otra luz más que la oscuridad lo hace, mira las estrellas. Siempre se puede regresar adonde se empieza así que supongo que esto es un principio

porque no hay vuelta atrás. Lo prefiero a pensar que es el final de todo. Esto no es mi consciencia. Esta no es ella. Esa no soy yo. Toco mármol. Una escultura pero un cuerpo no, definitivamente un cuerpo no. Hay algo azul en todo esto, y lo beso, y me aferro a un intento de adiós que me falla. No nos podemos despedir de lo que arraiga. Alguien ha cogido un pan y lo ha hecho migajas, esa es mi vida ahora. Que sirva de abono a otras, creced vosotras en ella que yo no la quiero. No hay nada de mí en este jardín, en este cuerpo, o en aquel, mi mente se ha ido y hago lo mismo. Me marchó. El vaho del llanto de alguien, que prometo no ser yo, lo empaña todo. Nadad en él, pero no os ahoguéis, que nadie se ahogue, ni entre flores. El agua me ha arrebatado un secreto y cobro las deudas, me lo devuelve. El espejo me susurra. Ahora soy una planta que se hace pasta y cura el dolor. Que alguien me esparza, que separe tu ausencia repentina en trozos tan pequeños que nadie sepa que existen. No existen. No existes. Mis mejillas son hojas secas que pisa un niño. Nada florece en mí. No hay rojo en este cuerpo. Está lloviendo y pertenezco al otoño, donde todo muere.

POESÍA 13-15



Recursos éticos y tú

ANNA VARGAS ROMÁN

CÓRDOBA

POESÍA 13-15 (14 AÑOS)

Has tirado y quemado
lo poco que quedaba de mí
mientras yo
me lanzaba a las llamas de tu falsa bonhomía
aunque eso significara
quedarme sin piel
pero quedarme contigo.

Aun así
después de todo
ambos sabemos que no somos
ni de lejos
ni de cerca tampoco
tan melifluos y etéreos
como nos hicieron creer.

Solo éramos un poco de polvo y ganas.

Y tras todo esto
mis poemas y yo
yo y mis horas
hemos formado un motín
por tantas noches
sacándonos hilos de piel para coserte
las heridas que otros te hicieron.

Lo cual no era un problema
hasta que me di cuenta de que no había
más piel para dar
y que lo único que quedaba ahora
era un derroche de recursos éticos
junto a una canción romántica
que tras escucharla eternamente
la desechas con parsimonia
y que después de un tiempo
la echas de menos con vagancia
pero ya no te acuerdas
ni del ritmo
ni de la letra
ni del nombre.

POESÍA 16-18



La llaga

MARINA BLANCA ALGECIRAS

ALCALÁ DEL RÍO (Sevilla)

POESÍA 16-18 (18 AÑOS)

Cada vez que entro a mi casa
veo una llaga profunda
en medio del salón.
Sangra,
supura,
me irrita,
esta llaga no emana agua bendita,
esta llaga no es la salvación.

Tiene esta herida las comisuras
rotas de abrirse en cada curva,
negras,
ciegas de una fe sorda que las frena
a cerrarse.

Metó los dedos hasta el fondo y
toco las entrañas de esta masacre,
no hay un hueso que sostenga
toda esta carne

que cada vez está más vieja
y tiene menos aguante.

Sufro esta lesión,
las plaquetas no taponan,
me desangro de despecho,
se me cae encima el techo
pensando en todas las horas
que intenté su curación.

Una parte de la llaga
se va a trabajar temprano,
otra desayuna sin ganas
partiéndose en mil pedazos
y los recoge luego callada,
se reconstruye cada mañana
y se va al trabajo cansada
diciendo que le falta oxígeno
para aguantar otra batalla.

Se reencuentran luego
estas dos comisuras,
se sientan juntas y se murmuran

que hoy no será el día
en que sus carnes sanen,
que el olor del dolor
llega hasta la calle,
que la abuela
ya no sabe lo que hace,
que la misa,
el psicólogo,
las facturas,

el oncólogo
y el seguro de vida.

Yo intento echar alcohol
a esta herida que ya no les escuece,
porque ellos ya solo la padecen
y soy yo quien siente el dolor.

La noche de las tortugas

VÍCTOR BAYONA MARCHAL

ESTEPONA (MÁLAGA)

POESÍA 16-18 (17 AÑOS)

—Arder bajo el agua de un día
que no ha tenido tregua.
[Tras la lluvia,
todavía se escucha sobre las calles
el murmullo de las gotas
que sobreviven a la caída]
— Pensar en los motivos,
ser la propia consecuencia.
[Salgo de la ducha
y sólo comprendo
la convocación de mis manos,
de mi piel entera
como una ofrenda al Tiempo
que viste de gloria cada instancia,
cada cicatriz, cada aprendizaje]

Desnudo y ausente,
 íntimo, abandonado,
 soy un hombre (¿qué es hombre?)
 que sonrío exterior al espejo.
 No eres tú. No soy yo.
 Nunca has sabido mostrarme.
 Algún día renacerás
 como un ave rapaz.
 Vivirás entonces bajo mi legado.
 Hoy apenas te pareces a un pez
 con disimulada experiencia
 que se trunca cuando el peso
 del volumen cae sobre su cabeza.

Porque hay momentos
 de ruidos extraños contra la ventana
 en los que el frío se adhiere
 a las paredes-testigo,
 porque hay momentos así,
 como búhos en la sombra,
 que nos miran con la lejanía de las horas,
 déjame que me pregunte
 que con la toalla alrededor
 si es éste mi cuerpo.

(Como una tortuga
 me encojo
 para evitar que la humedad penetre
 en mis costillas.
 Como una tortuga
 presiento mi destino:
 pasar la noche
 al abrigo de una cama

que me ve madurar a menudo,
crujir y transformarme en leña.

Esto
ardiendo
es
nuestro
cuerpo).

RELATO 10-15



El detective Bonifacio

El enigma del laberinto maldito

PABLO SÁEZ MARTÍNEZ

ALMERÍA

RELATO 10-15 (11 AÑOS)

CAPÍTULO 1: MI PRIMER ENIGMA

Así era yo, Pablo Sáez, normal y corriente, un muchacho que no se esperaba nada de lo que sucedería en unas horas. ¡Mi vida estaba a punto de cambiar y no lo sabía! Pero eso es lo normal, que seas un chaval de primero de secundaria de Almería y que te conviertas en el gran y poderoso... ¿O no es lo normal? Bueno, todo lo que sé es que me encanta leer. Leo cuando puedo y cuando no, escribo. También me gusta escribir libros, como la serie de cómic “Amiguetes Bonitos” o el “Libro de los Laberintos”. De todas formas, nunca imaginé que lo que me sucedería estaría basado en esos cuentos y libros que escribo. Y el problema no lo creé yo, ocurrió totalmente por casualidad.

Todo comenzó un día en el que iba a clase, en el colegio de “La Patata Nauseabunda”, a las ocho de la mañana. Entré a clase y me sorprendí al ver que todos y cada uno de los alumnos estaban en un gigantesco corro. Me acerqué a ver, y pensé: “Probablemente estén organizando una batalla de rap”.

—¿Te has enterado, Pablo? —preguntó Emilio. Emilio es mi mejor amigo, y le confiaría todo. Bueno, todo, todo, no. Casi todo.—. ¡Unos ladrones han robado el rubí Rojizul!

El rubí Rojizul era la joya más importante del país, y estaba a salvo metida dentro del Laberinto Demoníaco. Sólo alguien con ingenio y fuerza tremendos podría haber hecho algo así sin ser derrotado por alguna trampa del laberinto.

—¿Quién ha sido? —le pregunté a Emilio.

—Lo único que se sabe es que el ladrón es conocido como “El Villano de los Villanos”.

—¿Qué decís, mamarrachos? —preguntó Miguel. Miguel es como “El Macho Alfa” de la clase, y dirige un escuadrón de niños que creen estar en la Segunda Guerra Mundial.

—Terreno despejado, no hay moros en la costa —dijo Juanma, que siempre inspeccionaba el terreno antes de acercarse.

—Enemigo a 50 metros norte —anunció Cristian, el vigía del escuadrón. Señalaba a Joaquín, el “Estafador”. Chantajeaba a la gente para que hicieran lo que él quería. En cuanto Cristian se le acercó, Joaquín gritó:

—¡Si no me dais cinco euros le pienso decir a Paquita Moreno que me habéis disparado con una pistola!

Pablo Soto, el “Tesorero” del escuadrón de Miguel, sacó cinco euros del cofre de ahorros de la clase, y Joaquín los cogió y se alejó tarareando. Solamente con que alguien pronunciara el nombre de Paquita Moreno, la clase se ponía firme. Paquita Moreno es la profesora de matemáticas, “Matemeitor”. Sus tácticas son implacables, y su alumna favorita era Lucía, la “Libreta”. Iba de aquí para allá con su

libreta y sus apuntes, estudiando Matemáticas. Y como no soportaba que le miraran los exámenes, se pegó uno al cuerpo con pegamento.

Todo eso no era comparable con Pablonciouro Martínez, el “Distraído”.

Pablonciouro Martínez, el “Distraído”, no atendía y se ponía a hablar con su amigo José Ramón, el “Papa”. Siempre se ponía en mitad de clase “Pa pa pa pa pa pa pa”. Nunca paraba. Un día, el profesor de música, Iván, los vio distraídos y les aporreó con una vara.

En clase tenemos como delegados a Fernando y a Mar. Fernando ganó votos poniendo vídeos cutres de YouTube, y Mar maldijo a los que no la hubieran votado. Ahora Fernando descansa en clase y Mar vocifera y pega alaridos a los alumnos. Si fuera por Fernando, las clases serían divertidísimas. Pero por desgracia, no depende de Fernando.

—¡SILENCIO! —bramó Mariki, la tutora. Es cruel con los alumnos porque eso le lleva a un aumento de sueldo.

Entre las sillas se veía claramente que faltaba una, la de Eufasia Filemona “La Guapa”. Se cree infinitamente más guapa que los demás, y se considera lo suficientemente importante como para ausentarse de clase en cualquier momento.

—Abrid el libro de Lengua y estudiad las 172 pequeñas unidades de gramática —dijo Mariki. Dicho esto, se levantó y se puso a revisar la tarea con una lupa y una agenda de “Expulsiones Felices”.

Nadie quiere acabar en el libro de “Expulsiones Felices”.

Cuando llegó la hora del recreo, todos salimos al patio. Le dije a Emilio:

—Cuéntame más sobre el robo del rubí Rojizul.

—¡Estoy en el baño! —chilló Emilio.

—Pues tira de la cadena, que menuda peste echaba ayer.

—Ya voy.

—¿Has tirado de la cadena?

—Ups... enseguida vuelvo.

Cuando llegó, nos fuimos al rincón pacifista, donde se huye del Escuadrón Líder de Miguel. Mariki vigilaba el otro extremo del patio con su agenda de “Expulsiones Felices” y su libreta de “Dulce Castigo”. Paquita Moreno tomaba el té ladrando por el patio:

—¡FELICES RECUPERACIONES!

El rincón pacifista podía estar en cualquier parte: detrás de un árbol, escondido en el aire, metido dentro del vestido de Paquita Moreno... Lo importante era que Cristian, el vigía de Miguel, no te pillara. Si te alcanza ya estás poniendo un billete de veinte en los ahorros de la clase.

Me tomé el aperitivo de media mañana antes de que Paula Pérez, la profesora de biología, me lo requisara para hacer una investigación del valor calórico del alimento en la fascinante alimentación de la ameba de la berenjena.

Paquita Moreno no se dio cuenta de que dos niños estaban en su vestido charlando y comiendo pipas.

—Hola —dijo Joaquín. También estaba dentro del vestido de Paquita Moreno, y parecía como si viviera allí. Se había instalado un sofá y una nevera—. O me dais cien euros o le digo a Paquita Moreno que estáis en su vestido.

Joaquín le dio un palo a Paquita Moreno, y corrí con Emilio a ver si había hueco detrás de un árbol.

—¿QUIÉN ES EL MARRANO—COCHINO QUE ME HA PEGADO EN MI SANTO CUERPO? —ladró Paquita Moreno.

Casualmente, Cristian estaba por ahí.

Mientras Mariki le anotaba caritas sonrientes y castigos escritos con rosa fosforito, Emilio y yo logramos ver a Joaquín trajinando con el dinero de Paquita Moreno.

—Ahora hálbame sobre el robo ese —le dije a Emilio.

—Del robo sólo se sabe que lo han robado, ya está.

—Pero, ¿dónde está ese laberinto?

—Nadie lo sabe.

—¿Y cómo lo robaron?

—Bueno, el que lo robó sí lo sabría.

—Menos mal.

—Os tenemos —dijo Miguel. Juanma agarró a Emilio y un niño que no conocía me agarró a mí.

—Llevadlos al cuartel general —ordenó Miguel.

Los soldados nos llevaron a un pasadizo que no conocíamos. Allí estaba Lucía con su *megarchivader*. Mega-archivador, pero le llamamos *archivader* porque saca sobresalientes gracias a eso y usa el Lado Oscuro de la Fuerza, como Darth Vader.

—Lucía —dijo Miguel—. Te traigo a dos prisioneros. Tortúralos. Lucía empezó a hacernos un montón de exámenes.

Cuando terminó, daba la impresión de que llevábamos horas allí, aunque sólo lleváramos quince minutos. Todos se fueron y Miguel nos echó con ayuda de Juanma.

—Victoria, mi comandante —dijo Juanma.

Cuando salí, Paquita Moreno todavía felicitaba suspensos y Mariki regalaba piruletas a los que estaban apuntados en la agenda de “Expulsiones Felices”. Lo miré todo y, de repente, Emilio se cayó por una alcantarilla.

—¡Voy a ayudarte! —grité.

Me tiré por la alcantarilla.

CAPÍTULO 2: A TRAVÉS DE LA ALCANTARILLA

Caí durante lo que parecieron horas, pero debieron ser pocos minutos. Olía a rayos.

—¡Emilio! ¿Estás aquí? —pregunté.

Nadie contestó.

Aterricé en una gruta subterránea muy grande y vi a Emilio comiéndose la comida de media mañana. Entre los exámenes de Lucía y la huida de Miguel, no nos había dado tiempo a comérnosla.

—¡Me he dejado la merienda en el cuartel de Miguel! —grité.

Me imaginé a Miguel atiborrándose de mi pan de pipas y pistachos.

—Menudo sitio —dijo Emilio—. Está lleno de ratas —dijo señalando una manada de ratas que intentaban quitarle la comida a Emilio.

De repente, vi lo que parecía un laberinto oscuro y tenebroso.

—¿No será...? —empezó a decir Emilio.

—¡El Laberinto Demoníaco! —grité yo.

—¿Y qué hace debajo del colegio?

—¡A lo mejor alguien del colegio ha robado el rubí!

—No puede ser, era un famoso ladrón.

—Pues lo que yo digo es que mañana, a la hora del patio, ven-gamos toda la pandilla aquí abajo.

—¡Buena idea!

Subimos a clase, pues ya era tarde, y nos sorprendió Paquita Moreno con un examen sorpresa. Mariki, cómo no, estaba bendiciendo al Señor por el examen.

—Mañana os enseñaré los patéticos resultados que intuyo que sacaréis —dijo Paquita Moreno—. ¡Pablonciouro Martínez! ¿Qué haces con ese burro de peluche?

Pablonciouro Martínez se apresuró a esconderlo y dijo:

—Yo no tengo ningún burro.

—¿Ah, no? —preguntó Paquita Moreno, dispuesta a buscarse una excusa para expulsarlo—. Haremos un trato: si tienes una sola pregunta mal en el examen, te confiscaré tu burro y te confiscaré a ti, pedazo de burro. Y si lo tienes todo bien (cosa que no va a suceder) te pondré un 10 en el examen y otro 10 para tu primo hermano burro.

A la mañana siguiente, toda la pandilla nos reunimos: Javier (un niño que inventa cosas y, casualmente, todas atacan a Paquita Moreno), Chinito Carmelo (un chino enviciado con los videojuegos), Ángel (un niño internado en el colegio que desea minar el despacho de la directora), Emilio y yo. Para decidir quién vigilaba que ni Miguel ni ningún profesor se acercaran, jugamos a los chinos y le tocó a Chinito.

Mariki les había añadido corazones a los miembros más recientes de su libro de “Expulsiones Felices” y estaba discutiendo con Paquita Moreno más cosas bonitas para los expulsados.

Nos tiramos uno por uno a la alcantarilla: no había nadie del escuadrón de Miguel. Caímos uno por uno hasta aterrizar en el mismo suelo mohoso y repugnante lleno de ratas.

Javier vio el laberinto y dijo:

—Yo quiero entrar.

—Tenemos que venir un día en el que no haya clase para no saltarnos ninguna —dijo Ángel.

Al día siguiente, nos entregaron los resultados de los exámenes de Paquita Moreno. Yo lo tenía todo bien, excepto la pregunta “La raíz cuadrada del decimoséptimo múltiplo común del triple de x da un número más otro número. ¿Qué número es?” Vi que nadie más había acertado excepto Pablouciouro Martínez, que puso al azar: 8466578644737. Pero él falló la pregunta $2+2$, creyendo que era una pregunta trampa puso 5. Decía:

—A mí no me pillarán.

Pablouciouro Martínez se tuvo que ir al establo a hacerle compañía a su primo hermano burro, que lo habían requisado. Mariki lanzó confeti.

Lucía, la “Libreta”, había sacado un 11. Nadie sabe por qué.

Emilio y yo discutíamos qué día podíamos entrar en el colegio a escondidas para meternos en el laberinto.

—Tenéis que hacer un poema matemático —dijo Paquita Moreno—. Estoy muy decepcionada con todos los mendrugos que han sacado una nota digna de un tarugo.

Mariki brincaba de alegría.

“Era un asno brincando en su sudor
Tras haber hecho cuatrocientas sumas
Cansado cual cerdo lleno de espuma
Restando en un curso de natación.

Intentando buscar la proporción
 Un montón las divisiones le abruman
 Pero siempre, aunque tres cigarros fuma
 Resolvía contento una fracción.
 Ese asno me recuerda a mí
 En un aula, en una clase
 Me siento siempre muy infeliz.

Ojalá esto se quemase.
 ¡Ay, madre mía! ¡Pobre de mí!
 Nunca quiero que esto pase.”

Paquita Moreno me dijo:
 —No comprendes el verdadero significado de las matemáticas
 y jamás lo comprenderás. Por eso yo te digo: un suspenso ¡y nada más!

A Lucía le puso un 10,5. Este era su poema:
 $7563x [-123 + (15 - 19x892) + 6666] + 13:87 = x + 33$

Mariki me regaló un caramelo por haber suspendido el poema.
 A Emilio le dio regaliz relleno.

—¡Eh! ¡Mi trabajo ha desaparecido! —exclamé.

—Se lo he dado a Paula Pérez para su investigación de la escritura del cochinillo de Salamanca —dijo Paquita Moreno.

Me puse hecho una furia.

Después nos tocaba Música, y casi no podía ni respirar, porque Iván, el profesor de Música, había hecho más grande su vara. Pablouciouro Martínez y José Ramón ya habían pillado.

Cuando Claudia González, la profesora de Sociales, llamó al hospital para llevar a los dos niños que habían sido aporreados, estaban medio inconscientes.

CAPÍTULO 3: EL 31 DE OCTUBRE

Parecía imposible hacer tal tarea. ¿Colarse en el colegio la noche de Halloween, meterse en un laberinto horripilante y desentrañar el misterio del rubí Rojizul? ¿O quedarse en casa haciendo deberes de Paquita Moreno y asustar a la gente con una máscara Made in China? Estaba atareadísimo por las tardes y no podía ni pensar en eso. Tampoco podía quedar con Emilio, porque él tenía extraescolar de inglés los jueves, el único día que no tenía montañas de deberes. Así que me quedé estudiando montañitas de Literatura y Pirineos de Biología. Sabía que, si no estudiaba, Paula Pérez haría una hipótesis sobre mí del comportamiento prerrenacentista del rábano “puerródromo”. Los componentes de la célula vegetal me parecían inadecuados para el título de la unidad: “La fascinante vida de la célula: inmóvil, pero fascinante”.

Después de estudiar, tracé el plan para colarse en el colegio aquella noche. Estaba decidido.

1. Buscar un disfraz que asuste mucho y darle un susto al conserje del colegio.
2. Cuando el conserje se desmaye, entramos.
3. Chinito desafía a la portera del colegio a jugar al Minecraft, mientras nosotros intentamos quitarle la llave del patio.
4. Cuando la tengamos, salimos al patio.
5. Alguien se queda vigilando que ni la portera ni el conserje vengan.
6. Nos tiramos a la alcantarilla.
7. Nos metemos en el laberinto.
8. Llegamos al final del laberinto.
9. *¡Bien! ¡Hemos ganado!*
10. No hay ningún paso 10.

Tenía que buscar una máscara que diera mucho, mucho miedo para el día de Halloween. Zombi... no. Vampiro... no. Puigdemont... ¡sí! Me disfrazaría de Puigdemont para Halloween, entraría en el colegio y todos se desmayarían de terror al verme. Tendré que preguntarle a Emilio y a toda la pandilla de qué se disfrazarán... espero que sea terrorífico, excepto Chinito Carmelo, que no se disfrazará, porque tiene que entretener a la portera.

Se acercaba el día, y Mariki cada día estaba más contenta... como si supiera lo que estamos tramando para acorralarnos en Halloween y meternos como líderes de la agenda de “Expulsiones Felices”.

El 31 de octubre por la noche, salí. Les había dicho a mis padres que había quedado con Emilio para hacer truco o trato en la puerta de mi casa. Allí estaba Emilio disfrazado de Rajoy, Javier disfrazado de Pablo Iglesias y Ángel disfrazado de Pedro Sánchez con un cartelito de dimisión.

—¿Esto qué es, el Congreso de los Diputados? —les pregunté.

—¡AAAAH! ¡PUIGDEMONT! —aulló Emilio.

—No soy Puigdemont, soy Pablo disfrazado.

—Menos mal.

—Vamos a entrar en el colegio ahora —propuso Javier.

—Vale —dijo Chinito.

El conserje tenía una manta vieja de fantasma y se paseaba por la puerta, listo para pedir caramelos o para encerrar alumnos que pasaran por allí.

Pasé por allí y le dije:

—¿Tú estás a favor de la independencia catalana?

—¡AAAAH! ¡PUIGDEMONT!

El conserje se desmayó.

Ya sólo nos quedaba la portera, que tenía un disfraz de la Niña del Exorcista. Chinito la vio y, sigilosamente, los demás nos escondimos.

—¡Hola, Nena del Machorcista! —le dijo Chinito.

—Es Niña del Exorcista —le corrigió la portera.

—Sí, ya lo sé. Por cierto, Nada del Mayorista, ¿se te dan bien los videojuegos?

—¡Sí! ¡Y no me llames así! ¡Soy la Niña del Exorcista!

—Lo que yo he dicho. Te reto a una partida de videojuegos, Nula del Minecraftyista.

—¡QUE NO ME LLAMES ASÍ! ¡TE RETO! ¡TE DESAFÍO! ¡HARÉ LO QUE QUIERAS! ¡PERO NO ME LLAMES ASÍ!

Se arrodilló ante Chinito, que comprendió que la tenía controlada.

Teníamos que quitarle las llaves a la portera, a menos que la cabeza de alguno de nosotros pudiera derrumbar la puerta que da al patio sin que la portera se enterase.

Chinito encendió la videoconsola, y la portera se preparó para el reto. Pero no se quitó las llaves. Las tenía atadas al cuello con un collar, y no parecía dispuesta a quitárselas ni con un chino cambiándole el nombre.

Cogieron cada uno un mando, y Chinito nos guiñó un ojo. Significaba que iba a intentar que la partida no acabara nunca. Sentí un poco de pena por él, porque iba a ser el único que no vendría al laberinto...

Ángel avanzó con cuidado para intentar quitarle la llave a la portera. Ella estaba pensando únicamente en derrotar a aquel que se había atrevido a llamarla Nula del Minecraftyista. Emilio se acercó por debajo de la mesa y yo intenté acercarme por un lado. Javier estaba haciéndole los últimos retoques a su nuevo invento, el Cerrajereitor 5000. Se suponía que iba a quitarle sigilosamente la llave a la portera.

Me acerqué, me acerqué... y cogí una de las llaves. La portera aún no se había dado cuenta de que los políticos más odiados del mundo y un chino mandarín le estaban saqueando llaves. Metí la llave en la puerta del patio. ¡No era la correcta!

—Yo me encargo —dijo Javier, y activó el Cerrajereitor.

Pero en vez de cogerle la llave a la portera, salió por la puerta del colegio y se largó.

—Vaya, no ha funcionado —se lamentó Javier.

Yo no lo lamenté tanto. A fin de cuentas, nunca habían funcionado sus inventos.

El conserje me agarró y me dijo:

—Te tengo, Puigdemont. Informaré al Gobierno de que estás donde no deberías estar, y te condenarán a muerte.

Si no fuera porque Chinito subió el volumen de la consola, la portera se habría dado cuenta.

—No pasa nada, yo le dije personalmente a Puigdemont que viniera aquí —dijo Emilio. Como estaba disfrazado de Rajoy, el conserje le creyó—. Tú le has maltratado, querido conserje, así que: ¡despedido durante lo que queda de día!

El conserje se marchó, pues sabía que era por la noche y que no quedaba mucho para medianoche.

—Gracias, Emilio —le dije.

—Tengo las llaves —dijo Ángel—. Espero que sean las correctas.

Metimos la llave y se abrió la puerta. Todos salimos. Pero al llegar al patio nos sorprendió el Cerrajereitor 5000... agarrando con cuerdas a Paquita Moreno y quitándole las llaves.

Debí habérmelo imaginado. ¡Los inventos de Javier siempre atacan a Paquita Moreno! Ahora estaba cabeza abajo, agarrada por el robot de Javier y ladrando por el patio.

—¿Qué es esto? ¡Soltadme!

—Señora, usted ha sido muy cruel con los alumnos —dijo Emilio con su disfraz de Rajoy.

—¿Crees que voy a creer al partido al que no voté? —dijo Paquita Moreno—. ¡Yo me voté a mí misma! ¡Profesora Exige Deberes Oscuros!

—Profesora Exige Deberes Oscuros... —murmuró Ángel—. ¡Claro! ¡Profesora Exige Deberes Oscuros! ¡PEDO! ¡Te presentaste por el PEDO! ¡Ja ja ja!

—Es un partido muy serio —dijo Paquita Moreno, que seguía cabeza abajo—. Creo que tendré que denunciaros.

—¡Cerrajereitor! ¡Bórrale la memoria! —ordenó Javier a su robot.

El Cerrajereitor sacó una maza bien grande... y del resto no me acuerdo.

—Vamos, Chinito no puede alargar la partida eternamente —dijo Emilio.

Ángel todavía pensaba en el partido de Paquita Moreno.

—PEDO, PEDO... ¿A que es gracioso?

—¡Allí está la alcantarilla! —grité.

Corrí hacia ella e intenté abrirla con todas mis fuerzas.

—¡Está cerrada! —dije.

—Lo siento, niños, pero vuestro jueguito se ha terminado.

CAPÍTULO 4: LA TEMIBLE DIRECTORA

La directora se hallaba en el centro del patio, con una especie de robot asesino. Llevaba puesto un casco con cuernos que le tapaba la cara, y una armadura robótica que daba miedo sólo de verla.

Su robot estaba armado hasta los topes, con cañones por la izquierda, leones por la derecha, leones con cañones por arriba y cañones con leones por abajo.

—Os he estado vigilando todo este tiempo, y me habéis guiado hacia vuestro destino —dijo. Cuando recupere el rubí Rojizul, me haré famosa ¡y todos os arrepentiréis de esto! Pero ahora tenemos un asunto más importante: me vais a guiar por el laberinto hasta llegar a la meta. No intentéis detenerme, porque os machacaría y vuestros cadáveres no me guiarían por el laberinto. Todos perderíamos.

—¡Jamás te guiaremos! —gritó Emilio, que seguía con su máscara de Rajoy.

—Vuestras máscaras no me engañan, mi robot tiene visión de rayos X. Emilio López Pepinolimpio... así es como te llamas, ¿no? Seguro que a Mariki le apetece tenerte en su agenda de Expulsiones Felices. Y tú... Javier. Tengo antecedentes tuyos, me han contado que has agredido a Paquita Moreno en varias ocasiones. Tus robots le han pintado la cara, han desintegrado sus exámenes, le han puesto una chincheta en su silla y creo haber visto hace nada otro invento tuyo colgándole boca abajo. Y tú... Ángel, ¿verdad? De ángel no tienes nada, eres más bien demonio. Bueno, ya que estamos aquí, me encantaría charlar, pero tengo algo mejor que hacer. ¿Qué tal si me guiais por el laberinto ese?

Pero Emilio ya se había subido al robot.

—¡Suéltame, mastuerzo! —chillaba la directora. Apretó un botón de “Defensas laterales”. Un martillo salió del robot y aporreó a Emilio en la cabeza.

—¡A por él! —exclamó Ángel.

Todos nos abalanzamos sobre el robot, y todos fuimos atacados por él. La directora daba martillazos a diestro y siniestro.

—Os voy a poner tarea extra a todos —dijo la directora.

Cuando todos estábamos en el suelo, llenos de chichones, la directora nos dijo:

—Ahora llevadme al laberinto. Cuando atrape al Villano de los Villanos, me llevaré toda la gloria, y no pienso decir nada sobre vosotros... ¡o podría decir que trabajáis para el Villano de los Villanos!

Estaba claro que necesitábamos un plan, así que, mientras nos tirábamos por la alcantarilla, decidimos quién distraía a la directora para que los demás intentaran desactivar el robot. Lo echamos a los chinos y le tocó a Chinito. Pero como Chinito no estaba, le tocó a Javier.

La entrada del laberinto estaba rodeada de ortigas, lo que indicaba que si te equivocabas lo tenías chungo.

—Mira, directora. Estos son mis inventos —Javier ya había empezado a distraer a la directora.

—Ahí hay unos símbolos raros —señalé.

Había una pared con jeroglíficos, la escritura en el Antiguo Egipto.

—Mi Jeroglifiqueitor 2000 puede descifrarlo —dijo Javier.

La directora seguía esperando, pero sin su robot. No cabía por la alcantarilla.

El Jeroglifiqueitor 2000 observó la pared, y tradujo:

—Recoge las ocho piezas y activa el generador. Luego coge la llave Maldita y abre la Puerta de los Enigmas para llegar al rubí Rojizul. Arriba: Núcleo del Laberinto. Abajo: Generador. Izquierda: Llave Maldita. Derecha: Rubí Rojizul.

El Jeroglifiqueitor salió.

—No os sorprendáis si veis a mi robot intentando descifrar a Paquita Moreno —concluyó Javier.

—Tenemos que ir hacia arriba —propuso Emilio.

—Se supone que dentro del laberinto hay escondidas ocho piezas que activarán el generador. Cuando se active el generador, se romperá la maldición que protege la llave y podremos cogerla. Esa llave abrirá la puerta que nos llevará hasta el rubí Rojizul —dije.

—Bonita hipótesis —dijo Ángel.

Continuamos por el camino que decía “Arriba”, y era verdad. Estábamos subiendo por una cuesta muy empinada. Me preguntaba cómo era posible que no llegara hasta el colegio si era tan alta la cuesta.

Y subimos, y subimos... Estábamos muy cansados porque teníamos que llevar a la directora en carretilla.

Cuando llegamos arriba, el camino se dividía en dos caminos. Elegimos el de la izquierda, luego el de la derecha, giramos arriba, luego izquierda, abajo, derecha, arriba... Nos perdimos totalmente.

—Esa ortiga con forma de corazón... ¿no la hemos pasado ya? —preguntó Emilio.

- Unas dos o tres veces —le respondí.
 —Y esa roca cubierta de pinchos... ¿no la hemos pasado ya?
 —Unas dos o tres veces.
 —Y esa estatua de oro... ¿no la hemos pasado ya?
 —Unas dos o tres veces.

CAPÍTULO 5: PERDIDOS

Hiciéramos lo que hiciéramos, siempre volvíamos a pasar por la ortiga de corazón, la roca cubierta de pinchos y la estatuilla de burro de oro.

—¿Y si volvemos e intentamos abrir la puerta del rubí Rojizul a patadas? —sugirió Ángel.

—¿Y si llamamos a la grúa para que derribe las ortigas y nos deje paso? —preguntó Emilio.

—¿Y si dejamos a la directora aquí, ahora que está durmiendo? —preguntó Javier—. Así, si nos perdemos y tenemos que volver, sabremos si hemos llegado cuando veamos la carretilla de la directora.

—¡Buena idea! —dijimos todos.

Mientras Ángel se despedía alegremente de la directora, continuamos el camino. Una flecha indicaba: “Minas de cristal”.

Fuimos por allí. Otro cartel indicaba: “Un paso malo, y te quedas cristalizado para siempre”. Estaba temblando de miedo, porque no me apetecía estar cristalizado.

Emilio nos guiaba. De vez en cuando tenía que apartarse porque unos cristales salían de la nada e intentaban atraparlo. Íbamos más lento que con la directora en carretilla, porque teníamos que estar muy atentos por si salían cristales.

De repente, Javier quedó atrapado por el pie.

—¡Socorro! ¡No puedo mover el pie! —gritaba.

—Ahora te sacamos —Intenté tranquilizarle.

Tiré y tiré, pero no podía salir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ángel.

—A ver, Javier, ¿tienes algún invento que descricalice? —preguntó Emilio.

—No, el Descristeliceitor 3000 fue desintegrado por el Gobierno cuando intentó cortarle la piel a Paquita Moreno.

—¿Y cómo lo creaste? —le pregunté.

—Cogí un par de tornillos, unos cachivaches incorporados, una motosierra... y un chip con el mensaje “Destruir a Paquita Moreno” incorporado.

—¿Por eso todos tus inventos la atacan?

—¡No lo hago a propósito! El dueño de la tienda de tecnología es un ex alumno de Paquita Moreno, y todo lo que vende tiene ese mensaje.

—¿Y quién es el dueño de la tienda?

—Yo.

—Vaya.

—¡Sacadme!

—Oye, ¿por casualidad estás intentando hacerle daño a un alumno cristalizado? ¡Tengo hueco para ti en la agenda de Expulsiones Felices!

—¿MARIKI? ¿Qué haces tú aquí? —pregunté.

En efecto, Mariki estaba allí plantada, con un GPS y un mapa del tesoro de Gerónimo Stilton.

—Bueno, hace un poco de tiempo me caí por la alcantarilla del patio y llegué aquí. Tenía pensado encontrar el rubí Rojizul y rescatarlo de las garras del Villano de los Villanos.

—¡Javi! ¡He terminado el invento que me dijiste! —ladró Ángel.

—Pues sácame de aquí.

—Ya voy.

El invento no era nada más y nada menos que un toro con un cartel publicitario de Coca-Cola.

—¿Tienes algo rojo? —me preguntó Emilio.

—Sí, aquí tengo un pañuelo rojo.

—¡Perfecto!

Emilio agitó el trapo por delante del cristal que tenía sujeto a Javier, y dijo:

—¡Eje, toro! ¡Eje!

El toro, que hablaba español gracias a un diccionario digital implantado por Ángel, gritó:

—¡Provocarme a mí! ¡Que me llaman el Vacaburro Ebsuasorio!

Ahora se entera el gitanillo ese.

El toro persiguió a Emilio, pero nunca topaba con el cristal. Sólo iba a por Emilio.

—Oye, toro. Cálmate, que sólo era una bromita de nada...

—¿Pero qué dice el monosabio *tontolbote* ese?

Necesitaba hacer algo, así que le dije a Mariki:

—Tienes que hacer que ese toro se comporte. Imagínate que es el miembro número uno de la agenda de Expulsiones Felices.

—¡Eso está hecho!

Mariki le invitó a cenar, le regaló chuches y vieron una película juntos.

—Lo que hace el amor —murmuró Emilio.

Mariki le dio setenta kilolitros de vino al toro, que acabó como una cuba.

—¡Hip! Olé el toro Evaricio y mi cuñada la Bonifacia Jerónima. ¡Hip!

El toro destruyó el cristal que tenía preso a Javier.

—¡Mirad! ¡Una pieza rara! —señaló Ángel.

—Debe de ser una de las ocho que estamos buscando —dijo Emilio.

—Pues a cogerla —propuse.

De repente, el toro estornudó y de su boca salió un señor con bigote.

—Buenas, soy el detective Bonifacio. Investigo el caso del robo del rubí Rojizul —dijo.

Era flacucho, alto y bastante esmirriado. Llevaba una ropa digna de un hombre de clase alta del año 1875. Estaba un poco chamuscado.

—Pero nosotros ya hemos encontrado el laberinto —dije.

—Y al mismo tiempo habéis emborrachado a un toro que me ha zampado un golpe..

—Ya tenemos una pieza de puzle —dijo Emilio.

—Y yo tengo otra. Estaba en la sala del Pregunta, Respuesta y Bomba. Es terrible. Te hace una serie de preguntas y tú las respondes. Por cada una que falles, te cae una bomba. Y he aprendido que no todas las bombas se desactivan cortando un cablecito.

—Si ya tenemos dos, sólo quedan seis —dijo Ángel.

—Si Paquita Moreno estuviera aquí, diría que las matemáticas son mucho más que encontrar piezas de puzle y resolver un misterio legendario —dijo Javier.

—Mirad —dije, señalando a Mariki.

Tenía los ojos verdes, mirada malvada y su voz era muy grave y tenebrosa.

—Jamás saldréis de este laberinto —gritó Mariki.

CAPÍTULO 6: LA AGENDA MALDITA

—¿Pero qué leches te ha pasado? —preguntó Emilio.

—Yo no soy Mariki. Soy Eustaquio Satanasio, el espíritu que pulula por la agenda de Expulsiones Felices. Cuantos más alumnos pone Mariki en la agenda de Expulsiones Felices, más fuerte soy yo... Ahora controlo a Mariki ¡y pienso apuntaros a todos para siempre!

—¿Por qué siempre nos pasan este tipo de cosas? —pregunté.

—No. Es la primera vez que un demonio escondido en una agenda controla a una profesora —aclaró Javier.

Todos, incluido el Detective Bonifacio, salimos corriendo. Mariki, o sea, Eustaquio Satanasio, no nos persiguió.

Junto a la pared había unos jeroglíficos.

—Dejadme a mí. Soy experto descifrando jeroglíficos —dijo Bonifacio—. “Sala de la montaña rusa. Llena de tirabuzones y bajadas brutales. Un detector del terror vigila que nadie tenga miedo. A la menor señal de pánico, los cinturones se apretarán y estaréis en la montaña rusa para siempre”.

—No podéis tener miedo o si no estaremos en la montaña rusa para siempre —dijo Emilio.

—¿Preparados? —pregunté.

—Sí —contestaron los demás.

—Pues adelante.

Subimos a una vagoneta y contemplamos la impresionante montaña rusa. La llegada estaba al otro lado, pero si el detector detectaba tu miedo te quedabas atrapado para siempre.

Nos abrochamos los cinturones y empezamos a subir. Intenté contener todo mi miedo para que el detector no me viera. Y bajamos. Aguanté mi miedo hasta lo más hondo de mi corazón y pensé: “Parezo una princesa Disney con este rollo del amor y contener el miedo”.

Había unos tirabuzones gigantes. En algunos parecía que te ibas a quedar bocabajo para siempre. Javi dijo:

—¡Aguantaos el miedo, ya queda poco!

Pero no parecía acabar. Siempre *loops*, bajadas brutales...

—Creo que el detector ha visto nuestro miedo y estamos siempre subiendo y bajando —dijo Emilio.

De repente se paró.

—Menos mal que ya ha terminado —suspiró Javier.

Pero no era así. Estábamos en una cuesta arriba muy, muy empinada. A lo lejos se veía la superbajada.

—Oh, oh —dije.

Bajamos, bajamos, bajamos... y aterrizamos con suavidad y delicadeza en la llegada.

—Suavidad y delicadeza, ya te digo —maldijo Ángel—. ¡Menudo *morrillazo* se ha pegado la vagoneta contra el muro de llegada!

Nos desabrochamos los cinturones y bajamos de la montaña rusa. Un cartel indicaba: “Toboganes Alegres”

—Vamos por allí —propuse—. ¿Qué puede pasarnos en unos tobogancitos?

A lo lejos distinguí la silueta de Mariki.

CAPÍTULO 7: TOBOGANES Y ESPEJOS

Los tobogancitos eran muy grandes, pero no parecían tenebrosos ni eternos.

—¡Otro cartel! —chillé, señalando un cartel escrito con lo que parecía sangre.

“Toboganes Alegres. Hay 10 toboganes. Uno de ellos está maldito, y todo el que se ha tirado por ahí ha desaparecido. Elige con cuidado”.

—Yo elijo el 2 —dijo Emilio.

—Yo el 4 —dijo Ángel.

—Yo el 7 —dijo Javier.

—Yo el 10 —dije.

Nos tiramos cada uno por el tobogán. No tenía ni idea de cómo eran los otros toboganes, pero el mío se agitaba continuamente. A lo lejos parecía verse la meta, pero no era más que un espejismo. El tobogán daba más y más vueltas, y yo me mareaba.

Bajaba y subía y bajaba y subía. Estaba deseando que terminara, porque el bajar a toda velocidad hacía que tuviera el culete al rojo vivo.

Aterricé en una colchoneta vieja, cubierta de harapos. A mi lado estaban Emilio y Javier.

—¿Y Ángel? —pregunté.

—Estamos esperando a que llegue —dijo Emilio.

Esperamos unos minutos, pero no bajó.

—Vamos —dije—. A lo mejor tenía miedo y se ha quedado arriba.

Arriba sólo estaba el cartel con sangre y las entradas a los toboganes, pero ni rastro de Ángel.

—Crees que... ¿habrá cogido el tobogán ese de la muerte? —preguntó aterrado Emilio.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Javier—. Tirándose por el mismo tobogán que él: el 4.

—¿Y si morimos? —pregunté.

—Mi pésame por ti, Pablo —dijo Emilio.

Nos sentamos en el tobogán número 4 y caímos a una velocidad tremenda. Era como el 10, donde me había tirado yo, pero más rápido.

—Esto me marea —susurró Emilio. La velocidad era tal que no podíamos hablar muy fuerte.

De repente, vislumbré a lo lejos algo brillante, naranja... ¡y ardiente!

—¡Allí hay fuego! —exclamó Javier.

—Ahora entiendo lo que le pasó a Ángel —dije con tristeza.

—Y esto no se frena —dijo Emilio.

—¡AAAAAH! —gritamos los tres.

Las llamas estaban a pocos metros de nosotros.

—Os quiero, chicos —les dije a los demás.

—Igualmente —contestó el resto.

Las llamas estaban casi a mi altura.

Vi a Javier y a Emilio metiéndose dentro.

—¡No! —grité.

Me tocaba a mí. En pocos segundos tocaría las llamas.

Cerré los ojos y esperé a mi muerte. Esperé y esperé... Y de golpe, morí.

—¡Pablo! —gritó Javier.

Me hallaba en una habitación llena de luces que parpadeaban.

—¿Esto es el cielo? —pregunté—. En las películas sale mejor.

—No estás muerto, te quedaste dormido —dijo Emilio—. Las llamas eran de mentira.

—¿Cómo?

—Es verdad —dijeron Javier y Emilio.

—Pues parecían muy realistas —aseguré.

—Yo también me lo creí —reconoció Javier—. La verdad era que parecía que íbamos a morir.

—Os estaba esperando —dijo Ángel en un rincón—. Creí que, como no llegabais, vuestros toboganes eran los equivocados.

—Mirad, ahí —señalé. Era una vitrina que escondía una pieza de puzle, que aparentemente encajaba con la nuestra.

—Hola, llegué rodeando los toboganes —dijo Bonifacio, que seguía con su atuendo renacentista—. No deberíais meteros en líos, es mejor esquivarlos. ¿Habéis visto? Las dos piezas que tenemos encajan con la tercera. No sé cómo abriremos la vitrina.

—Tiene un candado que se abre con una contraseña de cuatro cifras —dijo Ángel.

Había un cartel que decía:

“Sala de los Espejos. Aquí hay una pieza y al otro lado hay otra. La contraseña para abrirla es el número del espejo que te refleja del revés andando por una colina. La contraseña de la otra pieza de puzle es la mitad de ese número”.

—Parece que tendremos que entrar —suspiré. Deseaba encontrar el rubí Rojizul y salir de allí por fin.

El interior de la sala de los espejos era muy lioso. Había espejos por todas partes, y era como huir de ti mismo. Algunos te reflejaban alto, otros bajo, otros gordo, otros flaco, otros con cuerpo de burro tomando el té... muchas variedades.

Los espejos estaban numerados con una contraseña de cuatro cifras. La correcta era la del espejo que refleja del revés andando por una colina. Nos separamos. Ángel iba con Javier, Emilio iba conmigo y Bonifacio iba solo.

Se oían voces. Voces graves y oscuras. Mariki estaba cerca, lo sentía... Tenía que averiguar la contraseña para poder encontrar la pieza.

—¿Dónde estará? —preguntó Emilio.

En uno me veía reflejado del revés, pero tenía que ser en una colina.

—¡Lo he encontrado! —Se oyó la voz del detective Bonifacio.

Ahora tenía que llegar hasta él.

—Vamos a dar la vuelta para ir por donde él ha ido —propuso Emilio.

Dimos la vuelta y fuimos por donde había ido Bonifacio. Su camino era muy distinto al que habíamos cogido Emilio y yo. En su camino te veías reflejado como muchos objetos. En uno te veías como una lavadora, en otro un jamón, en otro un tren de juguete... ¡Menudos espejos! No tenía ni idea de quién los había hecho, pero se necesita un gran talento para hacer semejante cosa. Y el laberinto... ¿Quién lo habría hecho? Era tan misterioso como el robo.

Javier y Ángel nos esperaban con Bonifacio que señalaba en el espejo la contraseña: 2246.

—La mitad de 2246 es 1123, así que ya tenemos la contraseña —dijo Emilio—. Ahora sólo hay que volver y...

—¿Qué pasa? —preguntó Javier.

Una pared había salido de la nada, impidiéndonos dar la vuelta.

CAPÍTULO 8: LA SALA DE LOS ACERTIJJOS

—Parece que tenemos que avanzar para llegar hasta la pieza, y luego volver para la otra —concluyó Bonifacio.

Tras unas cuantas vueltas, logramos ver por fin la vitrina con la pieza de puzle dentro.

Introducimos en el candado la contraseña 2246 y se abrió. La pieza de puzle encajaba perfectamente con las demás. Tenía forma circular, y probablemente fuera un círculo lo que quedaría cuando hubiésemos encontrado las demás. Al otro lado de la Sala de los Espejos estaba la otra, donde el número 1123 era el correcto.

—Bueno, sólo quedan cuatro piezas y habremos encendido el generador —dijo Bonifacio.

—¡ALTO! —gritó Mariki, o sea, Eustaquio Satanasio—. Os apuntaré en la agenda de Expulsiones Felices.

Salimos corriendo con las cuatro piezas de puzle en la mano.

—No podéis huir de mí —decía Mariki. Nos iba pisando los talones.

Al final del pasillo había una puerta. Nos metimos y la cerramos con llave. Seguimos corriendo por si Mariki abría la puerta.

Un cartel decía: “Sala de los Acertijos. Por cada acertijo que resuelvas, se abrirá una puerta. Por cada uno que falles, se cerrará otra. Si se cierran todas te caes al vacío. Al principio estarán todas cerradas excepto tres”.

—¿Por qué tiene que haber tantas trampas? —pregunté yo enfadado.

—Así es el laberinto. Hay muchas porque el Villano de los Villanos espera que fracasemos en alguna de ellas —dijo Ángel.

—Venga, vamos a resolver el primer acertijo —propuso Bonifacio.

Decía: “De siete patos metidos en un cajón, ¿cuántos picos y patas son?”

—Muy fácil. Siete picos y catorce patas —dije.

—Espera —Me interrumpió Bonifacio—. No creo que la respuesta sea tan fácil. Es una pregunta trampa, seguro.

—¿Y si la trampa consiste en que creamos que es una pregunta trampa? —preguntó Javier.

—No lo creo —aseguró Bonifacio.

—Puede que no se refiera a patas de piernas, sino a la hembra del pato, la pata —Pensó Emilio.

—Entonces serían siete picos y ninguna pata —dijo Ángel.

—Seguramente —dije.

—¿Estáis seguros? Si falláis se cerrará una puerta —comentó el detective.

—Bueno, no se me ocurre nada más —murmuré.

—Ni a mí —dijo Emilio.

—En ese caso, diremos eso: siete picos y ninguna pata —concluyó Bonifacio.

—INCORRECTO —gritó una voz robótica—. CERRANDO PUERTA.

—¿Qué? ¿Es incorrecto? —preguntó irónicamente Javier.

—RESPUESTA: DOS PICOS Y CUATRO PATAS.

—¿Cómo va a ser eso? —maldije a la voz robótica.

—Ahora lo pilló —susurró Bonifacio.

—¿Cómo que lo pillas? —preguntó Ángel.

—De siete patos metidos en un cajón, ¿cuántos picos y patas son? —explicó Bonifacio—. Es un juego de palabras: de siete patos metidos. Metí dos. Y como has metido dos, son dos picos y cuatro patas. Las patas sí son las de las piernas. Ahora sabemos que los próximos acertijos pueden tener este tipo de trucos. Hay que estar atentos.

—Vamos a resolver otro acertijo —propuse.

Decía: “Una madre tiene seis hijos y cinco patatas. Sin usar decimales ni fracciones, ¿cómo repartirá las patatas para que todos tengan la misma cantidad?”

—Otro acertijo trampa —dijo Bonifacio enfadado.

—Pues habrá que descubrir la trampa —dijo Javier.

—Podría ser que un hijo se queda sin patata —aportó Emilio.

—No creo que sea eso —le contesté yo—. Dice que todos tienen la misma cantidad.

Pensamos durante unos minutos, pero a ninguno se nos ocurrió nada. ¿Cómo podían repartir cinco patatas entre seis personas, sin decimales ni fracciones y que cada uno tuviese la misma cantidad?

—Nos rendimos —dijo Ángel.

—RESPUESTA: HACIENDO PURÉ DE PATATAS.

—Creo que me voy a desmayar —dijo Emilio.

—Esto tiene que ser una broma. ¡Tiene que ser una broma!
—grité.

—Si fallamos un acertijo más, se cierra todo y caemos al vacío
—suspíré preocupado.

—Tenemos que intentarlo, al menos —dijo Javier.

—¿No sería mejor volver? Ya hemos visto que los acertijos no son lo nuestro —dijo Ángel.

—¿Con Mariki pululando por ahí? ¿Volver a cruzar la montaña rusa? ¿Ir otra vez por el tobogán de la muerte? ¿Las minas de cristal? ¡Ni hablar! —gritó Emilio—. Hemos llegado hasta aquí, y no vamos a volver hasta que rescatemos el rubí Rojizul.

—No escaparéis de la agenda de Expulsiones Felices —bramó Mariki, o sea, Eustaquio Satanasio. Debía de estar a medio kilómetro de nosotros, pero se puso a correr para pillarnos. Teníamos un minuto para resolver el acertijo.

Decía: “¿Cómo consigues el número mil usando ocho ochos?”

—Por lo menos esto no es trampa —dijo aliviado Emilio.

—A ver... ocho por ocho es sesenta y cuatro, por ocho... —empecé a decir.

—Quinientos doce —terminó Bonifacio.

—¿Y ochenta y ocho por ocho? —preguntó Javier.

—Setecientos cuatro —dijo Bonifacio.

—¿Y ochocientos ochenta y ocho más ocho? —preguntó Ángel.

—Probablemente sea algo así —contestó Bonifacio.

—¡Ya lo sé! Ochocientos ochenta y ocho más ochenta y ocho más ocho más ocho más ocho —grité contento.

—CORRECTO —dijo la voz robótica—. Os habéis librado de caer al vacío y ser triturados por las fuerzas oscuras.

—A ver... —Comprobó Javier—. Ochocientos ochenta y ocho más ochenta y ocho da novecientos setenta y seis, más ocho novecientos ochenta y cuatro, más ocho novecientos noventa y dos y más ocho... ¡Mil! ¡Y son ocho ochos! ¡Bien hecho, Pablo!

—Vais a morir —chillaba Eustaquio Satanasio—. No podéis resolver los acertijos.

—¡Corred! —gritamos todos.

La puerta se cerró justo a tiempo. Mariki se quedó atrapada.

—¡Otro acertijo! ¡Rápido! —señalé otro cartel.

Decía: “Completa la serie. 16-06-68-88-98”

—No tengo ni la más mínima idea —dije.

—¡Mirad la serie del revés! —dijo Emilio.

—¡Hala! ¡Son otros números! —Se sorprendió Ángel—. 86- 88- 89-90-91.

—El número que falta es el 87 —dijo Bonifacio.

—CORRECTO.

—¡Más acertijos! —pidió Javier.

“¿Qué es lo que se rompe si se pronuncia?”

—¡Silencio, panda de mamarrachos! —decía Mariki, avanzando.

—Ella lo ha dicho —dijo Bonifacio.

—¡El silencio! —gritó Emilio.

—CORRECTO.

—Sólo queda un acertijo más —dijo Javier.

“Un hombre que vive en un décimo piso baja a la calle en ascensor. Al subir, siempre le da al botón del octavo y sube los dos pisos restantes a pie. ¿Por qué lo hace?”

—Será que no puede darle al botón —opinó Ángel.

—Porque no llega —dijo Bonifacio—. Es demasiado bajo.

—CORRECTO.

La puerta se abrió. Al otro lado había una pieza de puzle. Y la directora se hallaba allí, con su casco terrorífico y su peluca a lo Luis XIV.

CAPÍTULO 9: LA IDENTIDAD SECRETA

—¿Os parece bonito dejarme encerrada en una carretilla en un laberinto horrible? —preguntó la directora hecha una fiera corrupta.

—Ha sido él —dijo Javier señalando a Ángel.

—No, ha sido él. —Ángel señaló a Emilio.

—No, ha sido él. —Emilio me señaló a mí.

—No, ha sido él. —Señalé a Javier.

—No, ha sido él —dijo Javier señalando a Ángel.

Era un bucle tan eterno que la directora se durmió de aburrimiento.

—Otra vez dejamos a la directora aquí —dije, y cogí la pieza de puzle.

—¡Vaya! Lo de la directora no me lo esperaba —dijo Bonifacio.

—Nos quedan tres piezas —comentó Emilio.

—¡Os apuntaré para siempre! —Se oyó la voz de Eustaquio Satanasio.

—¡Corred! —gritó Ángel.

eguimos corriendo, presos del pánico. Aún nos quedaban tres piezas de puzle, y no tenía ni idea de dónde podían estar.

Vimos un cartel: “Sala del terror. Todos tus peores temores están dentro”.

Pensé que era el lugar más apropiado para meter una pieza de puzle.

Nos adentramos en ella.

Estaba en el colegio. Tenía cinco años. Ante mí se erguía un edificio gigante: el edificio de primaria. Estaba caminando con la

fila de clase, e íbamos a salir al patio. A mi lado estaba Emilio, pero el Emilio de 5 años. Javier estaba en la otra fila. Ángel y Chinito no llegarían al colegio hasta primero de primaria.

Nuestra profesora de infantil, M^a Luisa, era una mujer bastante vieja y con la cara llena de arrugas. En secundaria ya estaría jubilada. A su lado estaba Claudia González, la profesora de sociales. Estaban charlando sobre asuntos económicos del colegio. Emilio me llamó para jugar, pero con su voz de niño de tercero de infantil.

—*Oye Pabo ¿vamo a jugá?*

Recordaba cuando era aún más pequeño. Como mi nombre era un poco difícil de pronunciar, todos me llamaban *Pabo*.

—Ahora voy, Emilo —le contesté.

Vale. Infantil no es que fuera la etapa del vocabulario supremo.

—¿Y cómo quieres que supere los peligros del laberinto? —le preguntó M^a Luisa a Claudia González.

No le hice caso al comentario, intentaba pillar a Emilio con toda mi velocidad de quinientos metros al minuto. Oía voces de fondo, pero no me importaban. Sólo quería pillar a Emilio.

—Me da igual, M^a Luisa, pero tienes que hacerlo. Allí dentro hay algo muy valioso... algo que yo quiero.

—¡Te pillé! —le dije a Emilio—. Te toca.

Emilio se lanzó hacia mí como un teletubbie furibundo a quinientos cincuenta metros por minuto. Emilio siempre ha sido más rápido que yo.

¡CATACLOC!

Un martillo me aporreó en la cabeza.

A mi lado había un robot con un martillo. Javier estaba detrás de él. Él ya había cumplido seis años, porque nació en enero.

—*¿Te guta mi martillo?*

—*No muto, es mu pequeño.*

—*Vale. Lo voy a hace más gande.*

—¡Bieeeeeen! —dijimos Emilio y yo.

Una voz resonaba en mi cabeza.

—Dentro hay algo muy valioso... algo que yo quiero.

El cielo se volvió oscuro, me daba la sensación de caer en un agujero sin fondo. De repente, volvía a tener doce años y a estar en la sala del terror del Laberinto Demoníaco.

Ángel, Javier, Emilio y Bonifacio estaban allí también. Parecía como si ellos también hubieran despertado de un sueño.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó Emilio—. Soñé que estaba en la playa enterrando a mi padre de arena y casi me iba con mi madre dejándolo allí. Tenía ocho años.

—Yo soñé que estaba en un museo y creía que los esqueletos de dinosaurio estaban vivos. Tenía cuatro años —dijo Ángel.

—Yo soñé que tenía 2 años e inventé mi primer invento: el *ca-rakiwi* de plátano. No tenía ni idea de para lo que servía —dijo Javier.

—Os habéis dejado guiar por el poder que habita esta sala y habéis entrado en vuestros propios recuerdos —parloteó Bonifacio—. Menos mal que yo estaba aquí para liberaros.

—Vamos a seguir —propuso Emilio.

—¡Esperad! —Les paré—. Creo que ya sé quién es el Villano de los Villanos.

CAPÍTULO 10: LA HISTORIA DE BONIFACIO

Se lo expliqué todo, tal y como lo había visto en el recuerdo.

—Entonces, ¿crees que Claudia González es el Villano de los Villanos? —preguntó asombrado Emilio.

—Ella quería que M^a Luisa, mi profesora de infantil y de Emilio, se metiera en el laberinto.

—Pero podría referirse a otro laberinto, uno dibujado de una revista, ¿no? —dijo Ángel.

—Pero habló de trampas y de que dentro había algo que ella quería mucho —insistí. Tenía una prueba definitiva, había desenmascarado al Villano de los Villanos. ¡En cuando rescatara el rubí

Rojizul, se lo contaría a todo el mundo! Iría a la policía, la detendrían, se la llevarían a la cárcel, y yo me convertiría en el gran y poderoso ¡SAELOSEXOMANUEL!

—Bueno, está ella y la directora, ¿no? —dijo Emilio—. La directora podría haberle dicho a Claudia González que cruzara el laberinto, y como ella no quiso, se lo pidió a M^a Luisa.

—La directora dijo que iba a desenmascarar al Villano de los Villanos, ¿no os acordáis? —seguí insistiendo—. ¿Para qué querría entregarse a sí misma?

—Bueno, por ahora lo importante no es saber quién es el Villano de los Villanos, sino conseguir las piezas de puzle y detenerlo, sea quien sea —terminó Javier.

—Y detrás de esa puerta de “Sala del terror” se esconde una —dije.

El interior de la sala estaba lleno de esqueletos, retratos de zombis y murciélagos. A Ángel le parecía normal.

—¡Bah! —decía—. Da más miedo cuando Emilio se encuentra un bicho en la sopa.

Una pieza de puzle se hallaba al fondo, y por la forma encajaba con las otras. Un cartel encima de la vitrina que contenía la pieza decía:

“La contraseña para abrir la vitrina es una palabra. Esa palabra te la dirán tus mayores miedos”.

—¿Ahora tenemos que enfrentarnos a nuestros miedos? —preguntó Javier, que se puso como una mula sorda papando moscas.

—Mejor vais vosotros solos —dijo Bonifacio—. Mis peores temores son demasiado poderosos como para que vuelvan.

—¡Venga ya! —le animé—. Vas vestido con ropa del año 1875. ¿Quién va a ser tu peor temor? ¿La tatarabuela de Drácula?

—No. Mi peor temor es reencontrarme con el saber, donde un ejército mágico acecha tras las órdenes del colíder —respondió Bonifacio.

—Cuando dices eso, parece como si todavía estuviéramos en la Sala de los Acertijos —le dije.

—Vamos. Hay que averiguar esa palabra —dijo Emilio.

Aquel sitio era como un campo de margaritas pisoteado por una manada de búfalos salvajes. Javier se adentró. Una pantalla se encendió y se puso a decir los mayores miedos de Javier.

Los padres de Javier estaban destrozando sus inventos y haciéndolos papilla, diciéndole que no sirven para nada. Javier pareció haber enloquecido, como si un *Cactus Borriquerus* se hubiera liado a abrazos con él.

Javier se desmayó. No parecía muy preparado para enfrentarse a sus miedos.

Se adentró Ángel. La pantalla se encendió. Aparecía la directora diciéndole a Ángel:

—Tus padres han muerto a causa de un incendio, así que te quedarás aquí para siempre.

Ángel también pareció haber sido víctima del *Cactus Borriquerus*.

Se desmayó al lado de Javier. Parecía como si tuviéramos que ir todos al hospital por desmayo urgente.

Le tocaba a Emilio. La pantalla me mostró a mí rechazándolo como amigo y pidiéndole que se fuera. Emilio se desmayó y cayó encima de Ángel, quien se despertó:

—¿Qué hace esta mula sorda aquí?

—¡Eh, yo no soy una mula sorda! —le contestó Emilio.

Me tocó. La pantalla se encendió y me daba la sensación de estar realmente en aquel lugar.

¡Emilio me estaba destrozando mis cómics! Intenté pensar que aquello no era real, que sólo era una pantalla... Pero no pude. Me desmayé encima de Emilio.

Le tocaba a Bonifacio. Recé por que no se cayera encima de mí, pues aquello se iba a convertir en la Torre Eiffel.

Bonifacio se colocó en la pantalla. Paquita Moreno le estaba regañando porque había suspendido. Pero no parecía la Paquita Moreno de ahora, sino la Paquita Moreno de hace cuarenta años.

—¡Has suspendido, pedazo de mastuerzo! —le ladraba Paquita Moreno. Me recordaba al reclamo del búfalo hembra para atraer al macho.

Bonifacio se desmayó. ¿Y adivináis dónde cayó? ¡Encima de mí!

—Ya está bien de misterios, Bonifacio —le dije—. Cuéntanos tu historia, quién eres y qué haces aquí.

—Vale, está bien, os lo contaré —dijo Bonifacio al final—. Pero tenéis que prometer que no se lo contaréis a nadie.

—Lo prometemos —dijimos todos.

—Pues bien, allá voy. Tengo cincuenta y tres años, vivo en una guarida ultra secreta no muy lejana y desde hace mucho tiempo soy detective privado. Bonifacio Romero del Corral, ese es mi nombre. ¿Bueno, qué pasa aquí? ¡Ya está bien de pitorreo con mi apellido, hombre! Fui exalumno de Paquita Moreno, era mi tutora y era horrible. Siempre que salía del colegio se iba al Congreso de los Diputados para presentar su partido de Profesora Exige Deberes Oscuros. ¡No empecéis a reiros otra vez! ¡Ya sé que es PEDO! Bueno, a lo que iba, Paquita Moreno siempre estaba allí o en el colegio dando la lata a muchos alumnos. Tenía una compañera de clase que se llamaba Mariki, siempre iba de aquí para allá con su agenda de Tareas Felices... mira lo que le ha pasado ahora. Cuando abandoné el colegio me fui a la Facultad de Enseñanza de Oliver. ¿Pero qué os pasa con las siglas? ¡Ya sé que es FEO! Pero Oliver Lengualuenga fue el mejor profesor que tuve nunca. Aprobé con sobresaliente y me fui a trabajar como un detective solitario. Así soy yo. Mi padre, Eugenio Romero Tomillo, quería que fuese abogado. Y mi madre, Mar del Corral Gallinácea, quería que fuese granjero... ¿Qué pasa con mi madre? ¿Algún problema? ¿No? Gracias. Pues bien, esa es mi historia. ¿Satisfechos?

—Espera, que tomo nota de las *bobaliconerías* de tu madre... ¿cómo era? Porcina, Establa, ¡Ah, sí! Gallinácea —apunté.

—Estamos bloqueados. Tenemos que superar nuestros miedos —comentó Bonifacio, como si no se acordara de nada de la charla de hace dos minutos—. ¿Pero cómo? ¿Cómo vamos a superar cada uno nuestros miedos?

—Venciéndolos —contestó Javier con una espada.

—Me parece que la espada te sobra —le dije.

CAPÍTULO 11: LA SALA DE LAS MENTIRAS

Me acerqué a la pantalla y volvió a salir Emilio rompiendo mis cómics, pero esta vez pensé: “Los cómics los tengo en mi casa, Emilio no puede romperlos”.

—¡Eh, un momento! ¡Esos ni siquiera son mis cómics! —dije, asombrado.

Emilio dijo:

—PEPINO.

—Probablemente sea la contraseña —dijo Bonifacio.

Nos acercamos a la vitrina y pusimos la contraseña: PEPINO.

Se abrió. La pieza de puzle encajaba con todas las demás.

—¡Perfecto, ya sólo quedan dos! —se alegró Javier.

Avanzamos por el laberinto. Izquierda, derecha, izquierda, derecha... por un momento creí que habíamos vuelto al principio, si no fuera por el cartel de:

“Sala de las mentiras. Debes reconocer las verdades y luego las mentiras. Las verdades tienen todas algo en común. Esa cosa es la clave para abrir la vitrina con la pieza de puzle”.

Entramos y era como un laboratorio. Estaba lleno de pociones y diversos cachivaches químicos que no veríamos hasta el año que viene.

—Si me bebo esto... ¿moriré? —preguntó Ángel, que estaba revisando una poción con la etiqueta “Veneno o agua”.

—No lo compruebes —Le aconsejó Bonifacio—. Debe ser allí lo de las mentiras —Señaló a un muñeco de Pinocho.

La marioneta de Pinocho estaba guiada por un titiritero que no paraba de tiritar y tenía una tirita en el dedo.

—Cinco por cuatro, veinte, más dos, veintitrés. ¿Verdad o Mentira? —preguntó la marioneta.

—Cinco por cuatro es veinte. Si le sumas dos, da veintidós —Razonó Javier.

—¡Verdad! —grité rápidamente.

—Correcto —dijo Pinocho.

—¿Cómo? ¡Pero si da veintidós! —rebuznó Ángel.

—Cinco por cuatro veinte no se refiere a que si multiplicas cinco por cuatro de veinte —expliqué—. Se refiere a que si multiplicas cinco por cuatro coma veinte (decimales) te da veinte uno. Más dos, veintitrés.

—Tú también eres bueno en matemáticas —me dijo Bonifacio. Yo nunca había sacado sobresaliente en matemáticas, pero esperaba que esto me subiera la nota.

Pinocho continuó diciendo:

—Dos más dos entre dos es dos. ¿Verdad o Mentira?

—Naturalmente, mentira —aseguró Emilio—. Primero se hace la división y luego la suma.

—Correcto.

—Ojalá Paquita Moreno estuviera aquí para subirnos la nota —dijo Emilio.

—¿Por qué siempre os escapáis? —graznó la directora, que corría hacia nosotros.

—¡Viene! —gritó Ángel.

—Yo la entretendré —dijo Bonifacio.

Bonifacio comenzó a distraer a la directora con diversos trucos.

—Oiga señora, ¿le interesaría comprar...? —Empezó a decir Bonifacio.

—No compro nada, bazar chino subterráneo —le contestó la directora.

—Pero señora, se lo dejo barato y...

—¡Que no, que no, joven! Además, ¿para qué leches quiero yo una CACA?

—¿No se te ha ocurrido venderle otra cosa? —le pregunté.

—Pues estaba mal de presupuesto —me contestó Bonifacio.

—¡Haz algo! —me dijo Emilio.

—Vale —Cogí una cachiporra que había en la sala y empecé a aporrear a la directora—. ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

La directora estaba recibiendo cachiporrazos a montones. Parecía como si yo estuviera cazando un mamut.

—Ahora sabes lo que se siente cuando tienes la cabeza hecha un bombo —le dije, recordando la escena del robot de la directora.

La directora cayó al suelo. Dijo:

—¡Llevadme al hospital!

La directora vociferaba como una manada de borregos payoyos en estampida. No paraba de ladrar y chillar maldiciendo a nuestros descendientes, y era peor que ser víctima del *Cactus Borriquerus*.

—¡Necesitamos la anestesia! —dijo Javier.

—Yo la tengo —le contesté, sacando una buena maza.

La sostuve en alto y ¡CATACLOC!, anestesié por completo a la directora, que se quedó frita en unos instantes.

—Espero que la directora no se vuelva a despertar —rogué—. Ya ha dormido mucho.

Una pieza de puzle apareció tras la vitrina, lista para juntarse con las demás.

CAPÍTULO 12: LA ÚLTIMA PIEZA

—¡Ya solo queda una! —Animé al equipo.

—Formamos buena pareja —me dijo Bonifacio.

—¡Yupi! Sólo una pieza más y activaremos el generador. —Se alegró Emilio.

—Y luego cogeremos la llave maldita y nos enfrentaremos a Claudia González, o sea, al Villano de los Villanos. —Terminó Javier.

Un letrero decía:

“Laberinto Oscuro. Esta parte del laberinto está muy, muy oscura. Y los muros son de hierro que se inflaman cuando alguien los toca”.

—Ahora, como al principio, laberinto por aquí y laberinto por allá —se quejó Ángel.

—Así que se inflaman cuando alguien los toca —dijo Bonifacio—. Extraña reacción química, la verdad.

—Bueno, no voy a quedarme aquí, cuando sólo me queda una pieza de puzle —dije.

Ese lugar, como decía el cartel, era súper oscuro. Íbamos muy lento por si nos estrellábamos. Ángel se estrelló contra un muro y casi le quema, formando una especie de cohete llameante.

—¿Estáis aquí? —pregunté en la oscuridad.

Nadie respondió. Empecé a asustarme, ¿qué les había pasado? ¿Habían muerto todos tocando un muro? Corrí pensando que me habían adelantado, y tuve que esquivar tres o cuatro muros en llamas. Me choqué contra un adulto.

—¿Bonifacio? ¡Te he encontrado! —dije. Pero él no era Bonifacio.

—¡A la agenda de Expulsiones Felices! —gritó Eustaquio Satanasio. Me había chocado contra él.

Lo esquivé y seguí corriendo. Tal vez hubiera sido él el que mató a mis amigos... pero no podría hacerlo. No veía nada, y sólo oía la voz del Eustaquio Satanasio.

De repente, me vino una idea a la cabeza. Tocaría todos los muros que pudiera para que viera el camino por el que iba.

Toqué todo lo que pude, aunque en ocasiones tocaba a Mariki y pensaba que iba a estallar en llamas. Todo se iluminó, y a lo lejos pude ver a Emilio, Javier, Ángel y Bonifacio.

Eustaquio Satanasio salió corriendo detrás de mí.

—Os tengo —dijo muy contento, y nos golpeó con la agenda.

Sentí una punzada de dolor en todo el cuerpo. Parecía como si me fuera a explotar la cabeza de golpe, y los demás también tenían ese dolor tan fuerte.

Golpeé a Mariki con su propia agenda, y huyó despavorida con el mismo dolor que todos nosotros.

—Tenemos que destruir su agenda para librarnos del dolor dijo Bonifacio.

—No puedo, me duele todo —respondió Emilio.

—Hay que intentarlo o nos dolerá eternamente —explicó Javier.

Perseguimos a Mariki, con el dolor todavía corriendo por nuestro cuerpo. No nos importaba la pieza de puzle, queríamos acabar con Eustaquio Satanasio de una vez por todas.

Nos abalanzamos con fuerza sobre él e intentamos quitarle la agenda. Pero él intentaba darnos otra vez con ella, para aumentarnos el dolor.

—Nunca saldréis de la agenda de Expulsiones felices —decía Eustaquio Satanasio—. Nunca os libraréis de la tortura. Habéis sido malos, y por eso yo seré malo con vosotros.

—¡Te tengo! —gritó Emilio. Se había lanzado de cabeza contra Mariki, y le golpeaba. Ella seguía intentando tocarnos con su agenda, pero nosotros la esquivábamos. Finalmente, Bonifacio se la quitó. Al tocarla, sintió cómo el dolor se hacía más y más intenso. Gritaba:

—Quiero morir... matadme, pero no me sigáis torturando.

—¡Ahora te salvaremos! —gritó Javier, pero no se atrevía a tocarla.

La agenda parecía estar destruyendo a Bonifacio, nuestro guía, nuestro amigo...

Eustaquio Satanasio se desplomó. Pero cuando se levantó, ya no parecía él, sino otra vez la auténtica Mariki.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es ese tipo cutre con ropa del año 1875 que tiene mi agenda de Expulsiones Felices? —preguntaba Mariki.

—Esa agenda tenía un demonio dentro —le contestó Ángel.

Bonifacio ya no parecía el mismo. Ahora Eustaquio Satanasio lo poseía a él.

—¿Veis? —dijo el demonio—. Nunca podréis destruir mi agenda, porque yo os controlaré hasta que alguien os la quite. Ahora seguiréis teniendo ese dolor destructivo. ¡Y os lo haré más doloroso!

Bonifacio corrió hacia nosotros, pero era mucho más rápido y ágil que Mariki, así que no tardó en pillarnos a todos.

Parecía un dolor tan terrible, que deseaba cualquier otra tortura a ese dolor infinito y muy intenso.

Eustaquio Satanasio iba a destruirnos por completo, iba a matarnos...

—No podéis hacer nada para liberaros —dijo—. Cuando tenga el rubí Rojizul, alcanzaré el poder máximo y dejaré de ser un espíritu... seré una persona, el mayor Villano que haya existido jamás. Dejaré tirado al Villano de los Villanos y pasaré a la historia contra el Rey Satanasio. Nadie podrá impedírmelo.

Lanzó una estela de llamas que nos rodeó.

—¿No tienes ningún invento que lance hielo? —le pregunté a Javier.

—Hubiera construido uno si hubiera sabido que un demonio iba a rodearnos en llamas —me respondió. Tenía mucha razón.

—¿Vuestras últimas palabras? —preguntó Eustaquio Satanasio.

—Sí —dijo Mariki—. ¡Cantimplora va!

Lanzó una cantimplora llena de agua que apagó el fuego.

—¡A por él! —bramó Mariki.

Pero estábamos demasiado débiles como para luchar. Preferíamos la muerte antes que el dolor, pero era imposible...

Mariki cogió su lápiz y le sacó punta de tal manera que se quedó muy afilada.

—Así no tocaré la agenda —dijo ella.

Intentó pinchar la agenda, pero Bonifacio la esquivaba con facilidad. Quería darle a ella también para torturarla hasta el infinito.

—¡UAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —ladró Mariki cuando le alcanzó la agenda. Brincó, aulló, rebuznó, bailó, dio cabezazos y chilló de dolor. Ella sí que era dramática.

—Ahora lo destruiré todo y... ¿qué? —Le acababa de quitar el lápiz a Mariki y había hecho un gran agujero en la agenda, arrancando muchas de sus páginas. Seguí cortando páginas con el lápiz hasta que no quedó ninguna en absoluto.

Entonces fue Eustaquio Satanasio el que se retorció de dolor, hasta desintegrarse por completo. Bonifacio volvió a la normalidad.

—¡Mirad! Ahora ya podremos activar el generador —dijo Bonifacio.

Una luz señalaba la última pieza de puzle, que encajaba con todas las demás, formando un círculo con la letra M.

CAPÍTULO 13: EL GUARDIÁN DEL LABERINTO

—Vigilaré el terreno —dijo Mariki—. Puede haber trampas escondidas por todos lados... ¡AAAH!

Una catapulta lanzó a Mariki hacia el colegio, donde cayó en su despacho sin lesión alguna.

—Allí está el letrero del principio —le dijo a Emilio.

“Arriba: Núcleo del Laberinto. Abajo: Generador. Izquierda: Llave Maldita. Derecha: Rubí Rojizul”.

—Ahora hay que ir abajo, al generador —nos contó Bonifacio.

—Ya me había percatado de eso —le contestó Javier.

El camino hacia abajo era muy distinto al otro. Lleno de margaritas, claveles y estatuas de elefantes bailarines, parecía otro lugar, como si no fuera el mismo laberinto.

El generador se hallaba a lo lejos, como pidiéndonos a gritos que fuéramos hacia él.

Unos minutos después, llegamos al generador. Era una especie de vasija gigante donde había que meter todas las piezas unidas. El círculo encajaba perfectamente.

—Desactivando maldición de la llave —dijo una voz que salió del generador. Sabía que voz era: la del titiritero tiritón con tirita que manejaba a Pinocho.

Ahora sólo teníamos que coger la llave tranquilamente, derrotar a Claudia González, o sea, al Villano de los Villanos, y rescatar el rubí Rojizul de sus garras.

Volvimos al cartelito y giramos a la izquierda, hacia la llave.

El camino hacia la llave era un túnel de lava que parecía interminable. A lo lejos se veía una luz, pero empezaba a dudar de si era un espejismo.

—Es increíble que hayamos llegado hasta aquí —dijo Ángel—. Yo creía en casi todas las salas que íbamos a morir.

—Es normal —le contestó Emilio—. Cualquiera piensa eso. ¡Vete a saber quién construyó el laberinto!

—Eso le gustaría saber a todo el mundo —le dijo Javier.

—¡Mirad! —les interrumpí—. ¡Es la llave!

A unos trescientos metros se veía la llave.

Era una llave que parecía como cualquier otra, pero que su forma era única.

Estaba en una mesa, de la cual salió el Villano de los Villanos...

Claudia González salió de la mesa, pero al vernos no pareció nada sorprendida de que hubiéramos superado todos los peligros y obstáculos del laberinto.

—¡Te hemos encontrado, Claudia González! —le dije—. O debería decir Villano de los Villanos, ¿no?

—¿Pero qué dices, Pablo? —me preguntó—. ¿De dónde has sacado que yo soy el Villano de los Villanos?

—Vi un recuerdo de cuando era pequeño y le dijiste a M^a Luisa que dentro del laberinto había algo que querías mucho —le respondí.

—Lo que quería no era el rubí Rojizul —me dijo Claudia González—. Quería el puesto de guardiana del laberinto, porque en el periódico salían noticias de que el Villano de los Villanos intentaba entrar en el laberinto. Y tardó muchos años en conseguirlo. Pero tú y tu equipo habéis conseguido superarlo en un día. ¡Habéis sobrevivido al ataque de un demonio roba cuerpos! Deberíais estar orgullosos de vosotros mismos.

CAPÍTULO 14: EL VILLANO DE LOS VILLANOS

—¿Cómo sé que no me estás engañando? —le pregunté con desconfianza a Claudia González.

—Cogiendo la llave, abriendo la puerta que lleva a la sala del rubí Rojizul y enfrentándote al Villano de los Villanos —me dijo.

La sala del rubí Rojizul estaba a unos metros de nosotros.

—Parece que hemos llegado —dijo Emilio.

—Ahora, a ver quién será en realidad el Villano de los Villanos —comentó Javier.

—Ya pienso en cómo rescataremos ese rubí —parloteó Ángel.

—A abrir esa puerta —dijo Claudia González.

—Voy a darle una paliza al Villano de los Villanos —dije.

—Por el bien de la humanidad —añadió Bonifacio.

Abrimos la puerta. Y detrás de ella estaba el Villano de los Villanos.

Paquita Moreno.

—¿Desde el principio eras tú? —le pregunté.

—Matemáticamente maligna deducción, Watson —me respondió con una sonrisa malvada.

—¿Tú robaste el rubí Rojizul? —preguntó Javier.

—Sí, inventor psicópata —le contestó—. Bueno, la suma de vuestro miedo más la probabilidad de que perdáis da... ¡Siete mil novecientos ochenta y siete con sesenta y cuatro! Eso es mucha probabilidad de que perdáis.

—No voy a permitir que robes el rubí Rojizul, Paquita Moreno —le dijo Bonifacio muy enfadado.

—¡Si es mi Bonifacio el Suspenso! —gritó Paquita Moreno, que empezaba a agobiarse de que tanta gente hubiera superado el laberinto.

—Sí, exmaestra —le respondió el detective—. Soy yo.

—Me estoy empezando a preguntar cómo habréis superado todas las trampas del laberinto. ¡Si sois malísimos en matemáticas! —maldijo Paquita Moreno—. Será porque Claudia González, la profesora directamente proporcional, se habrá encargado de darles calculadoras, ¿no?

—La verdad, lo han hecho todo ellos solitos —dijo Claudia—. Y soy inversamente proporcional respecto a ti.

—Vaya, esto es simplemente inesperado —comentó Paquita Moreno—. Y yo que creía que erais unos matados.

—Pues ya ves que no —le dijo Ángel—. Y ahora vamos a rescatar el rubí Rojizul de tus zarpas y vamos a llevarte a la policía.

—¡Nunca! ¡Esto siempre me ha pertenecido! —bramó Paquita Moreno, y su voz resonó por todo el laberinto—. No voy a dejar que una panda de pringados me arruinen la vida.

—Pues lo haremos —dijo Javier, que tenía un montón de inventos suyos—. ¡A por Paquita Moreno!

Cada invento tenía una función: el Peluquereitor, el Bailongueitor, el Pelarabanoscaducadoseitor... Lo importante era que todos atacaban a Paquita Moreno.

Paquita Moreno no paraba de agarrar inventos y romperlos por doquier. Estaba muy acostumbrada a sufrir ataques de máquinas programadas por un alumno rebelde.

—Yo también tengo inventitos matemáticos —dijo Paquita Moreno, que seguía con aire de enfurecida. Dicho esto, sacó unos robots con forma de signo de suma, otros con forma de resta, otros con forma de multiplicación y otros con forma de división.

Los de suma creaban fuego, los de resta hacían desaparecer las cosas, los de multiplicación clonaban cosas y los de división encogían las cosas hasta un tamaño microscópico.

Pronto los inventos de Javier alcanzaron un triste final.

—A ver, un problemilla —comentó Paquita Moreno—. Si a un número le sumo los segundos que quedan para que os destruya, da lo mismo que si lo duplico y le resto la mitad. ¿Qué número es?

—¿Siete? —contesté al azar.

—De acuerdo —respondió Paquita Moreno—. ¡Siete bombas para ti!

Los diablillos robóticos de suma empezaron a lanzar bombas chiquititas. Luego lanzaron bombas medianas. Luego lanzaron bombas grandes. Uno de ellos se trajo una bomba gigantesca, pero el peso le aplastó antes de poder encenderla.

Los de resta lanzaban rayitos que hacían desaparecer lo que tocaban.

Emilio no paraba de lanzarle restos de inventos de Javier a Paquita Moreno, que cabalgaba sobre un robot de fracción que partía en dos las cosas. Era como si un examen se hubiera rebelado contra nosotros.

—Pues vaya cosa la de los robots matemáticos —dijo Bonifacio—. Parda se va a armar.

Los robots de multiplicación clonaban a los demás, así que nada más destruir uno venían muchos más. En pocos minutos nos acorralaron contra la pared de la sala. Paquita Moreno nos preguntó:

—¿Vuestras últimas palabras?

—Sólo una. Examen —le respondí.

—¿Examen? —Se sorprendió ella.

—Sí. Examen —dijo Chinito Carmelo, que acababa de entrar en la sala y había desconectado unos cuantos robots—. Has suspendido el examen, Paquita Moreno.

CAPÍTULO 15: EN EL ÚLTIMO MOMENTO

Chinito Carmelo nos había salvado de los robots.

—¿Cómo es que has llegado? —pregunté.

—No suelo ganar tras mucho tiempo. Esa portera era malísima jugando —me respondió.

—¡Cogedlos! —ordenó Paquita Moreno, y los robots se reagruparon, listos para acabar con nosotros.

—Imaginaos que esto es un videojuego —dijo Chinito.

Nos imaginamos que era un videojuego y que teníamos que destrozar los robots para acabar con Paquita Moreno.

—¡Toma eso, pedazo de chatarra! —dije cuando aporreé a un robot de suma.

El robot cayó y se hizo pedazos.

—Primero vamos a por los que tienen signo de multiplicación, así no podrán clonar a los otros —propuso Ángel.

—¡Toma examen sorpresa de Geografía! —gritó Claudia González mientras le propinaba una patada de grado medio a un robot de multiplicación—. ¿Cuál es el río que pasa por Almería y provoca inundaciones? ¡El Andarax!

Claudia González empezó a lanzar mapamundis y diversos cachivaches de Geografía. No es que fuera muy buena idea por parte de los robots clonar lo que va a espachurrarte.

—Vaya tela —dije cuando los robots de multiplicación cayeron rotos.

Chinito sacó mandos de consola y se dirigió hacia los robots de suma. Eran los siguientes.

Los robots de suma empezaron a crear fuego para quemarnos el trasero. ¡Sinceramente, menuda estrategia!

Las bolas llameantes me alcanzaban. Iban a triturarme. Hui por mi vida, y me escondí detrás de un armario. Nunca imaginé que hubiera armarios en el Laberinto Demoníaco.

—¡Eh, bichos de suma! —les gritó Emilio—. A ver si podéis sumar el barranco más Paquita Moreno.

Los robots cogieron a Paquita Moreno y la tiraron por el barranco. Desgraciadamente, el barranco tenía menos de dos metros de alto.

—¿Creéis que es tan fácil vencerme? —ladró Paquita Moreno cuando salió del barranco.

Un robot de resta me encontró dentro del armario. Le propiné una patada y le mandé a la estratosfera.

Los robots de suma seguían incendiando las cosas y prendiendo fuego a Paquita Moreno, que había programado los robots para destruir absolutamente todo lo que encontraran.

Mi trasero estaba a ciento cincuenta grados y ardía de tanto fuego. Esos robots me estaban haciendo la vida mucho más difícil.

Javier estaba reuniendo las ruinas de sus inventos para repararlos, y Emilio cabalgaba sobre un robot de división. Ángel cogió la dinamita que se reservaba para hacer pedazos el colegio y se la tiró a los robots. Bonifacio atrajo los rayos de sol con su lupa e hizo sufrir mucho a Paquita Moreno.

En cuanto los robots de suma hubieron caído, nos dirigimos hacia los de división, los que partían en dos las cosas. Parecía una película de ninjas.

Chinito Carmelo retaba a una pelea de no parpadear a un robot, y lo tenía bastante difícil: los robots no parpadean.

Los robots de división eran más listos que los otros, pues no destruyeron en ningún momento a Paquita Moreno. Aunque eso podría ser porque son tontos de remate...

Chinito nos dio trajes de ninja a cada uno para enfrentarnos a los robots de división. Me quedaba muy grande, teniendo en cuenta que Chinito estaba un poco gordinflón.

Los trajes de ninja tenían estrellitas con pinchos ninja, un sable comprado en un bazar chino (típico de Chinito) y una maza (quisiera saber qué tiene que ver eso con un ninja). Pero por otra parte, los robots de división no tenían nada que hacer contra eso.

Paquita Moreno fue a la tienda de disfraces y volvió con el disfraz de ninja que todos teníamos, pero no era muy buena luchando. Tropezó unas cuantas veces, cosa que nosotros aprovechamos para pasar por encima de ella.

Los robots de división partieron nuestras espadas en dos, luego en cuatro, luego en ocho... Y nosotros tuvimos que usar las estrellitas ninja, pero también las destrozaron.

—¡Pues cojo la maza! —ladró Emilio, agarrando la pesada maza medieval y haciendo picadillo al robot.

Javier había conseguido reparar uno de sus inventos, el Cerrajereitor, y estaba agarrando a Paquita Moreno.

Cuando destrozamos los robots de división, sólo quedaban los de resta... Ángel ya había dinamitado uno.

Paquita Moreno hacía batalla de cálculo mental con Bonifacio y Claudia González, mientras que Emilio, Javier, Ángel y yo nos encargábamos de hacer polvo pica-pica a los robots.

Los de resta hacían desaparecer las cosas, como un espectáculo de magia psicópata. Ángel se puso su traje de mago e hizo aparecer a Paquita Moreno dentro de su sombrero (tampoco es que no la haya metido allí dentro).

Emilio y yo nos encargamos de cortarles la cabeza, Chinito y Javier de cortarles el resto de partes del cuerpo y Ángel de dinamitarlo.

Bonifacio ganó a Paquita Moreno en la pelea de cálculo mental. Claudia González la castigó con un examen de raíces cuadradas gigantesco.

Los robots de resta eran los más difíciles, porque uno de sus rayos te hacía desaparecer por completo. A Emilio casi le alcanza uno, pero el Cerrajereitor se puso en su camino y fue él quien desapareció.

Parecía imposible acabar con ellos, porque les atacarás por donde les atacarás te inflaban a rayos desvanecedores. Así que probamos el ataque sorpresa.

—¡Sorpresa! —gritó Chinito, sacando la maza de su disfraz.

El robot se sorprendió, y en menos de tres cachiporrazos cayó para no levantarse nunca más. Los otros robots empezaron a atacar a Chinito. Emilio les tiró una tarta de las que hace su madre. Javier estranguló al robot que había hecho desaparecer a su querido Cerrajereitor.

Paquita Moreno terminó su examen y se propuso triturarnos de golpe con la vara del profesor de música, pero falló y le dio al único robot que quedaba vivo.

—¡Os habéis cargado a mis robots! —rebuznó Paquita Moreno.

—Tú también has hecho pedazos a uno. —Le recordó Bonifacio.

—Ese no cuenta. —Se defendió ella.

—Hemos ganado, Paquita Moreno —dijo Bonifacio, orgulloso de sí mismo—. Danos el rubí Rojizul.

—¡Jamás! —chilló la malvada profesora. Apretó el botón de su bata de profesora y salió una armadura gigantesca, metálica y con la propiedad conmutativa que la recubrió y la volvió aún más malvada.

CAPÍTULO 16: LA ARMADURA MORTAL

—¡Lo he preparado todo desde el principio! —gritó Paquita Moreno—. Le di la dirección del laberinto a la directora, junto con su robot gigante, y fui yo quien le regaló hace mucho tiempo esa agenda a Mariki. Sí, seré una criminal, ¡pero vosotros seréis unos cadáveres dentro de muy poco!

—Ya está —Sonrió Paquita Moreno—. Ya no hay nada de lo que preocuparse, ¿no? —Dicho esto, apretó el botón de “Atrapar al pajarraco” y una jaula de platino nos encerró a todos—. Ya me puedo ir. Diré que fracasasteis en vuestro noble pero patético intento de robar el rubí Rojizul. ¡Adiós!

Paquita Moreno se iba a ir, cuando el rubí Rojizul (o lo que quedaba de él) empezó a brillar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Paquita Moreno.

—¡BOUM!

El rubí Rojizul explotó, provocando un haz de luz que acabó con Paquita Moreno.

CAPÍTULO 17: LA GOMA REBELDE

La jaula se abrió y todos salimos.

—¡Qué raro! —dije—. ¿Cómo es posible que el rubí Rojizul haya explotado?

—Buena pregunta —contestó Bonifacio—. De todas maneras, hemos vencido al Villano de los Villanos, Paquita Moreno.

—Eso es lo importante —dijo Emilio—. Ha sido una gran aventura.

—Espero no volver a tener que cruzar un laberinto en mi vida —dijo Ángel.

—Ahora tenemos que salir, pero ya es fácil —comentó Javier. Salimos, y ya era de día. Día 1 de noviembre.

—Estoy muerto de sueño —dije, y me fui a casa.

Mis padres me esperaban, y me preguntó mi madre:

—¿Pablo, qué haces aquí? No has aparecido en toda la noche.

Les conté la historia y les enseñé los pedacitos del rubí Rojizul. Los demás también me ayudaron a relatarla.

—¡Pablo, eres un héroe! —dijo mi padre, pero yo me dormí al instante, pues tenía un sueño de marmota.

A la mañana siguiente me desperté. Estaba en mi cama. Mi padre y mi madre me miraban.

—Pablo, te toca ir al colegio —Me recordó mi madre—. No olvides decirme quién es el nuevo profesor de matemáticas.

—Adiós, mamá —me despedí antes de salir al colegio. Estaba seguro de que la cosa iba a cambiar mucho.

—¡Pablo! —me gritó Emilio al llegar al colegio.

—¿Qué pasa? No me vayas a contar otro misterio, que me enfado.

—No, Pablo. Lo que pasa es que al parecer alguien le tiró una goma a Paula Pérez en el ojo el 31 de octubre por la mañana, en clase. Y cree que has sido tú porque te ausentaste ayer.

—¡Parda se va a armar! —le respondí.

—¡PAAAAAAAAABLOOOOOOOOOO! —graznó Paula Pérez, entrando por la puerta. Ignoró a Pablo Soto y a Pablouciouro Martínez, y se dirigió a mí directamente. Tenía un ojo como un melón.

—¿Fuiste tú quien me tiró la goma? —me preguntó, dispuesta a comportarse conmigo peor que Paquita Moreno.

—No —le contesté.

—¡Mentira! —chilló. Sabía que si no le decía a Paula Pérez que había sido yo, me llamaría mentiroso, pero no estaba dispuesto a sufrir un castigo por eso.

—Es verdad, yo no he sido —le dije.

—Eres un niño muy mentiroso —me dijo ella—. Te voy a expulsar si no confiesas.

—No expulses a nadie. —Se oyó la voz de Bonifacio, que entró por la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Quién es este mamarracho? —preguntó la profesora de biología, fijándose en el atuendo del año 1875 que seguía llevando Bonifacio.

—Soy el nuevo profesor de matemáticas del colegio, debido a la ausencia de Paquita Moreno tras su muerte por el rubí explosivo —le contestó Bonifacio.

—¿Pero qué dice este majadero? —Dijo Paula Pérez.

—Debería usted leer los periódicos en vez de expulsar alumnos por ataques de gomas. Pablo no ha sido, y se lo puedo demostrar.

—¡NO PINTAS NADA AQUÍ, PEDAZO DE CENUTRIO! —rebuznó Paula Pérez, y sacó un arma supermoderna de cuarta ingeniería química.

—¿Intentas amenazarme con ese palo? —Se pitorreó Bonifacio.

—¡Largo de aquí! Ya sabré yo quién me transforma los ojos en sandías sin pepitas.

Dicho esto, se largó conmigo hacia la dirección, donde me esperaba la directora. Pero sólo estaba la subdirectora, Adoración, la profesora de Plástica que exige a los alumnos obras dignas de colocarlas donde la Mona Lisa y tirar ésta a la trituradora.

—¿Dónde está la directora? —preguntó Paula Pérez.

—Está en el médico. Dice que la noche del 31 de octubre durmió tanto que ahora tiene un insomnio tremendo —respondió Adoración—. ¿Ese niño está relacionado con la historia que me ha contado Mariki de demonios y catapultas?

—No, es aún peor —dijo Paula—. ¡Mira mi ojo!

Adoración lo miró sin mostrar ningún asombro.

—¿Y?

—¡Pues eso, que este niño me lo ha puesto como un melón!

—Yo creía que te lo habías hecho tú —le dijo Adoración—. Como siempre estás toqueteando pociones...

—¡NOOOOOOO, CHACHO! ¡HA SIDO ESTE MUCHACHO!

—Vaya —dijo Adoración.

—No ha sido él —murmuró Bonifacio, que acababa de entrar en el despacho de la directora y la subdirectora.

—¡Otra vez el Don Quijote ese! —aulló Paula Pérez—. ¡Me lleva fastidiando todo el día! Sé que ha sido él, y ni veinticatorce testigos falsos me harán cambiar de idea.

—Pero a lo mejor alguien que confiese sí —continuó Bonifacio, que parecía muy seguro de solucionar el misterio. Sacó a Joserra,

el “Papa”. El escuadrón de Miguel lo llevaba a cuestas y le sacaban continuamente de los bolsillos dinero robado de los ahorros de clase.

—¡Ay, Miguelito, mi favorito de la clase! —suspiró Paula mientras aplastaba a Joserra de un golpe de kárate—. ¡JOSERRA! ¿Has sido tú?

—No —le dijo él.

—¡Mentira! —graznó Paula Pérez.

Mientras continuaba la discusión entre ellos, Bonifacio me llevó de vuelta a clase.

—¿De verdad eres el nuevo profesor de matemáticas? —le pregunté.

—Sí. Paquita Moreno está muerta, y escupí sobre su tumba. Era una mujer horrible.

—Todo el mundo habría dicho eso si Paquita Moreno hubiera muerto hace más tiempo.

—Lo sé.

—Espero que tus clases sean más divertidas que las de Paquita Moreno.

—Es imposible que no lo sean.

—La muerte de Paquita Moreno será recordada por todo el mundo como el Día de la Alegría.

—Tengo una última cosa que decirte. Una última misión.

—¿Cuál es?

—Ven conmigo al FEO. Oliver Lengualuenga te espera.

CAPÍTULO 18: OLIVER LENGUALUENGA

—¿Cómo que tu director me espera? ¿No espera a Emilio?

—Fuiste tú quien encontró el rubí Rojizul —me contestó Bonifacio.

—¿Y dónde está tu agencia? —le pregunté.

—Yo la encontré por pura casualidad, pero gracias a que la encontré estoy aquí y no en alguna fábrica de pelar patatas —explicó Bonifacio.

Avanzamos por las calles de Almería y dejamos atrás el colegio de “La Patata Nauseabunda”. Bonifacio me llevó a un callejón sin salida, y me dijo:

—Toca el muro. —Señaló al muro que cortaba el callejón.

Me acerqué lentamente y toqué el muro... y un remolino me llevó hasta el interior de la Tierra.

Bajaba a una velocidad tremenda, peor que la alcantarilla que llevaba al laberinto Demoníaco. Pero bajaba mucho más abajo, y recordé aquella sensación que tuve al bajar hacia el laberinto de haber estado horas bajando. Ahora tenía la impresión de que llevaba meses.

Aterrícé en un lujoso edificio, algo muy diferente alapestoso cuarto de las ratas del laberinto. Bonifacio estaba al lado de mí, y me dijo:

—Bienvenido a la Federación de Enseñanza de Oliver.

Muchos trabajadores iban de aquí para allá, y subían y bajaban por lo que debían ser más entradas secretas.

—Yo la descubrí estampándome contra el muro y bajando hasta aquí —me contó Bonifacio—. Hay muchas más entradas, si alguna te pilla más cerca.

Los pasillos eran larguísimos, cosa que me recordaba al laberinto, sólo que había mapas. En las puertas había muchos letreros, pero no escritos con sangre:

“Cocina”, “Sala de ahorros”, “Clase 054798”, “Sala de la Muerte”, y finalmente, “Oficina de Oliver”.

La oficina tenía una puerta adornada con figuras de oro y rubí, y la pared que la rodeaba tenía cuadros de los directores que había tenido el FEO.

Año 1999: Ovidio y La Asociación (OLA)

Año 2003: Federación de Olivia de Clases Antinormales (FOCA)

Año 2007: Héctor y su Asociación de La Arena (HALA)

Año 2011: Federación Andaluza de Bernardo: Asociación De la Arena (FABADA)

Así hasta llegar a la actualidad:

Federación de Enseñanza de Oliver (FEO)

—Antes esto era un campo de batalla entre los trabajadores para ver quién era el gerente —explicó Bonifacio, señalando la Sala de las Florecitas.

Bonifacio tocó a la puerta, y se abrió.

—Hola, Oliver —dijo Bonifacio—. Vengo con Pablo.

Oliver Lengualuenga era todo lo contrario a Bonifacio: gordinflón y con una barba muy corta. Su voz sonaba parecida a la de Papá Pig.

—¡Hola, Bonifacio! Veo que has traído a nuestro pequeño héroe, Pablo. Si no fuera porque has destruido el Rubí Rojizul, habría pruebas de nuestra agencia ultra secreta. Le he dado a Bonifacio el puesto de Profesor de Matemáticas solamente porque se ha comprometido a no dar pistas de nosotros.

—Yo no destruí el rubí Rojizul —aclaré—. Lo hizo Paquita Moreno.

—Pero fuiste tú quien lo encontró —me dijo Oliver Lengualuenga—. Si no lo hubieses encontrado, Paquita Moreno no se habría molestado en cogerlo.

—¿Para qué me llamaste? —le pregunté.

—He pensado que a lo mejor te gustaría... trabajar en el FEO. Dentro de dos meses hay elecciones, y seguro que saldrá Tim Panzaesmirriada. Ese tipo no considerará admitirte en la agencia, y te quedarás fuera de por vida.

—¿Y si entro, qué haré?

—Bonifacio te dará clases particulares.

—¿CLASES PARTICULARES DE MATEMÁTICAS? —pregunté.
Salí corriendo como un guepardo, pero Bonifacio me detuvo.

—Lo de las clases particulares de matemáticas es sólo una tapadera para tu futuro entrenamiento como detective —explicó Bonifacio.

—Pues haberlo dicho antes —le respondí.

—¿Quieres entrar? —me preguntó Oliver.

—Por supuesto que sí.

—¡DIRECTOR! —gritó un mensajero—. ¡El Villano de los Villanos ha vuelto! ¡Y se ha fusionado con el rubí Rojizul!

—Parece que tendremos que ir a por él —dijo Oliver.

—¿Por qué me pasan tantas cosas? —pregunté.

Ya no había vuelta atrás. Había que parar a Paquita Moreno.

—¡Me habéis arruinado el empleo, la reputación y la vida! —chilló Paquita Moreno. Estaba hecha de rubí. Y no de rubí cualquiera, sino de rubí Rojizul.

Oliver Lengualuenga llamó a todos los trabajadores.

—¡Disparadle! ¡Fulminadla! —gritaba.

—Estoy hecha de rubí, soy invulnerable.

—¿Cómo la detenemos? —pregunté.

—De la única manera posible —contestó Bonifacio—. Ahora ella es el rubí Rojizul, así que debemos fundirla.

—¡Pero perderemos el rubí! —dije.

—Pero es la única manera de pararla —dijo él.

Ninguno de los cañonazos ni espadaos por parte de los trabajadores surtió efecto. Paquita Moreno empezó a rebotar las balas para eliminar a los policías. Y sus puñetazos eran letales.

Los guardias cayeron uno por uno, ejecutados por el temible puño de Paquita Moreno.

—¡Aquí tengo fuego para fundirla! —dijo Bonifacio.

Le eché fuego, pero me lo devolvió e incendió la sala.

—¡Mi despacho! —gritó Oliver Lengualuenga.

—Intentaré apagar el fuego —propuse.

Tiré agua por todas partes, y se fue apagando poco a poco. Pero Paquita Moreno iba destruyendo más cosas, y gracias a su invulnerabilidad nada le atrapaba.

—Voy a rodearla entre las llamas —dijo Bonifacio.

Bonifacio atrajo el fuego hacia ella, y la tenía acorralada, pero Paquita Moreno dio un gran salto y se colgó del techo, mientras iba cruzando por el fuego sin tocarlo. Llegó hasta Bonifacio y, de un puñetazo, lo tiró al suelo. Bonifacio había caído.

—¡Pablo! —me gritó Paquita Moreno—. ¡Ahora vas a saber lo que es bueno!

Me agarró y me dio una patada de rubí.

Le dije a Bonifacio:

—Vamos, recupérate. ¡Tenemos que detenerla!

—Bonifacio está muerto, Pablito —me dijo ella.

—¡No estoy muerto, Paquita Moreno! —gritó Bonifacio, levantándose de inmediato—. Vamos a acabar contigo.

—¿Y cómo, si se puede saber? —preguntó Paquita Moreno, que sabía que era más fuerte que nosotros.

Pensé cómo podía fundirla... y se me ocurrió una idea. Una de esas que te sale una bombillita en la cabeza en los dibujos animados.

Cogí la bombillita y señalé a Paquita Moreno con ella, deslumbrándola.

—Adivina lo que hay en la chimenea —le dije.

Ella fue a la chimenea corriendo, y yo encendí el fuego rápidamente. Paquita Moreno se fundió en seguida, hasta convertirse en un líquido que vociferaba insultos hacia mí.

—¡Has acabado con el Villano de los Villanos otra vez! —me dijo Oliver Lengualuenga—. Pero esta vez Paquita Moreno no volverá.

—Espero que disfrutes con las clases particulares —comentó Bonifacio—. Lunes y miércoles a las cuatro de la tarde.

—Pero a esa hora tengo Inglés —le dije.

—¿Qué es más importante: el inglés o el entrenamiento como detective? —me preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Pronto me pedirán que cuente todo en clase —Pensé—. Incluso Emilio va a escuchar nuevas aventuras que él no conocía. Y seguro que Claudia González me toma como su favorito en clase...

Me tocaba irme, o si no llegaría tarde otra vez al colegio. Me imaginaba a Mariki con una nueva agenda o a Paula Pérez interrogando a cada uno de los alumnos de la clase. ¡Qué más daba! Estaba hecho para la aventura y para la acción. Eufasia Filemona “La Guapa” se ausentaría en el colegio con una excusa nueva, y Pablonciouro Martínez “El Distraído” seguro que no se enteraba de nada sobre mi historia.

Avancé hacia el colegio, listo para contar mis historias... Seguro que, en lo mucho que quedaba de curso, alguna aventurilla más me ocurriría...

RELATO 16-20



Abandonado en la ciudad callada

LIDIA MARÍA SALDAÑA AFÁN

PUENTE GENIL (CÓRDOBA)

RELATO 16-20 (19 AÑOS)

1. En las malas

Entre explicación y explicación, vi entre las cabezas de aquellos jóvenes a una chica de pelo rizado haciéndose un moño con la gomilla que llevaba en la muñeca. Cuando acabó, cogió su libreta de la mochila. Con cuidado, y procurando no hacer ruido, arrancó una hoja de papel, y luego la dobló una y otra vez de la forma más simétrica que pudo. Luego hizo lo mismo con una esquina y abrió el resto de la hoja. Finalmente, empezó a abanicarse. Una sonrisa de alivio apareció en su cara. Otra joven, que estaba sentada en una mesa cercana y la miraba de reojo desde hacía un buen rato, decidió que sería buena idea imitarla.

Hacia el calor de una mañana cualquiera de finales del mes de septiembre de 2016. El principio del curso siempre ha sido de buen gusto para mí, incluso cuando aún era estudiante. Recuerdo la emoción de ver a los compañeros y conocer a los profesores nuevos, las ganas de estrenar el material nuevo... Puedo ver ahora esa emoción en los sesenta ojos que me

miran, llenos de una energía sana que va aminorando conforme pasan las semanas y los exámenes, y nos adentramos en el otoño.

Ya he oído a muchos decir que trabajar con personas en la etapa rebelde de sus vidas, que no quieren estar donde estás tú, es difícil y puedes acabar volviéndote loco. He de admitir que he tenido muchas experiencias que no serían fáciles de sobrellevar para aquel que crea que el comportamiento y los intereses de un adolescente pueden ser controlados o previstos mediante una ley educativa nueva o un profesor mejor, y que ignore la propia libertad del alumno y de sus circunstancias en el devenir de su vida académica y personal.

No obstante, también son muchas las experiencias que me han dado una gran alegría en mis años como profesor de Geografía e Historia en diversos institutos de las provincias de Córdoba y Sevilla. En este tiempo he podido comprobar que la satisfacción no se da tanto a corto como a largo plazo; conforme pasan los días y voy comprobando cómo los estudiantes se emocionan, maduran, se interesan por el mundo y no viven como si lo que pasa en él no les incumbiera. Observar este proceso lento me hace sentir, cuanto menos, afortunado.

Aquel día me encontraba frente al alumnado de cuarto de la ESO, a los que ya había dado clase el año anterior.

—Profesor, entonces, ¿quiénes son los buenos? —me preguntó Iván—. Porque de la televisión nunca te puedes fiar, ¿no?

Aquel alumno era un chico muy inquieto y hablador. Tenía los granos y la energía propios de la edad. La verdad es que suele agradarme que busquen respuestas. Sin embargo, conforme se profundiza en cualquier tema relacionado con la política, el ser humano o el sentido del mundo, mi capacidad de darles motivos firmes se va viendo mermada. La independencia de Cataluña es uno de ellos, aunque es uno de los riesgos que corre siempre un profesor de Secundaria en estos tiempos.

—No hay ni buenos ni malos —dije.

—Ya, bueno —dijo él—. Pero quiero decir... ¿quién lleva la razón? Según tu opinión, claro.

Me tomé unos segundos para pensar qué iba a decirle.

—Mira, Iván, hay algo que nos ocurre en muchas situaciones, no solo en asuntos de política. Nos olvidamos de que siempre hay dignidad y humanidad dentro de aquel que llamamos enemigo: el malvado, aquel que actúa contra nuestros principios... Cuando nos sentimos ofendidos por alguien, nos olvidamos de este hecho y procuramos vengarnos y castigarlo, hacer mal a aquel que nos ha atacado y herirlo. Creo que siempre nos falta empatía en todas las posiciones. Nadie busca entenderse de verdad con aquel que ideológicamente piensa distinto, sino llevárselo a su terreno.

La clase se quedó en silencio, unos pocos miraban por la ventana, perdidos en sus pensamientos; aún hacía calor y el sol era el mismo que cualquier día de verano. Otros me miraban esperando que continuara explicando. Iván me miraba fijamente. Su rostro parecía meditar lo que había dicho y, tras un rato, asintió, con cierta indiferencia. Lo entendí. Una respuesta no contundente no suele gustar a nadie.

—Eso nos pasa cuando nos enfadamos con un amigo —dijo María, una chica sentada en la fila de delante.

No me esperaba aquel comentario. Me quedé un rato mirándola y una figura apareció en mi mente, como si fuera el recuerdo repentino de lo que hemos soñado la misma noche.

—Sí, exactamente —añadí—. Al final todos podemos comprendernos.

Estuve unos segundos en silencio y luego añadí:

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Por la Asamblea Nacional —dijeron varios.

Tras esto, la clase continuó como cualquier otro día. Sin embargo, cuando dejé el aula para dirigirme a la sala de profesores, seguí dándole vueltas a la pregunta de Iván y a la respuesta que yo le había dado, junto con el comentario de la alumna. Esquivaba niños mientras

pasaba por los pasillos llenos de cartulinas con fotos de escritores y científicos, y textos escritos a rotulador. El instituto tenía un estilo frío y moderno. Todas las clases y demás salas se disponían en torno a un patio cuadrado. Tanto su planta baja, como la primera y la segunda son muy parecidas, y si uno va despistado puede fácilmente confundirse y no llegar al lugar que estaba buscando. Este lugar ha sido mi segunda casa durante los últimos años de mi vida.

Cuando llegué a la sala de profesores, me comentaron que pronto harían la reunión con los padres, y que mandarían un comunicado a través de los alumnos. Me senté en mi mesa, y estuve revisando el libro de los alumnos de tercero de la ESO y los apuntes que había dado yo al margen de aquel temario, para averiguar qué preguntas podía poner en el examen del primer tema. Tras un rato, me despisté y acabé mirando la calle a través de la ventana. «¡Qué difícil concentrarse con este calor!». Me acordé de los alumnos en la clase de cuarto, que también miraban a través de ella. ¿Qué estarían pensando? Seguro que en salir a la calle, donde el sol brillaba con fuerza. «A mí también me gustaría estar fuera», pensé, «no sois los únicos».

Luego caí en la cuenta de que en todo el día no había visto a Maricarmen, la profesora de inglés, con quien más suelo hablar a diario. Alfonso, profesor de Educación Plástica, pasó por mi lado en aquel momento.

—¿No ha venido hoy Maricarmen? —le pregunté.

—Ha pedido unos días para estar con su madre porque la operan hoy.

—Ah, sí, me contó que estaba ya muy enferma.

—Sí, al parecer está muy mal, ya sabes. —La forma de mirarme me dio a entender lo que realmente quería decir.

Asentí y seguí con lo mío, o eso intenté. Pensar en la muerte me hace sentir sumamente incómodo. Nunca sé cómo reaccionar cuando muere alguien cercano a alguna persona que me importa. No sé qué decir o cómo he de comportarme. Supongo que con el resto de

situaciones uno puede encontrar consuelo, pero con la muerte ¿cuál puede ser? Me imaginé a mí mismo hablando con Maricarmen sobre la muerte de su madre. ¿Qué debía decirle? Pasado el tiempo, ¿debía preguntarle cómo se sentía o no? Si lo hacía tal vez me consideraría un entrometido o se sentiría mal por habérselo recordado, o incómoda; pero si no lo hacía, estaría actuando de una manera egoísta, como si no me importara. Sacudí la cabeza. «Todavía no ha pasado nada, Antonio, déjate de tonterías. Sigue a lo tuyo», pensé, y continué preparando las preguntas para el examen.

Cuando acabé la última clase me marché a mi casa. Como está muy cerca del instituto, suelo ir andando y no tardo más de un cuarto de hora, que no se me hace largo pues las calles de Córdoba que recorro son agradables de ver y hay muchos árboles que dan sombra. Abrí la puerta, dejé las llaves en el recibidor y vi la luz encendida de la cocina. Me quité la chaqueta y entré. Almudena estaba frente a la vitrocerámica haciendo en la sartén unas espinacas. Antes de decir nada, me quedé un rato mirándola. Aquel día tenía el pelo recogido en una cola y algunos mechones sueltos le daban un aspecto descuidado.

—Hola, Antonio —me dijo ella cuando se percató de que estaba observándola—. Ya mismo termino.

—Vale —dije yo—. Voy a cambiarme los zapatos.

Cuando terminé, volví abajo y ya estaba la mesa puesta. Me senté y empezamos a comer. Normalmente hablamos de cualquier cosa, pero aquel día Almudena estaba muy callada. Parecía algo cansada o quizá triste.

—¿Qué tal ha ido todo? —le pregunté.

Me miró algo agitada, despertando de su ensimismamiento.

—¿Te acuerdas del chaval del que te conté que había tenido un accidente de moto y todavía no había despertado?

Asentí.

—Pues ha muerto esta mañana.

—Vaya... —Nunca sé que decir en este tipo de situaciones.

—Sí. Tenía veintidós años —dijo ella—. Parece mentira, ¿a que sí? La vida se nos acaba y no nos damos ni cuenta. Tendríamos que tener un tiempo seguro para concluir todo. Saber con tiempo que nos vamos a morir.

—Creo que saberlo con antelación no es tan poco una buena solución. En cualquier caso, la vida no es un libro.

—No, ya lo sé. Pero a mí me gustaría dejar todos los cabos atados en mi vida y creo que a la mayoría de personas también. Si estoy haciendo una investigación, que me dé tiempo a preparar los resultados; si estoy pintando un cuadro, que me dé tiempo a dar la última pincelada y guardar el aguarrás.

Sonreí y no le contesté. Me divertía cuando la veía fantasear con imposibles.

—En fin —dijo—, el resto de la mañana fue bien. ¿Qué tal te fue a ti? Pareces estar preocupado por algo.

La miré a los ojos y sonreí.

—¿Es por lo del alumno de segundo que se peleó con otro en un intercambio? —me preguntó.

—En parte, pero no solo eso. Es que hoy he tenido en clase una conversación con un alumno, bueno, más bien él me hizo una pregunta y yo intenté respondérsela bien... ¿No te parece triste que tengamos ese impulso de vengarnos de las personas que nos hacen daño o que pensamos que son nuestras enemigas, olvidando, no sé, el aprecio que les tenemos, o que pueden equivocarse, que aunque nos hayan ofendido siguen mereciendo...?

—¿Respeto?

—No. Bueno, sí. Iba a decir afecto.

—Parece que has hecho muchas preguntas a la vez —dijo Almudena riendo—. Hoy estamos con conversaciones profundas.

—Creo que hay días en que son necesarias —dije yo.

—¿Por qué me preguntas eso? Te refieres al ojo por ojo, ¿no?

—Sí, bueno, más bien a cómo algunas veces encontramos el gusto en dejarnos llevar por la rabia o el resentimiento.

—Ya veo. Es interesante. ¿De qué trataba la conversación?

—Hoy en clase un chico ha mencionado ese tema. Nosotros, claro, estábamos hablando de política, donde la incompreensión está tan presente. Pero me impresionan especialmente los casos de personas que empiezan a odiarse y se apreciaban antes. Imagínate que tú y yo ahora nos enfadáramos. Sacaríamos todo nuestro rencor afuera olvidándonos de que en realidad... nos queremos y que podemos entendernos si lo intentamos.

Almudena asintió.

—Bueno, no sé. Supongo que conforme uno va madurando se lo piensa dos veces antes de decidir qué va a decirle a la otra persona. Podemos hacernos mucho daño.

La miré a los ojos. No sé cuántas vidas viviría por sentir la sensación de que otro ser humano puede entenderte. Luego escuché «tres muertos y un herido grave en un accidente en la A-45 anoche. Dos de los muertos eran menores de edad y volvían...». Cogí el mando de la televisión y bajé el volumen.

—¿Has tenido algún amigo con quien te enfadaras y no volvieras a hablar? —le pregunté a mi esposa.

—Sí, sí me ha pasado —dijo ella—. Con Mercedes.

—Ah, creo que ya lo has mencionado antes.

—Seguramente. Mercedes y yo éramos amigas desde siempre. Nacimos en el mismo barrio, por lo que fuimos a la misma escuela y al mismo instituto. Cuando éramos pequeñas nos hicimos amigas varias niñas que vivíamos cerca. Jugábamos mucho en la calle en verano, y también en nuestras casas con las muñecas o cualquier trasto que nos encontráramos. A veces también venían sus hermanos. Lo pasábamos muy bien. Aunque en aquellos años... cualquier ocurrencia nos parecía divertida.

—Es una edad muy bonita —dije yo.

—Sí, lo es. La verdad es que Mercedes y yo no fuimos amigas íntimas; pero es cierto que estuvimos en la misma pandilla y aprendí mucho de ella. Tenía un gran sentido del humor y nos gustaba hablar

de los libros que habíamos leído. En realidad, todas pensábamos que seríamos amigas para siempre, para toda la vida. Nos imaginábamos a nosotras mismas tomando el café, o con nuestros hijos en un parque.

—Bueno, tú no.

Ella rio.

—Yo sin ellos, está claro.

—¿Pero qué es lo que pasó?

—Bueno, cuando teníamos dieciséis años empezó a salir con un chico. Roberto se llamaba.

—Anda, ¿por un novio ocurrió todo? —dije—. Creo que puedo predecir como acaba.

—Resulta que nosotras, al principio, no sabíamos nada, pero una amiga mía, Laura, se enteró de que cada vez que la pareja se peleaba, él le decía que estaba demasiado tiempo con nosotras. Nos... insultaba y eso. Hablamos con él, te lo aseguro, le dijimos que sus problemas eran suyos, y también que nosotras no teníamos nada en su contra y que nos dejara en paz. Pero no fue así. Él nos detestaba. Pronto empezó a llevarse mal con todos los alumnos de la clase. Era un tío así como con mucho... ¿cómo lo llaman? Energía negativa, sí.

—Vamos, que era un capullo con cualquiera —dije yo.

—Sí. Más tarde, nos enteramos de que Mercedes mentía a su madre contándole que todo de lo que se quejaba él sobre nosotras era verdad. Había tenido que elegir entre decir lo que en realidad ocurría o contar aquello para que sus padres no desaprobaban su noviazgo. Creo recordar que sus opiniones le importaban mucho.

—Escogió la segunda opción.

—Eso es. Me imagino que su madre era de estas que creen que sus hijas no pueden mentirles o equivocarse. El caso es que un día el novio se enfadó con una de mis amigas y le gritó. Mercedes estaba presente. Nosotras nos enfadamos y, la verdad, ni siquiera fuimos a preguntarle a ella qué era lo que había pasado, ya sabes, para intentar entender su versión. Tras una larga discusión nuestra amistad llegó a su fin.

—Madre mía... ¿Y cómo te sentiste cuando acabó todo?

—Cada una lo vivimos de una manera, dependiendo de lo cercana que estuviese de ella. Laura, por ejemplo, lo pasó muy mal. Yo al principio no me lo terminaba de creer. Tenía la esperanza de que se arreglara todo al final, y no fue así. Conforme vi cómo pasaba el tiempo y no se interesaba por volver a hablar con nosotras, empecé a sentir mucho odio hacia ella. Fue como si necesitara sentir eso para no afrontar esa decepción y toda la tristeza que conlleva dejar de tener amistad con alguien que aprecias mucho. Varias veces planeé algo ingenioso que decir cuando la viera por la calle y así poder dejarla en ridículo. Aquel pensamiento era absurdo y no estuvo bien. Bastante tiempo después volví a reflexionar sobre lo que había sido nuestra amistad. Al final, intenté hablarle para que acabáramos en paz y procurar aunque fuera saludarnos, preguntarnos qué tal nos va y todo eso, ya sabes. Incluso me conformaba con esa cortesía tan vacía antes de estar enfadadas. Pero ella no. No quiso saber nada de mí ni de las demás.

—¿No quiso? ¿De verdad?

Almudena se encogió de hombros.

—No —dijo—. Ya sabes, el orgullo.

—¿Pero tanto? —pregunté—. Tendría que estar muy enfadada entonces.

—Todos los motivos que ella tenía para estar enfadada no eran, ni de cerca, tan graves para sentirse tan ofendida. Créeme. Yo estoy convencida de eso. No era tonta; sabía lo mucho que nos habíamos querido. Todo lo que nos enseñó de la vida mientras estábamos juntas... Es muy triste. Teníamos diecisiete años y nos conocíamos desde siempre. Me preguntaba, y me sigo preguntando, si lo que pasó es que signifique poco para ella o si, en cambio, se tuvo que engañar a sí misma para no darse cuenta de lo que había perdido. Prefiero pensar que fue esto último.

—Tiene que haber sido eso, Almudena.

—Al final, simplemente agradeces haber pasado esos buenos momentos y no los recuerdas como algo negativo. ¿Por qué iban a serlo? Simplemente pienso en la persona que era entonces y en el aprecio que le debo. Ahora simplemente le deseo lo mejor.

—Me parece bien que lo veas así.

Se quedó unos segundos pensando y luego dijo:

—Soñaba con ella ¿sabes?

—¿De verdad?

Asintió con una sonrisa triste.

—Durante años estuve soñando que nos reconciliábamos y éramos amigas de nuevo. En fin. Me has entretenido mucho. —Se levantó de la mesa—. Voy a vestirme. Hoy llegaré tarde a casa.

—Te dejo la cena preparada, entonces.

—Bien.

Escuché a Almudena subiendo las escaleras y entrando al dormitorio. Pensé que ya hacía muchos años que la conocía y, sin embargo, parecía que nunca acababa de conocerla y siempre tenía algo que aportarme. Terminé de comer y apagué la televisión, que en aquel momento mostraba imágenes de algún conflicto armado en Oriente Próximo, sobre todo cadáveres y calles destrozadas por las bombas. Más tarde, mi esposa bajó. Llevaba con ella un álbum de fotos. Lo abrió y empezó a pasar páginas.

—Mira esta.

Me enseñó una foto en la que salía un grupo de cinco adolescentes. Estaban sentadas en una manta con fiambreras y mochilas. Los árboles del campo enmarcaban la fotografía.

—He avivado tus recuerdos, por lo que veo.

—Sí —dijo ella—, lo has hecho.

Almudena se fue y yo me quedé solo en la cocina. Recogí la mesa, puse el lavavajillas y cogí los exámenes para empezar a corregirlos. Eran de los alumnos de primero de Bachillerato. Me había acostumbrado a revisar una pregunta en todos los exámenes y luego pasar a la siguiente. Eso ayuda a darte una mejor perspectiva de cada

una de ellas. Estuve en ello un rato indefinido, pero tuve que parar porque no conseguía concentrarme bien. Al final me levanté de la mesa y miré a los libros de la estantería. La mayor parte eran ensayos de historiadores o filósofos que ya había leído, aunque también había algunas novelas. Encima de algunos volúmenes sobre la historia de España, apoyado en horizontal, había un libro de poemas. No lo había leído hasta entonces porque no me llamaba mucho la atención. Estaba escrito por una antigua compañera de clase, Nuria, una de las pocas mujeres que había entonces en la carrera de Geografía e Historia. Se trataba de un poemario. Sabía que desde que la conocí escribía mucho y que ganó algún concurso de la Facultad. Yo la admiraba, pero en realidad no me atraía la poesía. Algunos poemas que leí durante el instituto me habían emocionado, pero la mayoría de las veces me parecían unos textos que dicen de una forma mucho más rebuscada lo que se podía decir de una manera más sencilla y directa. Claro que esto, como humanista de formación, no me atrevía a decirlo frente a personas con las que no tuviera cierta confianza; muy pocos leen poesía pero son muchos los que la tienen como el género superior y difícil, rodeado siempre de un aura de casi divinidad. Una de esas personas era mi compañero Fernando, quien desde luego no veía la poesía de la misma manera en que lo hacía yo.

—Si están escritos de esa manera, que tú llamas rebuscada y que yo llamaría alejada del lenguaje usual, es porque es la única forma de expresar lo que se busca.

Fue él quien me avisó y me dijo emocionado que nuestra compañera, Nuria Pedrera Gómez, había escrito un libro, y me preguntó si querría acompañarlo. Fernando había estado enamorado de ella algunos años cuando estudiábamos la carrera, a pesar de que la chica había tenido la misma pareja desde los diecisiete años. Me llevó a la presentación del libro, llamado *Siempre en la vigilia*. Fue en una sala especial en una biblioteca, a la que apenas asistimos veinticinco o treinta personas, pero la poeta pareció mostrarse muy contenta durante todo el acto. Esperaba que fueran textos más herméticos, ya que

tenía el prejuicio de que solo perseguían tener una forma transgresora descuidando el contenido. Mi compañera leyó algunos poemas y la verdad es que me agradaron mucho. Al final, acabé comprando el poemario, y no le había prestado atención hasta ese momento.

Cogí el libro y me lo llevé al sofá. En la portada había una ilustración realista de una mujer tumbada en una cama. Pintada con acuarelas, parecía estar mirándome de frente, completamente seria. La colcha de la cama era de un color azul oscuro, y el título de la novela estaba escrito en ella. Abrí el libro, leí por encima los agradecimientos y empecé el primer poema. Aquel texto parecía hablar de la soledad, mostrando a diferentes sujetos rodeados de personas, sintiéndose completamente aislados del resto y vacíos por dentro. El siguiente también hablaba de la soledad, pero estaba vez sobre otro tipo de soledad: la pérdida. Se me quedaron grabados en la memoria dos versos en concreto: «Ahora queda solo, poniendo un plato de más / que luego retira con tristeza» Al acabar el texto, sentí una cierta inquietud. «Vaya», me dije, «¿no leeré algo más animado?». En el tercer poema, de nuevo, aparecía la soledad, y me hizo imaginar parques vacíos, calles silenciosas, noches con insomnio y botes de pastillas. Empecé a sentirme angustiado. Pero eso tenía que estar bien. Al fin y al cabo, eso era lo que buscaba la autora. Tras esto, llegué al cuarto poema y su título «Del ser al no ser», lo describía bastante bien. En efecto, hablaba de la muerte como inexistencia. Recordé cómo a pesar de ser una joven muy enérgica y risueña, alguna vez que otra hablaba del mundo, del futuro y del ser humano con bastante pesimismo. Una vez la oí hablando con Fernando de la muerte. Ella decía que tras la vida no hay nada, y que esa ausencia de un plano más espiritual era la que hacía que el mundo no tuviera un sentido. Fernando, a pesar de ser amante de la filosofía política y de la historia, se mostraba muy incómodo en conversaciones más cercanas a la metafísica, y no hablaba mucho. Yo solía darle a Nuria la razón y la mayor parte de mis compañeros lo hacían también. No obstante, el tiempo pasó y en

este momento no estaba tan seguro de eso, y una parte de mí admitía sin ningún problema la existencia de un creador y un sentido.

Tras un rato recordando todas estas cosas, esperando ya leer cualquier otra reflexión pesimista, pasé al quinto poema, titulado «En las malas».

En las malas

Tantas pantallas, libros, copas, ropa, billetes, películas;
tanto trabajo, viajes, prisas, días y noches a solas;
tanto aburrimiento, reuniones, horas y minutos manchados;
tanto sueño, números y comida rápida;
y cuando llega el final, solo nos acordaremos
de las personas.

Sí, afuera había una tormenta
de verdades ficticias, asesinas el sentido,
pero en el encuentro con el igual
las preguntas pudieron quedar sin respuesta.
Contigo, el silencio fue compasivo.

Ahora escúchame.
El entendimiento es una de las formas más bellas de amarnos.
Y en el perdón, en la comprensión de tus motivos,
se hace más fácil aceptar los golpes de la vida.
Gracias por escucharme aun cuando mi voz era silencio,
gracias por darme tu mano incluso cuando te fallo,
gracias por aceptar que también soy sombra
y quererme en las malas.
Sobre todo en las malas.

Tras terminar el poema, decidí releerlo y cuando lo hube hecho, puse el libro en la mesa y de nuevo me quedé pensando en lo que acababa de leer sin hacer nada mientras tanto. La sensación de angustia se había agudizado, y eso que esta vez el tono del poema era mucho menos triste y desesperado.

Fui a la cocina y cogí una cápsula de café de la despensa. Luego la puse en la cafetera y la encendí. Cuando ya tuve preparada mi taza, me volví al salón. Me quedé un rato embobado, sin la concentración suficiente y demasiado cansancio para continuar leyendo más poemas o corrigiendo los exámenes. Hacía mucho calor, así que puse el aire acondicionado y me pregunté por qué no lo había hecho antes. Fue entonces cuando cogí mi móvil y busqué en él un número de contacto.

—Hola, Enrique, bien, bien, todo me va bien, sí, también a Almudena, ¿y a ti?, me parece estupendo, si eso cuando quedemos algún día ya me lo contarás más detalladamente. Bueno es que... a lo mejor te parece raro que te diga esto, pero quería pedirte un favor.

2. Reunión

Un taxi, dos coches negros, un coche fúnebre cargado de guirnaldas, un coche gris y otro coche negro. Por fin la luz verde ilumina en el semáforo la silueta de un hombre andando. Toda la gente alrededor de mí y yo mismo empezamos a cruzar la calle, mientras se oyen los pitidos de una cuenta atrás desde el veinticinco. Caminé hacia el Bulevar del Gran Capitán y luego llegué a la Plaza de las Tendillas. Más tarde crucé algunas calles más, alejándome del centro, y entré en un callejón de aspecto antiguo.

Cuando llegué al bar estuve pensando un rato si entrar y sentarme, o quedarme a esperarlo fuera hasta que llegara. Al final, me decidí por esto último, ya que al fin y al cabo aquel día hacía un calor agradable, mucho más suave del que había hecho últimamente

en la ciudad. La tarde era luminosa y había unas pocas nubes por el cielo, que pasaban sosegadas tras las antenas de los edificios. Pocos minutos más tarde le vi llegar y nos dimos la mano.

—Antonio, ¡cuánto tiempo! —me dijo.

Me alegré por su efusividad en el saludo.

—Lo mismo digo, Luis. Hasta te han salido canas.

Aunque los últimos años lo había visto alguna que otra vez por la calle, nunca había podido observar su aspecto, como ahora, desde tan cerca. Tenía el rostro un poco arrugado ya, como cualquier hombre de cuarenta y pocos años. No estaba tan delgado como antes, aunque tampoco diría que estuviera gordo. Recordaba que a él nunca le gustó el deporte y supuse que en ese momento tampoco. Seguía, no obstante, teniendo sus ojos verdes y una atípica expresión dulce.

Luis miró hacia el bar, la gran ventana en la fachada.

—¿Con que nuestro bar preferido, eh?

—Bueno, no fue una decisión aleatoria, como puedes intuir —dije.

—Te aviso de que ha cambiado bastante, parece otro bar distinto. He venido alguna vez más desde entonces.

—Nosotros también hemos cambiado. ¿Cuándo lo abrieron? ¿Te acuerdas?

—Pues nosotros tendríamos diez u once años, así que por el ochenta y seis o el ochenta y siete.

Entramos en el bar, donde apenas había nadie. De manera casi instintiva, nos sentamos en la mesa que estaba al lado de la ventana. Era el sitio en el que más solíamos sentarnos cuando veníamos en el pasado, porque había mucho espacio alrededor y no nos agobiábamos. No era la misma mesa, claro. Esta tenía un diseño más moderno que la que yo recordaba.

Miré las paredes del bar. Antes la decoración era algo recargada. Ahora a pocos les agrada esa ornamentación, pero entonces no nos importaba ni nos parecía hortera. Yo diría que tenía su encanto. Recordé que antes había una lámpara muy grande hecha con cristal

de colores y algunas láminas con dibujos en blanco y negro de calles típicas de Córdoba. Para rematar, había algunos pósteres de toreros: gran gusto el de los propietarios del bar. Ahora es más minimalista, aunque yo lo llamaría frío, como el instituto. Quizá fuera por mi edad.

Entonces también había muchos bares de jóvenes (más modernos que este), *pubs* o discotecas. También estuvimos en muchos sitios así y guardo un buen recuerdo de todos ellos. Pero nosotros nos acostumbramos a venir aquí. Acabamos conociendo al propietario del bar e hicimos nuestro este lugar con el paso del tiempo. Cuando llevábamos un rato sentados, me obligué a hablar.

—Han pasado ya muchos años, muchísimos, desde que hablamos por última vez, y la verdad es que llevaba tiempo dándole vueltas al asunto. Así que llamé a Enrique para ver si podía hablar contigo.

—También yo pensé en decirte algo, pero no me atreví, pensaba que después de tanto tiempo no te interesaría.

—Sí. Quería pedirte perdón por lo que pasó. Sé que es muy tarde pero quiero hacerlo, no me gusta la manera en que acabamos...

Su mirada estaba llena de afecto.

—Yo también pienso lo mismo. Sabía que aquello no estaba bien, que deberíamos haberlo solucionado de alguna manera. Nos conocíamos desde toda la vida. Toda la vida, se dice rápido. Así que perdóname tú también a mí por no tener el valor de dar el primer paso.

Nos apretamos las manos.

—Entonces ¿estamos bien? —le pregunté.

—Sí, claro.

Después se produjo un silencio y barajé qué podía decir, estaba dispuesto a preguntarle por su familia, pero Luis se me adelantó.

—¿Qué tal te va la vida ahora? Me han dicho que eres profesor de Secundaria.

—Sí, sí. Acabé Historia y me metí en esto. No con mucha ilusión al principio, todo hay que decirlo, pero cuanto más tiempo pasa más me gusta.

—Vaya. Siempre dijiste que no querías.

—Nunca lo había probado —dije—. Me gusta el contacto con la gente joven. Siendo profesor el instituto se vive de otra manera, claro.

El camarero vino y nos preguntó qué queríamos beber. Ambos pedimos café con leche.

—¿Sientes que te aportan algo que no puedes tener por ti mismo? —me preguntó Luis.

—No lo sé. A veces me miro al espejo, me veo viejo, pero yo no me siento así. Yo no soy... no me siento como yo, de joven, creía que se sentían esas personas a las que veía tan viejas, y tan solo tenían treinta o cuarenta años. Pero supongo que lo mismo les ocurría a esas personas.

—A mí me pasa lo mismo. No sé cuántas veces he deseado volver, aunque fuese un único día, a tener siete, quince, veintidós años... Al menos nos queda aún la segunda mitad de nuestras vidas, si es que aguantamos hasta ochenta.

—Eso espero —dije yo.

Pero luego me imaginé teniendo una vida longeva, sin poder apenas moverme ni enterarme de qué estaba pasando al alrededor de mí, y me sentí triste.

—Estar con adolescentes hace que no termine de alejarme de esa edad. —Retomé el tema de antes—. Porque mis alumnos no son jóvenes que veo por la calle, sino que trabajo con ellos día a día. Ya sabes, es más que enseñar historia. No te empeñas en que aprendan y piensen porque tengan curiosidad en ella (ya que esto solo les pasa a unos cuantos) sino porque crees que eso los forma como personas. Al menos yo, necesito creer que sirve de algo. Tienes que tener ciertas esperanzas de que vaya a servir para algo, aunque sea poca cosa, y también ver el futuro y la juventud como si merecieran la pena. Si no lo creyera así, no sé si tendría suficientes ánimos en el día a día. Ni en el trabajo, ni en ninguna otra faceta de mi vida.

—Ya. Tienes que haber dado clase a muchas cabezas locas ahí.

—Sí. Hay más cabezas buenas, pero también algunos... Pero al fin y al cabo con los adultos pasa lo mismo. Mira, hace poco dos

alumnos a los que yo doy clase se pelearon cuando no había ningún profesor en la clase, en un intercambio. Se ve que ya habían tenido algún problema fuera de clase, que ya se conocían de mucho antes. Pues uno de ellos tiró al otro contra una silla y este se hizo una brecha en la cabeza, después lo agarró del cuello, tirándose encima de él, hasta casi asfixiarlo. Cuando llegué yo, tras intentar abrirme paso entre todos los alumnos que había en la puerta del aula, incluyendo los que eran de otras clases, estaba todo el suelo lleno de sangre. Los separé a tiempo, y al poco rato vinieron otros profesores.

—Recuerdo cómo todos nos quedábamos mirando sin hacer nada cuando había peleas en el instituto. Nos gusta mucho el espectáculo.

—Sí, bueno, quiero creer que hay gente que tiene miedo de acabar herido por meterse en la pelea y por eso no hace nada. Si eres profesor, no te queda otra.

El camarero trajo los cafés. Luis dio un sorbo y preguntó:

—¿Alguna vez te han hecho daño a ti por intentar separar a alumnos?

—No, aunque sí le ha pasado a otros profesores del instituto.

—Bueno, cambiando de tema... ¿te casaste con Almudena, entonces?

—Sí, sí.

—Me lo comentó Enrique un día. Pero cuando tú la conociste tenía novio, ¿verdad?

—Sí. Lo dejaron unos años después de conocerme a mí, y tras un tiempo empezamos a salir. Ya éramos amigos desde hacía tiempo, o sea que nos conocíamos bastante bien. Así que nos casamos en el 2001, hace ya quince años. Pasamos nuestra luna de miel en Italia. Estuvimos en Nápoles, Roma, Venecia... A ella siempre le ha llamado mucho la atención Italia e insistió en que fuésemos allí. Cuando volvimos del viaje se apuntó a clases de italiano y todo.

Luis rio.

—Bueno, ¿y tú?

—Pues yo me divorcié a los cuatro años de casados.

—Ostras, ¿en serio?

—Sí, sí —dijo él—. Después me casé con Estefanía, que era amiga de un primo mío. Teníamos muchas cosas en común. Y estamos bien, estoy feliz. Al principio me parecía completamente posible estar para siempre con una misma persona y al final...

—¿Y tienes algún hijo?

—Sí, con Estefanía. Dos hijas. Sonia, de nueve años y Lucía, de seis. Mira, te las voy a enseñar.

Luis sacó su teléfono móvil del bolsillo del abrigo. La pantalla se encendió, buscó una foto y me lo dio. En la imagen aparecían dos niñas vestidas con chándal en un sitio que parecía ser el campo. Luis me explicó quiénes eran cada una. La mayor, Sonia, era una niña morena con el pelo rizado y los ojos muy claros. Estaba abrazada a su hermana pequeña, Lucía. Esta tenía el pelo liso y una gran sonrisa.

—Sonia tiene los mismos ojos que tú.

—Sí, y también la barbilla. Lo dicen siempre. La otra se parece más a mi mujer. Siempre me sorprendo cuando veo las fotos de Estefanía de pequeña.

—Tú no tienes hijos, ¿no?

—Qué va. Ni mi mujer ni yo nos vemos cuidando de niños. Aunque si es verdad que hay veces en que me pregunto cómo sería si realmente hubiera tenido alguno, si hubiera acabado agradeciéndolo.

Luis encogió los hombros.

—Lo mismo podríamos preguntarnos en cada decisión que tomáramos en la vida.

Escuché que me llamaban al teléfono móvil.

—Perdona —dije—. Debe de ser mi mujer.

—No pasa nada.

Almudena preguntaba que dónde estaba. Le dije que estaba con un amigo en una cafetería, que en nada llegaría a casa.

—Era enfermera, ¿no?

—Sí, sí. Cuando la conocí, estaba estudiando la carrera. Poco tiempo después de acabarla, empezó a trabajar en el hospital, estuvo trabajando también en un centro médico, y hace diez años ha vuelto al mismo hospital del principio. Le ha ido bien.

—Me alegro por vosotros.

—¿Has seguido grabando cortometrajes? —dije, y al momento me arrepentí de haberlo hecho.

Sin embargo, Luis no parecía molesto.

—No, no he seguido. Sí he visto mucho cine, gracias a Dios, más o menos lo que de joven quería. Antes tienes toda la energía y el tiempo pero te falta madurez, y ahora que tienes la experiencia de la vida..., en fin, todo es distinto. Si volvemos a quedar te hablaré de las películas que más me han gustado en todos estos años. Pero tendremos que tener mucho tiempo libre, porque son muchas.

Me alegré de que Luis hubiese hablado de quedar de nuevo. Hasta entonces no esperaba que tuviera ningún interés en seguir viéndome.

Tras esto, Luis y yo estuvimos contándonos cómo nos había ido la vida los últimos quince años. Tras dos horas, salimos del bar y nos despedimos. Me marché y, tras andar unos pasos, escuché una voz detrás de mí:

—¡Eh, Antonio!

Me giré.

—Habla con Enrique para quedar con él —dijo Luis.

—Me parece bien —dije yo—. Se lo comentaré.

Noté cómo el sol me daba en la cara y una inmensa sensación de euforia me hizo sonreír. Sentí que todo estaba como debía estar, que había atado un cabo, como decía Almudena.

Llegué a casa de nuevo, con el ánimo mejor de lo usual.

—¿Con quién has estado? —me preguntó ella—. ¿Con algún profesor?

—No, no. Era otra persona. ¿Te acuerdas de Luis Castilla? Te he hablado de él.

—¿Luis Castilla? —dijo ella—. Ese era un amigo tuyo, ¿no? El de los cortometrajes.

—Sí, ese mismo —contesté yo—. Llamé a Enrique hace una semana para que me diera su número y para ver si quería que nos viéramos. Y eso hemos hecho.

—¿Y qué ha pasado? —me preguntó—. ¿Qué te dijo?

—Me dijo que por su parte estaba olvidado lo que ocurrió.

Almudena me miraba muy sorprendida.

—Vaya, Antonio. Me parece muy bien. Lo habéis solucionado todo entonces. Eso está genial.

—Sí, y estuvimos hablando un buen rato, más de lo que me imaginaba. Teníamos mucho que contar, claro. Era extraño porque por momentos parecía que estaba conociéndolo de nuevo.

—¿Cómo si fuera otra persona?

—Bueno, no creo, tampoco era eso.

Me acosté en la cama y cerré los ojos, pero tardé bastante en dormirme. Las mismas vueltas que daba en ella eran las que daba a la conversación que habíamos tenido Luis y yo en el bar. Me sentía muy feliz, y pronto no pude evitar que los recuerdos de cuando él y yo éramos amigos empezaran a aflorar en mi mente.

3. *Recuerdos*

Luis y yo nos conocimos, como otros tantos niños, en el colegio, hacia el año 1983. Yo tenía ocho años y él nueve. Era el primo de un chaval con quien yo jugaba en los recreos, Jesús David. Entonces yo era un niño tímido y este era uno de mis pocos amigos en aquella época. Sí, es verdad que tenía un hermano, pero apenas jugaba con él por tener seis años más que yo y las preocupaciones propias de un adolescente, que no lo dejaban dedicarse a un niño.

Luis tenía unos ojos grandes y verdes, siempre inquietos, propios de una persona que siempre estaba ingeniando algo. Tam-

bién era bastante hablador y tenía un carisma que solía encantar a todos los adultos que lo conocían. Recuerdo muy bien su capacidad de integrar sin ninguna dificultad a los demás, su velocidad cuando hacíamos carreras y su puntería con cualquier cosa que lanzara. Aunque nunca fue un niño problemático y tenía muy buen comportamiento, no prestaba mucha atención en clase y no mostraba ningún interés en estudiar.

Jugábamos mucho en la calle con otros niños del mismo barrio y también en un parque. Recuerdo que también estuvimos muchos días de verano jugando en una nave de una parcela de campo que tenían los padres de Luis, a las afueras de Córdoba. Recuerdo muy bien nuestras carreras, las horas jugando al escondite con sus primos o persiguiendo los gatos que se colaban por la reja, todas las partidas del parchís o las cartas.

Nos fuimos haciendo mayores. Con doce y trece años de edad, empezamos a separarnos de su primo Jesús David, debido a que él tenía una personalidad y unos gustos bastante distintos a los nuestros. Tanto Luis como yo empezamos a tener una repentina inquietud artística causada por nuestras escapadas al cine de verano o a la filmoteca de Córdoba, que habían inaugurado hacía pocos años. No cualquiera tiene la suerte de tener un amigo con unos intereses parecidos, que sirvan como impulso para llevar a la realidad cualquier idea que a uno se le ocurra. Ninguno de los dos llegamos nunca a tener un conocimiento profundo de la historia del cine, ni de técnicas cinematográficas, pero sí un gran interés por crear.

Por su decimocuarto cumpleaños, los padres de Luis le regalaron una cámara de vídeo, que llevaba años queriendo. Me hizo la misma ilusión que si me la hubieran regalado a mí. A partir de entonces empezamos a grabar algunos cortos. Al principio eran vídeos de una única toma muy larga, que más que parecer un plano secuencia, se asemejaban a una representación teatral en la que nosotros mismos éramos los actores. Conforme conseguíamos más experiencia, grabábamos vídeos más largos, especialmente historias que incluían

violencia. Robos, asaltos, y también historias bélicas donde España estaba en guerra y debíamos cumplir con nuestro deber de proteger el país, debido sobre todo a mi gusto por leer acerca de batallas y golpes de Estado. De eso trataba un cortometraje de quince minutos al que llamamos *En la guerra*.

Más tarde, el cine de Alfred Hitchcock nos cautivó. Vimos bastantes películas suyas, pero la que más nos fascinaba era *Vértigo*. Así, empezamos a grabar cortos que tuvieran que ver con el suspense y el terror. La calidad de estos era más que cuestionable. Supongo que elegir esos géneros nos daba cierta sensación de que teníamos idea de lo que hacíamos, ya que en nuestras películas a menudo ocurrían situaciones que no tenían ninguna explicación clara ni un guion decente, pero que sí provocaban esa sensación de inquietud o malestar que nosotros buscábamos.

Uno de los cortometrajes trataba de una mujer cuyo marido salía de casa al recibir una extraña llamada, dejándola a ella sola en el cuarto. La mujer estaba interpretada por una amiga del instituto.

No recuerdo momentos más emocionantes que aquellos en que una idea me pasaba por la cabeza y empezaba a escribir hasta dedicarle toda la noche. Eso me pasaba mucho cuando tenía sobre los dieciséis o diecisiete años. Yo siempre he funcionado así, por impulsos. ¿Veía una casa abandonada? Se me ocurría algo y lo escribía. ¿Pasaba por la estación de trenes? Necesitaba escribir. En ese momento, hasta que el impulso acababa (porque he de admitir que no duraba mucho), no podía evitar sentirme como una suerte de genio o un poeta inspirado por sus musas. Puede parecer un poco ególatra, pero creo que todo el mundo que tiene ese impulso artístico se siente así en algún momento. Las historias, tal y como las percibía yo, parecían que podían llegar a ser grandes obras, pero lo cierto es que no creo que nada de lo que se me ocurriera fuese realmente destacable. Y yo en el fondo lo sabía, aunque no quisiera creerlo.

Luis, en cambio, era más metódico. No solo escribía guiones, sino también empezó a escribir poemas conforme aumentaba su interés por la literatura, lo único bueno, según él, que le dio el instituto.

—Hay algo en la poesía —decía él— que me hace pensar en el grito de una pasión escondida.

Me lo contaba a mí, porque Luis no era de esos que hablaba de sus pensamientos más íntimos a cualquiera. Yo me reía porque ese tipo de frases lo hacían más excéntrico de lo que ya parecía de por sí. Leía a Machado y a Cernuda, y tenía la constancia necesaria para pararse a completar un guión entero. Fue desarrollando un gran perfeccionismo, o quizá lo iba mostrando más y más conforme se hacía mayor. Así surgieron también los primeros cortos que presentamos a concursos, con una voz en *off* de algún poema que le hubiera encantado a Luis, y una sucesión de escenas para contar una historia que pudiera encajar bien con el poema y no quedarse solo en un vídeo lírico. Claro que al final el contenido lírico acababa siendo más importante que el narrativo, pero nosotros intentábamos mantener el equilibrio. También de entre estos hubo algún trabajo del que nos sentimos muy orgullosos en aquel momento, a pesar de mi poca afición por la poesía y mi ignorancia.

Luis había comprado una edición bilingüe de la obra de John Donne, poeta que un día le había llamado la atención en la biblioteca, y, tras esto, escogimos uno de los poemas más famosos. Aquella «Meditación XVII», escrita hacía tres siglos, no podía ser más verdadera, según él. Luis siempre tuvo una relación especial con la palabra *verdad*. Para él tenía un significado más profundo que el que yo conocía. Para él el arte tenía más de *verdadero* que de *bello*, o esa era la forma en que él llamaba a lo que le resultaba estético. Para él también tenía mucho de verdadero la amistad.

Buscamos una chica con una voz bonita. Leticia, una estudiante de Arte Dramático que se había hecho amiga de Luis hacía tiempo, recitó el poema, leyendo con lentitud cada verso y dejando grandes pausas entre uno y otro, tal y como se lo pedimos, para poder hacer

que el poema acabase a la vez que el cortometraje, acompañando a la mayor parte de escenas que buscábamos recrear y también crear una impresión más profunda.

Lo que grabamos estaba bastante relacionado con el poema en sí. Nos empeñamos en grabar la calle el día más soleado que encontramos, para así crear un contraste mayor conforme el cortometraje avanzara y el tiempo atmosférico fuese cambiando. Empezaba el cortometraje con el verso «ningún hombre es una isla en sí mismo», y se veía a un hombre sentado en una mesa hablando con su familia mientras comían. Entonces se empezaba a escuchar un sonido cada vez más alto: unas campanas doblando a lo lejos. No obstante, nadie las escuchaba, solo él. Decide salir a la calle, y a través de las ventanas ve a sus vecinos y a sus familias. Conforme avanza, el cielo se vuelve más oscuro y una niebla empieza a dificultar la visión de las calles. Llega a la iglesia más cercana, un edificio antiguo, con piedras desgastadas por el paso de los años. Las campanas se mueven sin cesar provocando un sonido frío, pero nadie las miraba. Solo el protagonista tiene la vista dirigida a la iglesia, donde un grupo de personas vestidas de luto lloran. Mientras tanto se oye «la muerte de cualquiera me disminuye, porque estoy implicado en la humanidad». El protagonista se da cuenta de que aquellos que lloran fuera de la iglesia son sus propios familiares, que a quien llevan en la caja no es a otro sino a él mismo. Mira entonces sus manos, que se empiezan a descomponer, hasta ser visibles primero la carne y luego sus huesos. Segundos después el hombre cae al suelo. Ya no es más que un conjunto de huesos y polvo.

En la siguiente toma se muestra cómo vuelve de nuevo el día, y las campanas suenan, pero enfrente, en la puerta de la iglesia, ya no hay nadie. Varias personas pasan por la calle mientras se siguen oyendo las campanas, pero nadie se percata de ello. La voz finaliza el cortometraje diciendo «y por eso, no preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti».

Aquel era un poema sobre la muerte y la humanidad, sobre la conexión con los demás por el sufrimiento y por lo que nos iguala

a todos. Ya entonces me impresionó, y aún muchos años después resuenan esos versos dentro de mí.

En fin, en aquellos entonces, por mucho que ambos disfrutáramos grabando cortos, nadie pensaba que fuese fácil dedicarse al mundo audiovisual. Así, conforme nos hicimos mayores, empezamos a tener otras responsabilidades. Enrique pasó a trabajar en la empresa familiar. A diferencia de otros muchos que se negaban a seguir los mismos pasos que sus padres, él no creía que la elección de un oficio u otro fuese a ser algo trascendental en su vida. Decía que no quería seguir estudiando y no lo hizo.

Mi camino fue por otra dirección. Yo, después de mucho tiempo dudando sobre qué carrera hacer, empecé a estudiar Geografía e Historia en la universidad, disciplina que me había fascinado desde niño. Por temporadas, no solo iba a la Facultad, sino que también trabajaba en bares cerca del centro.

Fue durante esa época cuando conocí a Enrique, que venía de otro instituto y se hizo amigo de nosotros. Lo que más le caracterizaba es que era un gran lector. Recuerdo que entonces era un joven que daba poca importancia a su apariencia física. Tenía el pelo muy rizado y se lo había dejado algo más largo de cómo solíamos llevarlo entonces. Esto le daba un aspecto desaliñado. Salimos muchos fines de semana con él. Pocas veces volveré a vivir esa sensación de libertad y de independencia como en aquellos días en los que íbamos a los bares. Hablo de «sensación» porque yo dependía en gran medida de mis padres o de becas. Sin embargo, nadie puede negar el cambio de visión vital que uno alcanza cuando empieza, tan joven, a estudiar en la Universidad y conoce otras maneras de entender la vida. Cuando ya teníamos suficiente confianza con Enrique, decidimos enseñarle los cortos que habíamos grabado y le encantaron. Incluso se ofreció a ayudarnos si necesitábamos ayuda, sobre todo si queríamos usar música de fondo, pues él tenía un teclado y llevaba muchos años tocándolo.

—Siempre me ha parecido algo muy divertido —nos decía—, pero nunca he participado en ninguno.

Cuando Luis empezó a trabajar en la empresa de su padre, teníamos bastante menos tiempo para grabar, y la mayoría de las veces sencillamente quedábamos para despejarnos y evadirnos de nuestras preocupaciones. Por mucho que nos gustara crear historias, era un proceso que llevaba mucho trabajo por nuestra parte, y por eso no veíamos que nos fuera a hacer ningún bien en momentos tan estresantes. Sin embargo, yo tenía ganas de crear y sentía que apenas había hecho nada interesante hasta entonces.

A principios de la década de los dos mil se convocó un concurso de cortometrajes para aficionados a nivel regional. No teníamos nada preparado, pero nos apetecía hacer algo distinto, así que quedamos en repetidas ocasiones. Se nos ocurrió una idea, la que considero mejor de las que habíamos tenido hasta entonces.

Era un cortometraje bastante ambicioso comparado con lo que habíamos hecho las últimas veces. Se llamaba *Abandonado en la ciudad callada* y con él intentamos lograr una sensación prolongada de angustia. También en este aparecía una voz en *off*; estaba narrado por el propio protagonista, y trataba de un hombre de unos treinta y tantos años que un día despierta y se encuentra solo en su casa. Sale a la calle y no había nadie. El silencio entonces, a excepción del sonido de los pájaros, era inmenso. Grabamos muchas escenas por el centro de Córdoba, siempre cuidando que no se viera ninguna persona, ni ninguna sombra. Esto nos costó bastante, pero con mucho cuidado al final lo conseguimos. Quisimos hacer un guiño a la escena que protagoniza Eduardo Noriega en *Abre los ojos*, cuando aparece la Gran Vía de Madrid sin ningún transeúnte.

En la historia, la luz eléctrica y el agua corriente habían dejado de estar disponibles porque no había nadie responsable de los mismos, así que el hombre tiene que averiguar cómo vivir sin esas facilidades. Al principio trata de buscar una razón, cree que él ha cometido algún error y que está viviendo una suerte de castigo. Aparecen imágenes de su pasado, de cómo le fue infiel a su mujer y no cuidaba de sus hijas. Pero más tarde, prefiere dejar de pensar y

comienza a forzar puertas y a averiguar cómo eran las familias que vivían dentro de cada edificio. El protagonista llega a estar prácticamente desquiciado, al darse cuenta de que lo único que podía dar sentido a su vida implicaba el contacto o la presencia de otras personas. En medio de la desesperación un día cree ver algo moviéndose. Se queda petrificado; no sabe si sentir horror por la posibilidad de que aquello fuera algún ser no humano, o felicidad por haber encontrado un igual. Como no puede quedarse con la duda, decide ir hacia donde ha visto esa sombra. De esta manera, se da cuenta de que se trata de una mujer, aproximadamente con la misma edad que él. Ambos se miran entendiendo, por fin, que no están solos, y que puede que quede alguien más como ellos. Deciden sobrevivir juntos, para así poder evitar la temida soledad. Pero un día el hombre despierta y descubre que aquella mujer no era más que una fantasía de su cabeza, creada por él mismo a partir de una fotografía de una de las casas a las que entró y que está completamente solo en el mundo.

Cuando ya llevábamos varios meses trabajando en aquel cortometraje, Luis empezó a decir que no era suficientemente bueno aún, que necesitaba más trabajo y que teníamos que mejorarlo.

—No hay necesidad de presentarlo ahora —decía él—. Aunque tardemos más será mejor, y así no desperdiciamos una idea tan buena. Pero yo no estaba tan convencido.

—Si lo dejamos para más adelante al final no lo haremos.

—Eso no es verdad, Antonio —dijo él.

—Sí, es verdad, y lo sabes —dije yo—. Otras veces nos ha pasado igual. Pero estoy cansado de tanto esperar a un momento concreto que hará que todo salga mejor. Escúchame: haremos lo que podamos. Si constantemente intentamos que esté todo perfecto, al final no vamos a llegar a ningún lado. Y no estamos desperdiciando nada.

Logré convencerlo y empezamos a grabar. Sin embargo, cuando estaba el material preparado y solo quedaba montarlo, Luis volvió a dudar del trabajo y a decir que con las prisas no estaba lo suficientemente bien hecho.

—Antonio, vamos a presentarlo mejor el año que viene —me dijo—. Lo mejoraremos y nos irá mejor.

No obstante, yo no acepté esa respuesta. A él le dije que sí pero interiormente estaba resentido. Me molestaba que se echara para atrás una vez habíamos decidido llegar hasta el final. Una noche, no mucho tiempo después, agobiado por el mismo asunto, me decidí a editar yo solo el cortometraje y presentarlo. Sabía perfectamente que lo que estaba haciendo no estaba bien y lo que hice no tiene ninguna excusa, pero es verdad que pensaba que si no lo presentaba después de poner en él tanta ilusión me deprimiría.

Más de una vez desde que presenté el cortometraje me planteé decírselo y pedirle perdón, pero no me atreví. Por aquel tiempo quedábamos más bien poco y no vimos en ninguno de esos días a Enrique, que al principio nos ayudó un poco con el cortometraje y no sabía que Luis había decidido no presentarse. Con el paso de las semanas me dije a mí mismo que daba igual, pues al fin y al cabo lo más probable es que no ganara nada. Unos meses más tarde, se anunció el fallo del jurado y resultó que el cortometraje obtuvo el tercer premio, cien mil pesetas. Mi primera reacción fue feliz, pero la alegría no duró mucho. Quedaba saber cómo se lo diría a Luis sin que se enfadara.

Al día siguiente fui a su casa y le dije que quería hablar con él. Luis, con una expresión muy seria, me invitó a pasar y, cuando entré y me senté en el salón, vino con un periódico. Lo puso encima de la mesa. Empecé a ponerme muy nervioso.

—¿Puedes explicarme qué es esto? —dijo con tono recriminatorio.

Me fijé en que estaba muy enfadado. Las palabras no me salían. Durante unos segundos me quedé completamente mudo.

—Venía a contártelo, Luis —dije, finalmente—. Precisamente venía para eso.

—¿Cuándo te has vuelto tan gilipollas? —dijo, mirándome con desprecio—. Todavía no puedo creérmelo.

—Luis, ya sabes que era una gran idea y sabías también el empeño que yo tenía por presentarlo ahora y no más adelante. Tenía que ser ahora...

—¡Seguiste adelante con nuestro proyecto y no me dijiste nada! —dijo gritando—. ¡También era mío, joder!

—Intenté decírtelo muchas veces y no me atreví. Sé que no estuvo bien.

—Ah, ¿sí? Mi nombre ni siquiera figura en la autoría.

—¿Qué? —pregunté yo—. ¿A qué te refieres?

—Que yo sepa no aparece mi nombre en el periódico, pero el tuyo sí.

—Porque tú no me habrías dado permiso para poner el tuyo, pero aún así...

—Igual que tampoco te di permiso para utilizar mis ideas —dijo él interrumpiéndome—. ¿Qué pasa, Antonio? Querías el dinero, ¿a que sí?

—¿Qué dices, Luis? ¡No era por eso, Dios! Iba a repartirlo contigo.

—Te lo estás inventando todo.

—No. No soy tan imbécil. Sé que podrías denunciarme por ello perfectamente.

—Eso es lo único que te importa. Salvarte el culo.

Ahora, desde la distancia me pregunto por qué no le pedí perdón. Una sola palabra: perdón. Quizá no habría solucionado nada pero era lo mínimo que podía hacer y no fui capaz. Tras la bronca, dejé que pasase el tiempo. Normalmente esto suele ser necesario para que las cosas se vean de otra forma. Necesitaba que él lo hiciera, porque si no, aquello no tendría ninguna solución. Un mes después, lo llamé por teléfono y nadie contestó. Volví a llamar unos días más tarde y tampoco pude hablar con él. Luego le dejé una nota en su buzón, pidiéndole que me llamase y diciéndole que estaba muy arrepentido de lo que hice, que sentía haberle traicionado de esa manera. Tampoco aquella vez obtuve ninguna respuesta. Lo volví a intentar un año

después de la pelea y no sirvió de nada. Al final tuve que asimilar que Luis no volvería a ser mi amigo.

Empecé a vivir tratando de no recordar lo que había hecho, entreteniéndome con otras cosas y empezando a prepararme para presentarme a las oposiciones. Intenté decirme que él podría haberme dado otra oportunidad (después de tantos años siendo amigos, creía merecerla) para hablar de lo sucedido; intenté no sentirme tan mal diciéndome que él sabía más que de sobra lo que a mí me ilusionaba este proyecto, y que había trabajado más que él; intenté verlo como una mala persona, como un enemigo; pero con el tiempo vi que aquellos intentos fueron en vano. En el fondo sabía que su actitud era perfectamente comprensible dada la situación. Pronto me di cuenta de que podía entenderlo, y cualquier cosa que me recordara a lo que hice me hacía sentir asqueado de mí mismo. Noté que necesitaba apreciarlo aun cuando me torturaba recriminándome lo que había hecho. Lo quería aunque él estuviera enfadado conmigo.

4. Melo inventé

—Antes me hubiera creído que Antonio dejara su trabajo y su mujer para viajar por el continente asiático, a que fuerais a volver a veros vosotros dos —dijo Enrique.

Sonreí.

—Entonces, a ver si me entero, ¿llamaste a Luis tras darte yo su número de teléfono?

—Sí, claro.

Enrique se reía. Aquel día estuvimos de nuevo en el bar donde nos reconciliamos Luis y yo, pero habíamos invitado a Enrique.

—Pero explícame por qué te decidiste a hacerlo.

—Pues es una tontería. Estaba dando clase y un chico me preguntó por el asunto de Cataluña. Como está todo tan polarizado pues quiso que le explicara quien llevaba la razón.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Pero me vas a dejar hablar o no? —dije, en parte de broma, pero también en serio.

—Sí —dijo riéndose—, sigue.

—Pues conté que cuando nos enfadamos por algo que nos toca especialmente tendemos a demonizar al contrario, sin ponernos en su lugar. La rabia nos hace olvidar el aprecio que tenemos a esa persona o el respeto que le debemos. En esa clase había dos alumnos, antiguos amigos, que se habían peleado estando en el aula unos días antes. Esto se lo conté el otro día a Luis. Estuvieron hablando con el jefe de estudios, y después le pedí al chico que hirió al otro que entrase conmigo en un aula vacía para hablar. Estaría mintiendo si dijese que no me he sentido identificado con él, aunque yo nunca haya sido violento.

—Vaya —dijo Luis.

—Pero no en el sentido de..., bueno, da igual. Le pregunté que por qué lo había hecho y me dijo que aquel chico, ya antiguo amigo suyo, se había cagado en todos sus muertos y le había llamado *hijo de puta y cabrón de mierda*. Luego le pregunté que si sabía por qué le había dicho eso. «Porque me pilló hablando con su novia a solas. Solo hablando, ¿eh? Le empecé a explicar que antes de que él empezara a salir con ella ya nos habíamos liado, y él se enfadó. Se creyó que su novia le había puesto los cuernos. Empezó a pegarme él y yo, que tengo más fuerza, le pegué también». Le dije que en ningún momento debería haber seguido pegándole él, tan solo retirarse para intentar no salir herido. «Ahora ya ni enfadarnos nos dejáis. Como si vosotros los profesores hicierais mucho por entendernos e intentar solucionar este tipo de situaciones». No supe bien qué contestarle, por eso empecé a hablar de manera entrecortada, reflejando mis dudas a la hora de convencerle y cualquier argumento que improvisara en aquel momento tuvo que resultarle al chaval insuficiente. Al final se fue y ninguno de los dos chicos volvieron a hablarse, al menos que yo sepa. En conclusión, esa pelea y la conversación fueron los detonantes para decidirme a ponerme en contacto con Luis.

Cuando acabé de hablar, estuvimos unos segundos en silencio, el tiempo suficiente para darme cuenta de que se escuchaba en el bar una música muy moderna y comercial, melodía totalmente previsible. ¡Qué cambio desde que veníamos de jóvenes! Ni siquiera le pegaba a ese sitio.

—Yo también recuerdo peleas así en mi instituto —dijo Enrique—. Creo que hemos cambiado poco con el paso de los años.

—A lo mejor el problema no está en el sistema educativo como tantos dicen, sino en nuestra propia naturaleza como seres humanos —dijo Luis.

—Prefiero pensar que nuestra naturaleza es más racional —dije yo.

Luis no dijo nada. Simplemente rio entre dientes negando levemente con la cabeza.

—Quiero hacer un brindis —dijo Enrique mientras levantaba la copa de vino.

Luis y yo lo imitamos.

—Bueno, pues estoy muy contento de que dos amigos míos, teniendo en cuenta que a uno lo conocí gracias a otro, se reconcilien y olviden una pelea que... en fin, no tendría que haber ocurrido. Así que... por el perdón.

Chocamos las copas y bebimos.

Los siguientes meses transcurrieron más o menos de forma tranquila. Supe que la madre de Maricarmen, mi compañera de trabajo en el instituto había muerto. Unas semanas después, estaba en mi casa leyendo un libro, y a punto de empezar a preparar la cena. El teléfono sonó y de nuevo la muerte aparecía. El que estaba al otro lado de la línea era Enrique.

—Hola, Antonio.

—Hola ¿qué tal?

—He llamado para decirte, porque supongo que aún no lo sabes, que Luis ha muerto.

—¿Qué?

—Luis Castilla, tu amigo, tu antiguo amigo...

—Pero ¿cómo? —No podía creerlo.

—Un accidente de coche. Ha sido hace poco, tres horas o así. Iba él solo, venía del campo de sus padres y se desvió, seguramente por algún coche. Dicen que murió al momento. Ahora mismo están haciéndole una autopsia y ya luego lo traerán al tanatorio.

—Si esto es una broma...

—¿Acaso suelo yo bromear con estos temas?

No, claro que no. Él no era de esos.

Me costaba creer que la vida se le hubiera acabado así de forma tan imprevista. Tenía cuarenta años, podría haber vivido otros cuarenta más. Sentí la rabia dentro de mí. Sentí la rabia dirigida hacia mí mismo. Sentí la rabia hacia mí porque todo habría sido algo mejor si hubiera sido verdad. Porque no lo fue, no. La reconciliación fue la historia que me conté a mí mismo, la historia que quizá podría haber sido verdad, un bonito cortometraje para ver un día triste.

—Hace tiempo me pediste su número de teléfono, ¿te acuerdas? —me dijo Enrique—. Supuse que querías llamarlo. No sé si al final lo hiciste.

—No, al final no lo hice —contesté.

Al otro lado de la línea solo se oía el sonido de la respiración.

—Lo siento mucho, Antonio.

—Sí, ya. ¿Sabes a qué hora y dónde es el funeral?

Colgué el teléfono y por unos instantes me quedé solo en el salón, con la televisión con el sonido bajo, como la pongo siempre para tener cierto ruido de fondo y evitar la sensación de soledad. En la pantalla, aparecían algunos futbolistas dando una rueda de prensa. Me levanté y apagué la televisión.

Me fui hacia la estantería y empecé a buscar entre mis viejos álbumes de fotos. Cogí uno que abarcaba desde el año 1988 al 1998. Había muchas fotos en las que salíamos Luis y yo. Una de cuando yo tenía once años jugando con un balón en la calle; otra de cuando tendría quince con la pandilla de amigos; una foto en la cocina de mi

casa, con dieciséis años. También había una en la que estábamos en el campo de sus padres. Él aparecía sentado sobre el tronco de un árbol talado, con una gran sonrisa. Yo miraba a la cámara, con cara de despistado; probablemente me habrían pillado desprevenido en el momento de la captura de la foto. Aquella en cuestión ni siquiera era mía, la hicieron sus padres y cuando la revelaron acabé quedándomela yo. Suspiré. «Luis se ha muerto». Una sensación de angustia me recorrió el cuerpo. «Se ha muerto, se ha muerto». Me senté en la mesa y me puse las manos en la cabeza.

—Tiene que ser mentira —dije susurrando, aunque nadie me oía.

Dejé que las lágrimas salieran y me dejé llevar por el dolor.

No, nunca pasamos un día en el bar recordando viejos tiempos. Nunca sentí tanto bienestar y felicidad porque nos habíamos reconciliado. Nunca llegué a llamarle una vez tuve su número de teléfono escrito en un papel hace tres meses. Quise hacerlo, quise hacerlo. De hecho, lo tecleé, pero nunca le di a descolgar. Mientras miraba el móvil, había pensado en todos esos años, en los más de veinte años de amistad que tuvimos; en lo que hizo por mí, en los buenos momentos. Había pensado en todo lo que nos debíamos y que el odio no lleva a ninguna parte. Pero luego también en por qué no lo había hecho él, por qué no se le había ocurrido llamarme un día por teléfono para quedar en algún sitio. Si yo ya había tratado de solucionarlo todo, ¿por qué no podía ser él el que acudiera a mí? Seguía sintiendo el orgullo herido, incluso después de tantos años.

No fui a su funeral con la paz de que ya estuviéramos reconciliados, sino sabiendo que llevábamos quince años sin hablar. Fue por eso por lo que algunos que sabían de nuestro desenlace me miraron algo extrañados, pero tampoco le dieron mucha importancia. Al fin y al cabo, era fácil distraerse con la cantidad tan grande de gente que había en las bancas y de pie dentro de la iglesia. Suele pasar con aquellos que mueren pronto.

Desde aquel día sentí un gran remordimiento porque me faltó valor y me sobraron las excusas. Estaba seguro de que todo lo habríamos solucionado bien. Aunque no fuese tal y como lo he contado, podría haber sido muy parecido. Que Luis muriera unos meses después de estar casi a punto de contactar con él se me antojó una resolución extraña de Dios o el universo, una especie de castigo, como el que el protagonista de *Abandonado en la ciudad callada* pensó que merecía.

Cuando llegó a casa y se lo conté todo, Almudena se acercó y me pasó un brazo por la espalda apoyando la cabeza en mi hombro.

—Lo siento. Estabais peleados, ¿verdad?

—¿Peleados? —pregunté yo.

«Peleados». La voz de Almudena se repetía en mi mente. Aquella palabra me parecía agresiva. Aunque en teoría Luis y yo no nos hablábamos, la pelea fue algo que sucedió hacía quince años. Yo no me sentía peleado y para estar enfadado con alguien tiene que haber rencor de algún tipo. En ese momento, aunque quisiera buscarlo, no lo iba a encontrar.

5. ¿Cuándo me he hecho mayor?

Abrí la puerta del salón, buscando sentarme un rato a descansar.

—He de contarte algo —me dijo Almudena.

Estaba sentada en la mesa. Tenía su semblante una expresión extraña y se me hacía muy difícil de descifrar lo que estaba pensando.

—¿El qué?

—Siéntate —dijo mirando la silla que tenía enfrente.

Asentí, hice lo que me decía y empecé a sentirme algo incómodo.

—Hace un tiempo fui al hospital ¿recuerdas?

Empezábamos mal.

—Sí, para una revisión.

—No era una revisión —dijo ella.

Se hizo un silencio.

—¿Qué tratas de decirme?

Pero Almudena no me contestó inmediatamente y me puse nervioso.

—¿Qué es lo que pasa?

Abrió la boca para hablar pero se arrepintió y volvió a cerrarla. Luego volvió a abrirla.

—Me voy a morir.

Negué con la cabeza.

—No es verdad.

—Ojalá no lo fuera.

—No puede ser, no puede ser...

Me levanté de la silla, angustiado. Escuché un ruido en el techo y miré hacia arriba para ver qué era. Entonces noté que la luz de la lámpara se estaba empezando a volver más tenue, oscureciendo así el salón. En las paredes aparecieron unas diminutas manchas negras, que se fueron agrandando paulatinamente. Me asusté.

—¡Vámonos de aquí, Almudena!

Seguidamente miré hacia donde ella estaba antes, pero allí no había nadie. Me acerqué y miré al suelo. Frente a mí encontré un ataúd. Entonces la angustia me oprimió el pecho de manera que parecía que iba a dejar de respirar.

—¡Almudena! —grité.

Rápidamente, me agaché e intenté forzarlo para poder abrirlo. Las manos me temblaban y me empecé a hacer daño en las uñas, que se acabaron despegando de la carne. Pero no pude hacer nada, y no mucho después oí un fuerte ruido. El techo del salón había empezado a derrumbarse. El polvo caía ensuciándolo todo: la mesa, el sofá, el suelo, mi ropa y también el ataúd, sin dejarme apenas ver nada. Empecé a ver trozos enteros de hormigón llenando el salón. La lámpara había caído entre los escombros y todo quedó entre penumbra. Luego

miré hacia arriba: el techo cedió por completo sin dejarme ninguna posibilidad para huir.

Abrí los ojos y me encontré con la habitación a oscuras. Escuché la respiración de Almudena a mi lado. Me sentí aliviado de que solo hubiera sido un mal sueño. Giré la cabeza hacia la mesita y dirigí la mirada hacia el reloj. Los números verdes formados con líneas rectas indicaban que eran las seis y veintinueve. Aún quedaba algo de tiempo para intentar volver a dormirme y, sin embargo, me quedé un rato simplemente mirando al techo, recordando el sueño que había tenido. Más tarde, intuyendo que no me iba a dormir fácilmente, decidí salir ya de la cama y empezar con mi rutina.

Me dirigí al cuarto de baño y me lavé la cara. Me quedé mirándome al espejo un buen rato, observando todos los detalles de mi cara, como si fuese a descubrir algún lunar desconocido hasta entonces. Pero no vi nada nuevo. Más bien todo era viejo ya. Me fijé en las arrugas alrededor de los ojos y algunas canas que ya me empezaban a salir por encima de las orejas, mostrando más gris mi pelo moreno. Suspiré.

Recordaba aquella época cuando mis amigos empezaron a casarse. Aquel hecho podría parecer otra convención social banal que no debía traer ninguna preocupación; al fin y al cabo la aparición de nuevos matrimonios no suponía ninguna tragedia en la vida de nadie. De hecho, era más bien al contrario: que tus amigos se casaran era un acontecimiento extraordinario, un motivo para celebrar, para desearles lo mejor en el porvenir. Sí, así debía ser. Durante mucho tiempo había pensado que era la sociedad que, influida por las películas de Hollywood y la publicidad, divinizaba la juventud, dotándola de un aura de perfección. La realidad era, decía yo, que cada etapa de nuestras vidas era algo mejor que las demás en algún aspecto y también tenía unos inconvenientes que otras no.

Pero ya entonces había en esas fiestas, y en los días anteriores y posteriores, un, aunque mínimo y por muchos invisible, camuflado sentimiento de tristeza latente en muchas de las conversaciones y en las miradas de los mayores y más conscientes. Ya nos había pasado con

la infancia, la etapa dulce de la vida, en que todo parece fácil y posible, pero esta vez dejaríamos atrás la juventud, la amada juventud. Decir que casarse quitaba a cualquier persona la energía de los jóvenes quizá habría sido exagerar, pero todos mis amigos y yo sabíamos que era uno de los primeros acontecimientos de un proceso de cambio, hasta llegar a un estado en que nuestra relación jamás sería la misma que fue. Las utopías de los primeros tiempos pasarían y el desencanto acabaría fundiéndose en nuestro espíritu. No nos veríamos tanto, no nos atreveríamos a hacer cualquier plan que se nos ocurriese un viernes por la tarde, no estaríamos tan libres de responsabilidades. En fin, nos haríamos mayores. Se acabaría una etapa y empezaría otra. De esto se trataba la vida, ¿no? De ciclos. Por un lado, tenemos meses en los que estamos mejor y meses en los que estamos peor. Pero aceptamos el dolor, porque también él es necesario. Y por otro lado, toda vida —si es lo suficientemente larga— tiene etapas con características que no tienen que repetirse, y que luego pasan de largo y jamás vuelven.

La vida son ciclos, sí, pero están subordinados a otro ciclo mayor, ese que una vez se acaba no vuelve a empezar. El paso nuestro a través de este ciclo era el que de verdad no aceptaba, el que me convirtió en insomne las noches que moría alguien que conocía y las semanas posteriores, y el que me volvió temeroso y me hacía sentir frágil, como si en cualquier soplo de la vida pudiera derrumbarme para siempre.

En aquel momento, un pensamiento invadió mi mente sin permiso y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. «Pronto empezaré a ir a más funerales que a bodas». Sí, así era. Poco tiempo faltaba para que las infecciones, el cansancio en el cuerpo para realizar cualquier actividad, las cardiopatías y demás síntomas inherentes a la vejez estuvieran presentes en mi vida. ¿Podría entenderme con mis alumnos aun cuando me hiciera viejo? ¿Acaso comprendería las nuevas modas, costumbres o cambios en el pensamiento de aquellos chicos y del resto de jóvenes?

«¿Cuándo me he hecho mayor?»

—Buenos días.

La voz de Almudena me sobresaltó. Estaba apoyada en la puerta, mirándome.

—Buenos días —dije yo.

—Te has despertado antes de que sonara el despertador. ¿Has dormido bien?

—Más o menos —contesté—. Esta tarde voy a ir a ver a Estefanía.

—¿Estefanía?

—Sí, la mujer de Luis. No sé muy bien aún qué voy a decirle, pero de todas formas quiero ir y hablar con ella.

—No voy a poder acompañarte.

—Ya lo sé. No pasa nada, no voy a tardar.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros y reí simuladamente para quitarle dramatismo a lo que iba a decir.

—Pensaba que yo sería mejor que todos aquellos que se aferran a su juventud sin aceptar que todo acaba y hay que estar abierto a lo que venga, incluso a los finales. Pensaba eso, pero ahora siento que la vida se me escapa y el mundo se me ha vuelto absurdo y hostil. Cada vez que vivo un momento feliz cuando estoy con los que quiero, se me queda un sabor agridulce por la certeza de que todo se va a acabar.

Almudena se acercó a mí y me abrazó.

—Te entiendo —me dijo en voz baja—. Yo también me he sentido así muchas veces.

—He soñado que habías muerto —le dije.

—Todavía no va a pasar. No va a pasar.

Su abrazo mejoró mi ánimo y me sentí más dispuesto a continuar el día con normalidad. Así, luego nos fuimos a desayunar y Almudena me dijo que llevábamos bastante tiempo sin salir, que ese fin de semana podríamos ir a cenar a cualquier sitio. Le dije que estaba de acuerdo, que me parecía buena idea. Luego me vestí y me fui a trabajar.

El día en el instituto transcurrió sin grandes problemas. Hice un examen a la clase de primero de la ESO. Empecé animándolos, repitiéndoles que era bastante la parte de la nota que no dependía de la prueba. Durante la misma pillé a una chica copiándose de unas chuletas que ella misma había preparado y me contaron que ya había hecho lo mismo en diferentes asignaturas.

Por la tarde emprendí el camino hasta la casa donde vivía Luis con su familia. No había avisado y tampoco sabía si sería bien recibido, pero sí que quería hablar en persona y no por teléfono. En primer lugar, por tratarse de un tema bastante delicado, claro; pero también porque me gusta ver las expresiones y las miradas de mi interlocutor. Es más fácil entender cómo se siente una persona que estamos viendo a nuestro lado, más allá de la información que nos aporte verbalmente. Escuchar únicamente la voz —además, por un medio y no directamente—, te limita, la conversación es menos fluida, menos cómoda y menos interesante.

Llegué a la casa que estaba en un barrio residencial. Me quedé en frente un rato mirándola, era de color marrón claro y blanca, igual que las del resto de la calle. Levanté la mano para llamar al timbre y en el último momento me paré a pensar. «¿Pero qué haces, Antonio? Esta mujer lo último que querrá ahora es hablar con alguien que no conoce». Sacudí la cabeza. «No, no pienses eso. Esta vez sí vas a llamar». Y eso hice, tras un rato, una voz femenina preguntó quién había llamado.

—Buenas tardes, quería saber si puedo hablar con Estefanía Campos, aunque... supongo que es usted.

—Espere un momento —dijo la voz.

Unos segundos después, una mujer abrió la puerta de la casa y se acercaba para abrir la de la cancela.

—Hola, ¿le pilla en mal momento? —pregunté sonriendo.

La mujer me miraba extrañada. Era bastante alta, más que yo. Tenía el pelo rubio y corto. Recuerdo que la vi de lejos en el funeral, vestida de luto, junto a sus hijas. Sabía que en aquel momento no era

buena idea hablar con ella; así que decidí hacerlo cuando hubiera pasado un tiempo razonable.

—No, no —me dijo— ¿Qué ocurre?

—Soy Antonio Hernández. Quería, bueno, primero, decirle que lo siento mucho por su pérdida. Yo fui durante muchos años amigo de su marido y guardo muy buen recuerdo de todo lo que hicimos ese tiempo. Prácticamente toda la infancia y la adolescencia las pasé junto a él, y también pasamos mucho tiempo juntos cuando teníamos veintipocos años. Fuimos amigos muy íntimos durante una gran parte de mi vida, y, en fin, cometí una gilipollez, y... no sé si sabe quién soy... si le habló de mí...

—A ver... —Parecía abrumada por tanta información—. ¿Ha dicho que es Antonio Hernández?

—Sí, sí.

—Ya sé quién es usted, Antonio. Creo que le vi en el tanatorio, ahora que lo recuerdo —me dijo—. Pase.

Me quedé un momento pasmado porque no me esperaba ese comentario. ¿Cómo que sabía quién soy? ¿Le había hablado Luis de mí? Era muy probable, pero ¿qué le había dicho? Casi me hubiera hecho sentir más seguro que esa mujer no me conociera de nada, pero aun así estaba dispuesto a ir y contarle todo.

Entré a la casa y pasé al salón. Había tazas vacías llenas de resto de café encima de la mesa.

—Disculpe que tenga todo por medio. Hace un rato acaban de irse mis padres...

Yo sonreí negando con la cabeza para que no se preocupase por nada.

—¿Quiere un café o algo? —me dijo.

—Un café con leche, gracias.

—Vale, siéntese mientras lo hago.

Estefanía recogió la mesa. Me senté en el sofá y esperé a que viniese. Observé el salón. Tenía los muebles blancos y la pared de un color entre gris y verde bastante claro. Me fijé en las fotos colgadas

en la pared y en la vitrina. Había muchas personas que no conocía, pero también había fotos de los padres de Luis, Juan José y Esperanza, más o menos tan mayores como los había visto en el funeral. Había también algunas fotos en las que salían Luis, Estefanía y dos niñas más. Sí, sus hijas, las recordaba del funeral. Pobres niñas. Yo no me imaginaba mi vida si hubiera crecido sin mi padre.

Me fijé en un retrato de Luis. Aunque rara vez hablábamos de él, alguna vez había visto alguna foto suya que me había enseñado Enrique. Estaba claro que había cambiado mucho desde los últimos momentos en que fuimos amigos, hace ya quince años. Entonces tenía el pelo largo, de tal manera que le llegaba por los hombros, aspecto que muchos lucían entonces. En esa foto, en cambio, tenía el pelo corto y con bastantes canas. La piel de la cara tenía el aspecto propio de un hombre en su madurez.

Y sin embargo, su mirada seguía teniendo la misma expresión de serenidad que siempre.

Al rato, llegó con dos tazas de café y un tarro con azúcar. Cogí una y eché una cucharada a mi taza.

—He venido porque hace unos meses estuve pensando que debía llamarlo, a él, a Luis.

Hice una pausa. Siempre se me hace extraño mencionar el nombre de una persona muerta.

—Estuve a punto y al final no lo hice. Cuando me enteré de su muerte me arrepentí mucho. No sé qué habría dicho él, pero al menos habría dado ese paso que no fui capaz de dar. Ya sé que venir aquí ahora, a molestarle, no sirve de nada, pero es que sentía que tenía que hacerlo.

Estefanía me escuchó atentamente y cuando acabé se quedó un rato pensativa.

—Hace ya un tiempo, más de dos años, creo, Luis estaba ordenando las cajas que tenemos en el sótano. Dentro de sus cajas, hay mucho material del instituto, fotos, archivos, y también tiene los cortometrajes que grabasteis y todos sus guiones.

Asentí. La verdad es que nunca me había preguntado qué habría hecho Luis con todos los cortometrajes, pero, si lo hubiera hecho, seguramente habría pensado que los habría tirado todo en algún momento de irracionalidad y enfado. Pero él no era así. Él creía en el valor de todos aquellos trastos. Fueron muchas horas de trabajo y alegría, al fin y al cabo.

—El reproductor de vídeo que tenemos ya no funciona, así que estuvo averiguando cómo podía ver las cintas. Estuvo pensando en comprar otro, pero un amigo suyo del trabajo se las pasó al formato DVD. Un día se los enseñó a nuestra hija, a Sonia, la mayor. Él ya me había mencionado algunas veces el problema que tuvisteis, pero al ver todos esos cortos... No sé, me parecía que os lo pasabais genial y le pregunté que por qué no intentaba contactar contigo.

—¿Eso le dijo?

—Sí.

—¿Y qué le contestó?

—Que ya era muy tarde, que tú habías intentado solucionarlo todo después de lo que pasó y él no te había contestado. En realidad, con respecto al primer motivo, tiene poco sentido porque precisamente el paso del tiempo es lo que hace que ya no estuvierais enfadados, que ya no estuviera tan dolido. Pero supongo que realmente el temía que fuerais como desconocidos. Tras tantos años de jóvenes juntos y ahora os encontraríais de mayores, sin saber qué había sido de los últimos años, sin saber qué decir...

—Ya, pero ¿le dio a entender que me odiaba o que me guardara algo de rencor?

—No, no —dijo ella—. Es lo que trato de decirle. Incluso estuvo hablándole de ti a nuestra hija, le contó que erais amigos de la infancia y relató muchas anécdotas del colegio y el instituto.

—¿Es verdad o lo está diciendo... para hacerme sentir mejor? Es importante para mí. —Sabía que estaba siendo muy pesado, pero quería asegurarme

—Estoy siendo completamente sincera. Te perdonó. Guardar rencor durante tantos años es una tortura y él no lo hizo.

Suspiré. Sentí dentro de mí un gran alivio. Me pregunté cuánto tiempo tardó en saber eso, probablemente desde el día en que ocurrió todo.

—Gracias —dije finalmente—. Necesitaba oírlo.

—¿Creía que seguía enfadado con usted?

—No... sí. Bueno, hay gente que lo hace.

—Pero Luis no.

No, claro que no. Siempre que había sido necesario Luis había sabido perdonar una y otra vez.

—¿Quiere que se los traiga? —preguntó Estefanía.

—¿El qué?

—Los cortometrajes. Puede llevárselos y verlos. Me los trae en cuanto pueda. Si es que usted tiene el mismo problema que el que él tenía, claro.

—Ah, me parece bien. —Sonreí—. Sí, podría verlos.

—Voy a bajar a buscarlos.

Estefanía llegó y me entregó un total de dieciséis DVD en una bolsa. Me empecé a fijar en los títulos: *La noche*, *Vida universitaria*, *Córdoba bohemia*, *Recuerdos*, *Ningún hombre es una isla*, *Asesinato de día*, *Naranja*, *En el bosque*, *En la ciudad*, y algunos más. Se me llenó la mente de recuerdos. Unos los recordaba mucho mejor que otros, por eso pensé que sería interesante verlos después de tanto tiempo.

—Viví junto a él muy buenos años —dije—. Los mejores de mi vida. Lo pasamos en grande. Ojalá lo hubiera llamado y no hubiese quedado así. Ahora no puedo volver a verlo.

—No sabía que se iba a morir —me dijo—. Ya solo nos queda aceptar lo que ha pasado sin más.

Asentí y decidí cambiar de tema.

—¿Cómo están sus hijas?

—Muy tristes. La pequeña no lo entiende, la mayor sí pero todavía no puede creérselo. Ninguna podemos. Ha sido tan repentino...

—Claro... ¿Son buenas niñas?

—Sí, son muy buenas. La pequeña ya ha dejado esa edad en la que los niños no dejan dormir a los padres, doy gracias a Dios por eso. La mayor es muy lista y siempre tiene muy buenas notas en el colegio. En eso se parece más a mí que a su padre. A las dos les gusta mucho jugar a fútbol, están apuntadas a un club, donde Lucía es la más pequeña.

Le dije que todo eso me parecía genial, que estaba seguro de que iban a ser dos personas espléndidas.

—¿Usted no tiene hijos? —me preguntó a mí.

Negué con la cabeza.

—Mi esposa y yo no hemos querido nunca. Aunque no le miento si le digo que me he sentido tantas veces padre en el instituto... Pero claro, no es lo mismo.

—Si le gusta ese trabajo tiene que ser gratificante.

—Merece la pena. Es agradable hablar de lo que más me gusta con gente joven, y eso que ni siquiera me atraía en un principio. ¿Usted trabaja?

—Sí. En una carnicería.

—Oh.

—No es como ser profesor, claro —dijo riendo—. Pero está bien pagado y el horario es bueno, he podido pasar siempre mucho tiempo con mis hijas. Aunque claro, ahora que me quedo yo sola será más difícil.

Me quedé en silencio, sin saber qué decirle. Ella lo notó y sonrió.

—Bueno...

—Debería irme ya —dije—. Tengo que preparar la cena. Perdona por molestarla.

—No se preocupe —dijo ella.

Me levanté y cogí mi chaqueta.

—Le traeré en cuanto pueda los discos.

—Oh, no tenga prisa.

Me quedé un momento parado, meditando si debía o no hacer una sugerencia.

—¿Podríamos tutearnos? —dije, finalmente.

Estefanía rio.

—Sí, estaría bien.

Me dirigí a la puerta mientras me ponía la chaqueta. Estefanía me acompañó y nos despedimos.

—Antonio —me dijo—, no te martirices por no haberle llamado al final.

—No voy a poder evitarlo.

Antes de cerrar la puerta volví a mirarla.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Sus últimos años, ¿fueron felices?

La mujer se quedó mirándome con una expresión de sorpresa en el rostro. No debía esperarse esa pregunta.

—Lo fueron, sí. Tuvo una buena vida.

—Gracias por todo, Estefanía.

Me marché de allí bastante más tranquilo de como estaba antes de entrar a hablar con ella. Me quedé pensando en el momento en que me dijo que Luis no estaba enfadado conmigo. Le había hablado de mí a su hija. Creo que con eso me conformaba.

Quizá para él, antes de morir, nuestra amistad había tenido sentido.

El día siguiente estuve enseñándole a Almudena los cortometrajes. Intenté que no fuera un momento triste pero lo fue. No me quejo; así son siempre las despedidas.

6. Ciclos

A los alumnos ya se les iban los ojos hacia los balcones de los edificios y las ramas de los árboles que veían a través los ventanales. Tras unas horas en que las nubes habían cubierto el cielo, el sol de

la primavera volvió a mostrar su esplendor. Su luz entraba a través del cristal, algo manchado de huellas de manos en su parte inferior, iluminando parte de los pupitres de aquellos afortunados que estaban sentados en ese lado de la clase.

El timbre, tan esperado por aquellos jóvenes, sonó.

—El próximo día lo termino de explicar —dije, pero casi nadie me prestaba atención.

Los alumnos recogieron rápidamente todo su material guardándolo en las mochilas. Yo hice lo mismo, y a través de la ventana vi como algunos adolescentes empezaban a salir por el patio dirigiéndose a la puerta principal. Probablemente algún profesor habría dado por finalizada la clase unos minutos antes de las tres.

—Cada vez se me pasa el tiempo más rápido —escuché que decía una alumna a su amiga sentada en la primera fila—. Parece que fue ayer cuando comenzamos las clases.

Salí del aula y me quedé observando a los alumnos. Conforme avanzaba aquel barullo, los veía poniéndose las chaquetas, despidiéndose de mí y charlando con sus amigos bastante animados por haber acabado las clases. Cuando todos hubieron dejado el aula, el delegado cerró la puerta con llave y se fue bajando por las escaleras. En aquel momento los pasillos no parecían ser los mismos que hace unos minutos. Paulatinamente, el jaleo de las conversaciones, los pasos y los gritos se fueron apagando hasta parecer un murmullo de fondo en el vacío del edificio.

«Sí, parece que fue ayer». Bajé yo también las escaleras, me despedí de mis compañeros, cogí mis cosas y salí del instituto. Dejé detrás el edificio callado y me sumergí en el bullicio de la calle.



MARÍA HESSE | *Ilustradora*

María Hesse se convirtió en ilustradora a la tierna edad de 6 años, ella aún no lo sabía, pero su profesora y su madre sí. Unos buenos años después, tras acabar sus estudios en Educación Especial, agarró los lápices y se lanzó a la piscina de la ilustración de manera profesional.

Lleva trabajando tres años con la editorial Edelvives en la realización de libros de texto y también ha ilustrado para

la revista Jot Down, Maasãï Magazine o Glamour.

María ha publicado con diversas editoriales como “Orgullo y Prejuicio” para Alfaguara y “Frida Kahlo. Una biografía” con Lumen.

Además del trabajo editorial, la obra de María Hesse ha sido expuesta en diversas exposiciones y cuenta con un trabajo personal donde la sensibilidad y la mujer son las grandes protagonistas.

*Esta edición no venal
se ha impreso en Andalucía
en el verano de 2018.*



Colabora:

AÉA
ASOCIACIÓN DE EDITORES DE ANDALUCÍA

Edita:


JUNTA DE ANDALUCÍA

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA